

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador
Departamento de Sociología y Estudios de Género
Convocatoria 2015-2017

Tesis para obtener el título de maestría de Investigación en Sociología

Las pruebas de la maternidad: análisis interseccional de la construcción social de la
maternidad en Cuenca

Mireya Yolanda Arias Palomeque

Asesora: Cristina Vega

Lectoras: Gioconda Herrera y María Mercedes Prieto

Quito, junio de 2018

A Nico, luz de mi alma, por tu sensibilidad y ternura incondicional.

A Bela, fuego de mis ojos, por contagiarme tu fuerza y determinación.

A Santi, compañero de mi corazón, por apoyarme y tratar de entenderme.

Por ustedes soy madre y pienso la maternidad, pero sobre todo, porque con ustedes lucho para que este ejercicio sea equitativo y placentero.

Tabla de contenidos

| | |
|--|------|
| Resumen | VII |
| Agradecimientos | VIII |
| Introducción | 1 |
| Capítulo 1 | 9 |
| Madre no hay una sola: comprendiendo la construcción social de la maternidad | 9 |
| 1.1.La Construcción Social de la maternidad | 10 |
| 1.1.1. Una no nace madre, llega a serlo | 11 |
| 1.1.2. El instinto maternal es un mito. Historizando la maternidad..... | 13 |
| 1.1.3. Las madres enseñan maternidad | 16 |
| 1.2.Nuevos debates sobre maternidad | 18 |
| 1.2.1. ¿Volvemos a hablar de instinto maternal? | 18 |
| 1.2.2. Las contradicciones actuales de la maternidad | 21 |
| 1.2.3. Madre no hay una sola | 24 |
| 1.3. Recapitulando | 25 |
| Capítulo 2 | 28 |
| La maternidad como construcción social en América Latina y Ecuador | 28 |
| 2.1. Maternidad, discursos e imaginarios en América Latina | 30 |
| 2.2.La Maternidad en Ecuador | 34 |
| 2.3. Estudios recientes sobre la maternidad como figura relacional | 38 |
| 2.3.1. Así me criaron a mí..... | 39 |
| 2.3.2. ¿Y los padres?..... | 40 |
| 2.4. Maternidad y Organización Social del Cuidado en Latinoamérica..... | 41 |
| 2.4.1. Cuidado y Maternidad..... | 42 |
| 2.4.2. Organización Social del Cuidado en Latinoamérica..... | 44 |
| 2.4.3. Organización Social del Cuidado en Ecuador | 45 |
| 2.5. Ser madre en los entramados machistas, racistas y clasistas de Cuenca | 48 |
| 2.5.1. Raza, Género y Clase en Cuenca, hoy | 48 |
| 2.5.2. Ser madre en Cuenca y la influencia de la religión | 51 |
| 2.6. La maternidad cuencana en cifras | 52 |
| 2.7. Recapitulando | 54 |
| Capítulo 3 | 56 |
| Metodología: 6 historias de vida leídas interseccionalmente..... | 56 |

| | |
|--|-----|
| 3.1. La Interseccionalidad como enfoque epistemológico | 57 |
| 3.2. Historias de vida como técnica de investigación..... | 59 |
| 3.3. Apuntes personales sobre esta investigación..... | 61 |
| 3.4. Caracterización de las mujeres participantes del estudio | 63 |
| 3.5. Recuperando la Sociología del Individuo para el análisis de las experiencias de..... | 67 |
| maternidad | 67 |
| 3.5.1. Las pruebas de la maternidad | 68 |
| 3.6. Recapitulando | 69 |
| Capítulo 4 | 72 |
| Las pruebas de la maternidad I: experiencias corporales y desafíos relacionales que..... | 72 |
| enfrentan las mujeres cuencanas | 72 |
| 4.1. Prueba 1: Atravesar la experiencia corporal..... | 73 |
| 4.1.1. El embarazo como decisión y como acontecimiento sobrevenido..... | 74 |
| 4.1.2. El camino del Parto | 77 |
| 4.1.3. La lactancia: entre el deber y el placer | 80 |
| 4.1.4. Mutaciones del cuerpo | 84 |
| 4.1.5. Variaciones anímicas como formas de experimentar condicionamientos..... | 85 |
| sociales..... | 85 |
| 4.2. Prueba 2: Entablar relaciones apropiadas | 88 |
| 4.2.1. Desafío: formar vínculos sólidos con los hijos. “¿Mami, por qué usted..... | 89 |
| no está aquí conmigo?” | 89 |
| 4.2.2. Desafío: conservar una buena relación de pareja. “El verdadero reto..... | 94 |
| posparto es no divorciarse” | 94 |
| 4.2.3. Desafío: honrar a la madre. “Al ser mamá he aprendido a ser hija” | 103 |
| 4.2.4. Red femenina de apoyo a la maternidad | 109 |
| 4.3. Recapitulando | 110 |
| Capítulo 5 | 114 |
| Las pruebas de la maternidad II: definir un proyecto de vida personal y cumplir..... | 114 |
| los criterios sociales según los cuales se evalúa la maternidad..... | 114 |
| 5.1. Prueba 3: Definir la maternidad en relación a un proyecto general de vida..... | 115 |
| 5.1.1. Desafío: desarrollarse académicamente. “La casa, los hijos, estudiar... ¿es..... | 117 |
| imposible alcanzar!” | 117 |
| 5.1.2. Desafío: decidir quedarse en casa (¡Yo no le voy a dejar sin mamá a mi hijo!)...120 | |
| o salir a trabajar (“Quería darle un helado y no podía”) | 120 |

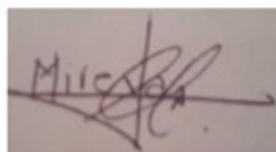
| | |
|--|-----|
| 5.1.3. Tareas domésticas y de cuidado: ¿quién las hace? | 125 |
| 5.2. Organización social del cuidado en Cuenca | 131 |
| 5.3. Prueba 4: Cumplir los criterios sociales según los cuales se evalúa el ejercicio..... | 134 |
| de la maternidad. “Yo no soy una mala madre” | 134 |
| 5.3.1. Desafío: satisfacer las necesidades físicas, intelectuales y espirituales de | 135 |
| los hijos. “Como mamá, todo es mi responsabilidad” | 135 |
| 5.3.2. Requerimientos formales para ser una <i>buena madre</i> | 138 |
| 5.4. Maternidad hegemónica y tipología de las madres cuencanas | 143 |
| 5.5. Agotamiento, culpa o satisfacción: el saldo de enfrentar las pruebas de la..... | 147 |
| maternidad | 147 |
| 5.5.1. Agotamiento: “llevo tres años sin dormir” | 147 |
| 5.5.2. La culpa: “¿qué hice mal?” | 149 |
| 5.5.3. Satisfacción personal: “Yo soy el pilar de mi casa” | 151 |
| 5.6. Recapitulando | 154 |
| Conclusiones | 157 |
| Lista de referencias | 168 |

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Mireya Yolanda Arias Palomeque, autora de la tesis titulada: “Las pruebas de la maternidad: análisis interseccional de la construcción social de la maternidad en Cuenca” declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría de Investigación en Sociología concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, junio de 2018

A handwritten signature in black ink on a light-colored background. The signature is stylized and appears to read 'Mireya' followed by a surname. There is a horizontal line drawn across the signature.

Mireya Yolanda Arias Palomeque

Resumen

La maternidad, como institución construida socialmente, refleja distintas aristas de una colectividad y sus conflictos. Por ello, en el marco de los estudios de género, esta investigación busca comprender cómo se construyen las distintas maternidades en Cuenca-Ecuador, cuando las consideramos asociadas a la etnicidad y a la clase, además del género. Para dar respuesta a esta interrogante, hemos establecido un enfoque epistemológico interseccional y una metodología cualitativa que utiliza como técnica las Historias de Vida. Así, hemos construido seis historias de vida de seis mujeres cuencanas, cuyo hilo conductor son las *pruebas de la maternidad*. Estas pruebas estructurales son un concepto proveniente de la Sociología del Individuo, que actúa como vínculo entre las experiencias particulares de los actores y el trabajo de las estructuras sociales. Entonces, buscamos comprender cómo enfrentan las mujeres cuencanas las distintas pruebas de la maternidad y, con base a los relatos de las mujeres participantes de este estudio, hemos establecido cuatro grandes pruebas: 1) atravesar la experiencia corporal, 2) entablar vínculos “apropiados” que rodean a la maternidad, 3) definir la maternidad en relación a un proyecto general de vida y 4) cumplir los criterios sociales según los que se evalúa el ejercicio de la maternidad. Del análisis de las distintas pruebas de la maternidad, hemos podido concluir (entre otras cosas) que en Cuenca, convertirse en madre continúa siendo una aspiración y alternativa atractiva para las mujeres de clase media, pues la maternidad aún se entiende como una dimensión importante de la feminidad y, además, existe un tipo hegemónico de maternidad con elementos económicos, etarios, religiosos y culturales bien definidos. También encontramos circunstancias particulares en las que la clase social o la etnicidad de las mujeres configuran y determinan la forma en la que atraviesan etapas como el embarazo, el parto, la lactancia o el cuidado de la salud; esto se evidencia, por ejemplo, en distintos niveles de utilización de las medicinas y cuidados tradicionales o con distinta predisposición a obtener ayuda remunerada en la crianza de los hijos. Así mismo, evidenciamos la existencia de un ideal subyacente a la forma en la que las madres se relacionan con sus hijos, con sus parejas y con sus propias madres y vemos que las tensiones surgen cuando las relaciones no encajan en este ideal. Por otra parte, hemos confirmado que el machismo es una realidad innegable en las interacciones de los cuencanos y determina, en gran medida, cómo las mujeres asumen su maternidad. En general, este estudio evidencia la necesidad de conformar estructuras sociales más amigables con el ejercicio de la maternidad.

Agradecimientos

A Cristina Vega, por su asesoría constante y su guía sabia.

Al personal docente y administrativo de FLACSO Ecuador, por todo el acompañamiento en este proceso académico. Mi gratitud especial para los docentes del departamento de Sociología y Estudios de Género, por compartir sus conocimientos de forma generosa.

A mis compañeros y amigos de la maestría, por sostenerme en momentos de estrés y por brindarme su amistad sincera.

Por supuesto, a las mujeres que abrieron las puertas de su casa y me dejaron adentrarme en sus recuerdos, sus sentimientos y pasiones. Valoro cada uno de sus testimonios pues se han convertido en el corazón de esta investigación.

A mi familia de Cuenca, quienes mediante llamadas, mensajes o visitas, me hicieron saber que no estaba sola y que, como siempre, apoyaban mis proyectos.

A las mujeres que trabajaron en mi casa (cocinando, lavando o cuidando de mis hijos) para que yo pudiera salir a la universidad. Sin su ayuda, esto no hubiese sido posible (literalmente).

Y por último, pero no menos importante, a mi esposo y a mis hijos, por comprender que además de ser una madre y una esposa, soy una mujer con sueños.

Introducción

Elegir la maternidad como objeto de una investigación social tiene que ver, además de con sus repercusiones teóricas y políticas, con un intento por comprender y re significar una experiencia vital propia. Hace seis años me convertí en madre, y desde el momento en que supe de mi embarazo, sentí que mi proyecto de vida debía reformularse radicalmente. Hasta entonces era una estudiante universitaria de 21 años, con metas profesionales por delante y, de repente, mis asuntos adquirieron un estatus público y empecé a escuchar cosas como: ¿por qué te embarazaste tan pronto?, ¡tienes que casarte!, ¿qué va a pasar con la universidad?, ¿sabes cuánto cuesta un parto?, “la dieta posparto son 40 gallinas”, “al quinto día de dar a luz debes bañarte con montes”, ¿debes darle tu leche para que sea sano?, ¡qué bueno que es varón porque las mujercitas nacen para sufrir!, ¡ojalá sea rubio!, ¿ya sabes en qué escuela le vas a poner?.. etc.

Conforme pasaban los años, las interrogaciones y consejos continuaban: ¿cuándo se va a bautizar?, “tienes que curarle del espanto”, “qué bueno que te quedes en la casa cuidándolo”, “es mejor tener un trabajo para enseñarle el valor del esfuerzo”... Y cuando, tres años después, nació mi segunda hija, todo esto aumentó: ¡qué linda una mujercita para que te ayude en la casa!, ¿por qué tan seguidos?, ¡no es buen momento para una maestría, los vas a descuidar!, ¡ella no es rubia, qué pena!

Todas estas voces me hicieron ruido desde el primer momento, pero no entendía bien por qué. Entonces leía, hablaba con otras mujeres y empecé a darme cuenta que aunque existían muchas experiencias comunes con otras madres, éstas eran especialmente significativas cuando hablaba con mamás cuencanas. En este punto cabe aclarar que aunque crecí en Cuenca, nunca sintonicé totalmente con el sentido común de la ciudad pues mi mamá vivió en la Amazonía y no comulga con el clasismo, racismo y machismo tan propio de muchos cuencanos de los sectores de clase media.

Así, como tesis de maestría, me planteé estudiar a la maternidad en Cuenca, y de la mano de grandes pensadoras feministas, todas estas interrogantes fueron cobrando sentido. Finalmente comprendí que la importancia de mi edad, mi estado civil, la escuela de mis hijos y hasta su color de cabello, son manifestaciones cotidianas de una matriz de dominación económica, social y cultural que opera en la ciudad. Y que esta es la razón que explica que mi pareja no

haya tenido que escuchar comentarios similares o que nunca se haya puesto en duda la posibilidad de que él continúe su carrera profesional tras ser padre.

De esta manera, he ido comprendiendo que la maternidad, entendida como el estado o la cualidad de ser madre, está saturada de significación social. Las leyes, la iglesia, la medicina, la psicología, los estudios de género, entre otras instituciones y campos del saber han generado su propia definición de maternidad, en ocasiones veladamente normativa. También, en el plano individual, las propias actoras revelan la multiplicidad de sus visiones. Todo ello pone de manifiesto cómo las formas de comprender y ejercer la maternidad pueden ser tan diversas como las mujeres que lo hacen y sugiere, además, que estas distinciones expresan distintas relaciones de poder.

Esta diversidad en las prácticas y representaciones en torno a la maternidad resulta de un proceso de construcción social de la misma. Diversos estudios han demostrado que el instinto maternal o el amor maternal no son innatos ni propios de la naturaleza femenina, sino que responden a construcciones sociales específicas dirigidas a apuntalar el poder sobre las madres, las actuales y las potenciales, en distintas formaciones sociales. En efecto, la maternidad, más allá del hecho biológico de la reproducción, ha sido condicionada por factores históricos, económicos, políticos, culturales, etc. (De Beauvoir 1969; Badinter 1981; Scheper-Huges 1997; etc.).

En la mayoría de sociedades occidentales las niñas son socializadas para desear la maternidad (Chodorow 1984), pues “desde la infancia se le repite a la mujer que está hecha para engendrar y se le canta el esplendor de la maternidad” (De Beauvoir 1969, 272). No obstante, el amor materno y la propia práctica materna están asociadas a otras condiciones sociales como la clase, la raza y la etnicidad. Hablamos, por tanto, de una realidad cuestionada en contextos en los que las mujeres viven en situaciones de pobreza, alta mortalidad y alta fertilidad (Scheper-Huges 1997). En suma, “la mujer será una madre más o menos buena según que la sociedad valore o desprecie a la maternidad” (Badinter 1981, 16), pero también según la posición que ocupan las distintas madres en ella.

Si entendemos a la maternidad como una construcción social, nos interesa pensarla en un contexto específico: Cuenca, considerada la tercera ciudad más importante de Ecuador. Su población actualmente sobrepasa los 500 mil habitantes (SENPLADES 2014). En cuanto a la

composición étnica de la población (por auto definición) vemos que el 10% de los cuencanos se consideran de raza blanca, el 86% se considera mestizo y el 2.7% indígena.¹ Esta población, además, es altamente religiosa, con una mayoría católica (74 %) y un 25.5 % perteneciente a otras religiones.²

En Cuenca, la clase social y el origen étnico son factores que conforman las experiencias y relaciones de las personas. En palabras de Mancero, (2011, 11) “la comunidad imaginada de poetas e intelectuales “nobles”, “blancos” y de origen hispano, construida en la “Atenas” (...); puede ser contrastada con la existencia de una comunidad racista, de fuertes entramados parentales, con persistentes dominaciones simbólicas de raza, género y clase”. Así, la composición social, el legado histórico y religioso, además de los factores económicos y demográficos de la ciudad de Cuenca, posibilitan una contrastación entre las prácticas y representaciones en torno a la maternidad que tienen las mujeres de distintas clases sociales y grupos étnicos.

Por otra parte, queremos apuntar que comprendemos las experiencias vitales de los seres humanos como un constante enfrentamiento a distintas pruebas. Estas pruebas se distribuyen desigualmente entre las personas según el género, la clase social, la etnicidad, la época, el lugar, etc. y, por ello, reflejan las estructuras sociales, económicas y culturales. Es decir, la vida consiste en atravesar una serie de desafíos, que pueden superarse o no, y cuya lectura nos permite una comprensión general de la sociedad. (Martuccelli 2013).

De esta manera, planteamos nuestras preguntas de investigación así: ¿Cómo se construyen las distintas maternidades en Cuenca-Ecuador cuando las consideramos asociadas con la etnicidad y con la clase además del género? y ¿Cómo se enfrentan las mujeres a las distintas pruebas de la maternidad? Para dar respuesta a estas interrogantes hemos organizado este estudio en cinco capítulos.

¹ “INEC presenta datos estadísticos en Cuenca”. *El Mercurio*, 3 de noviembre de 2009, <http://www.elmercurio.com.ec/220194-inec-presenta-datos-estadisticos-de-cuenca/comment-page-1/>

² “Cuenca, aún religiosa pero menos católica”. *El Mercurio*, 28 de julio de 2013, <https://www.elmercurio.com.ec/390751-cuenca-aun-religiosa-pero-menos-catolica/>

En el primer capítulo, realizaremos un recorrido teórico e histórico que analiza la construcción social de la maternidad, de la mano de pensadoras feministas clásicas. Pensar en la maternidad como una construcción social significa entenderla como una entidad institucionalizada en la sociedad alrededor de la cual giran convenciones, ritos o conductas determinadas. En este análisis plantearemos cuatro premisas: la maternidad se expresa dentro de las relaciones de poder propias del género; el instinto maternal es también un constructo social; la socialización de las niñas las prepara para maternar y los discursos e imaginarios públicos moldean la maternidad dictando pautas para su ejercicio apropiado. Posteriormente, abordaremos algunos debates contemporáneos sobre maternidad, tales como: la crianza con apego y sus defensores y detractores, las posibilidades reales conciliar la maternidad y la vida profesional, o la existencias de contextos muy diversos en los que las mujeres traen a sus hijos al mundo, lo que nos recuerda que madre no hay una sola.

Por otra parte, la construcción social de la maternidad tiene sus características particulares en Latinoamérica, Ecuador y Cuenca. Los distintos procesos históricos han generado configuraciones culturales específicas dentro de las cuales la maternidad se erige como factor indispensable para la organización social. Por ello, en el segundo capítulo, nos aproximaremos al contexto de nuestro estudio, en un recorrido que va desde lo general (América Latina) hasta lo particular (Ecuador y Cuenca). Así, analizamos cómo se configuraron diversos discursos públicos en torno a la maternidad, formando los imaginarios sociales. También vemos cómo, en Ecuador, la maternidad ha sido abordada desde el lenguaje de la diferencia y se ha constituido como un puente hacia la ciudadanía femenina. Además, observaremos la influencia del discurso de los expertos en la configuración de una maternidad apropiada, y puntualizamos las diferentes representaciones de la maternidad en función de la clase social o de la etnia de la madre. Complementamos este análisis de los imaginarios sociales, revisando dos estudios locales recientes sobre la maternidad como figura relacional. De la mano de los hallazgos, analizaremos, en primer lugar, el rol de los padres de la madre como referentes del modelo de crianza que ella practica y, posteriormente, comentaremos el tipo de interacciones que se producen actualmente entre la madre y el padre, al momento de criar a su hijo.

La segunda parte del capítulo 2 inserta a la maternidad dentro de los debates sobre la Organización Social del Cuidado, con la intención de comprender las estructuras económicas, sociales y culturales que condicionan su ejercicio. Revisamos el estado actual de la

Organización Social del cuidado en Latinoamérica y en Ecuador, para poder responder las siguientes interrogantes: ¿cómo gestionan las madres las necesidades de cuidado de sus familias?, ¿qué papel tiene el Estado, el mercado, la familia y la comunidad en la satisfacción de estas necesidades?, ¿qué diferencias se observan, según el nivel socio económico o la etnicidad, en la atención a estos requerimientos?

Para concluir el segundo capítulo, nos acercamos al contexto en el que se desarrolla el estudio, pensando en la influencia del género, la clase social y la etnicidad en las interrelaciones de los cuencanos, particularmente de las madres. Finalmente, realizamos un examen de los datos cuantitativos del último censo nacional (2010), con el objetivo de componer un perfil general de las madres en Cuenca. Los datos estadísticos nos permitirán conocer más sobre la situación económica, el estado civil, la edad y la etnicidad de las madres cuencanas, en general, para después concentrarnos en historias de vida singulares. En general, el sector social sobre el que se desarrolla este estudio es el de mujeres mestizas profesionales de clase media y los distintos matices de clase y etnia que se articulan dentro de este grupo. En todo proyecto investigativo es fundamental tener claro, además de los objetivos y los sustentos teóricos, el camino que se recorrerá. El tercer capítulo detalla el marco metodológico que ha seguido esta investigación, enfatizando la Interseccionalidad como enfoque epistemológico y las Historias de Vida como técnica de investigación. La apuesta de la interseccionalidad consiste en comprender las relaciones sociales como construcciones simultáneas en distintos órdenes de clase, género y raza y en diferentes configuraciones históricas. Por su parte, consideramos que las Historias de Vida, son las técnicas más idóneas para indagar cómo los individuos crean y reflejan el mundo social que los rodea. La historia de vida, como investigación cualitativa, busca descubrir la relación dialéctica, la negociación cotidiana entre aspiración y posibilidad, entre utopía y realidad, entre creación y aceptación; por ello, sus datos provienen de la vida cotidiana, del sentido común, de las explicaciones y reconstrucciones que el individuo efectúa para vivir y sobrevivir diariamente (Ruiz Olabuénaga 2012, citado por Chárriez Cordero 2012).

Así, en el marco de un enfoque epistemológico interseccional y de una metodología cualitativa, el trabajo de campo de esta investigación consistió en la construcción de seis historias de vida de seis mujeres cuencanas. Para elegir a estas seis mujeres se buscó que tengan las siguientes características en común: ser madres, vivir en Cuenca, haber culminado una carrera universitaria, tener una vivienda propia y educar a sus hijos en una institución

privada. Además, se buscó que el grupo de estudio tenga variedad en cuanto a la autodefinición étnica de las madres (indígenas, blancas y mestizas), a su situación de pareja (cuatro están casadas, una vive en unión libre y una es soltera), su edad (24, 30, 32, 34, 39, 45 años) y la edad en la que tuvieron a su primer hijo (15, 18, 19, 22, 25, 36 años). La composición del grupo de estudio buscó reflejar el perfil general de las madres en Cuenca, obtenido a través de una lectura de los datos del último censo. Como veremos, en Cuenca hay una amplia mayoría de mujeres mestizas que tienen sus primeros hijos entre los 20 y 25 años y que se dedican a actividades consideradas de clase media, conviviendo con grupos pequeños de mujeres blancas e indígenas, cuyos ingresos económicos pueden ser mayores o menores.

El cuarto y el quinto capítulo consisten en un análisis de las historias de vida y tienen como hilo conductor a las pruebas de la maternidad. Como dijimos antes, las pruebas estructurales son un concepto proveniente de la Sociología del Individuo y que actúa como vínculo entre las experiencias particulares de los actores sociales y el trabajo de las estructuras. De ahí, hemos establecido que el elemento para comprender la construcción social de la maternidad en Cuenca y las tensiones surgidas en el proceso de individuación de las madres son, precisamente, las pruebas estructurales de la maternidad.

Por motivos que conciernen al ordenamiento de este estudio y partiendo del trabajo de campo, hemos establecido cuatro grandes pruebas de la maternidad: 1) atravesar la experiencia corporal, 2) entablar vínculos “apropiados” que rodean a la maternidad, 3) definir la maternidad en relación a un proyecto general de vida y 4) cumplir los criterios sociales según los que se evalúa el ejercicio de la maternidad. Las primeras dos pruebas serán analizadas en el cuarto capítulo y las dos últimas serán objeto de análisis del capítulo 5.

Hemos establecido estas cuatro pruebas de la maternidad, con base en los relatos de las mujeres participantes de este estudio y, simultáneamente, guiados por el marco teórico apuntado en el primer y segundo capítulo. Comprender a la maternidad como una construcción social nos permite analizar las vivencias del cuerpo como subjetividades corporeizadas. También nos permite determinar el carácter normativo del discurso que se teje sobre las relaciones interpersonales que deben entablar las madres y sobre las distintas características “formales” que debe tener una “buena madre”. Así mismo, pensar a la maternidad como una entidad que se dirime entre distintas estructuras sociales, económicas y culturales, posibilita la comprensión de las tensiones que surgen cuando las mujeres deben

encajar la maternidad en un proyecto de vida regido por ciertos requerimientos mercantiles, religiosos, tradicionales, etc.

Por otra parte, estas cuatro pruebas de la maternidad guardan estrecha relación con las relaciones sociales y valores dominantes aún vigentes en América Latina, Ecuador y Cuenca; siendo éstos: gran centralidad de la figura materna como “corazón del hogar”, asociación de las madres con las virtudes marianas (abnegación, recato, pureza, etc.), maternalismo cívico (usar a la maternidad como un puente hacia la ciudadanía femenina) y, además, diferentes formas de comprender y representar la maternidad según la clase social o la etnicidad de las mujeres.

Atravesar la experiencia corporal (la primera gran prueba de la maternidad), hace referencia a las distintas encrucijadas que se presentan en etapas como el embarazo, el parto y la lactancia y también a las variaciones de los estados anímicos que presentan las mujeres a causa de la maternidad.

Entablar vínculos apropiados que rodean a la maternidad es la segunda gran prueba de la maternidad. En ésta, analizamos los vínculos que la madre forma con sus hijos, con su pareja y con su madre y la tensión entre el deber ser de estas relaciones y las experiencias particulares de cada mujer. Además, exploramos la importancia de las redes femeninas de apoyo a la maternidad.

La definición de la maternidad en relación a un proyecto general de vida, entendida como la tercera prueba de la maternidad, analiza las esferas académicas, laborales y domésticas en las que las mujeres actúan y recoge las tensiones que se generan entre estas dimensiones. Además, el análisis de estos asuntos nos permite bosquejar la organización social del cuidado en Cuenca.

Cumplir los criterios sociales según los que se evalúa la maternidad, es la cuarta y última prueba, la cual será analizada a partir de las responsabilidades que las mujeres tienen como madres y de los distintos requisitos “formales” que las mujeres deben cumplir para entrar en esta categoría. De esta manera, trazamos las características de la maternidad hegemónica en la ciudad (compuesta por elementos etarios, civiles, religiosos y económicos, muy específicos) y proponemos una caracterización de distintas formas de ser madre, hoy, en Cuenca.

Finalmente, analizamos las formas en las que las mujeres salen de cada una de las pruebas, es decir, las consecuencias de enfrentarse al ideal de “buena madre” y aprobar o reprobar cada uno de los desafíos. Como veremos, la importancia de deconstruir modelos rígidos e involucrar a distintos actores sociales, son requerimientos imprescindibles para que la maternidad empiece a ser gozada y deje de ser sufrida.

Capítulo 1

Madre no hay una sola: comprendiendo la construcción social de la maternidad

Introducción

“Madre hay una sola”, pero no hay una sola forma de ser madre. Pese a la fuerza que esta afirmación conserva, hoy sabemos que puede haber más de una persona que “haga de madre” y además, conocemos que las formas en las que las mujeres ejercen su maternidad son tan variadas como lo son su cultura, contexto e historia. En este marco, nos interesa analizar a la maternidad como una construcción social, es decir, pensarla como una entidad socialmente instituida alrededor de la cual giran ritos y convenciones específicas. Para esto, realizaremos un recorrido teórico que nos aproxime a los principales planteamientos que se han hecho sobre la maternidad y, posteriormente, nos introduzca en los debates actuales al respecto. En primer lugar analizaremos la forma en la que la maternidad, como institución, ha sido construida socialmente. Como veremos, la maternidad, más allá del hecho biológico de la reproducción, ha sido condicionada por factores históricos, económicos, políticos, culturales, etc. Parafraseando a Simone De Beauvoir, diríamos que una no nace madre, sino que llega a serlo. Aquí acudimos a autoras clásicas del pensamiento feminista y de estudios sobre maternidad y, de la mano de Badinter, problematizaremos al instinto maternal como algo innato y presente en todas las mujeres. Pero, si bien el instinto maternal es un mito, lo que sí es una realidad es que las mujeres ejercen la maternidad, es decir, las mujeres no solo llevan los hijos en el vientre y después los paren, sino que además asumen la responsabilidad principal de su cuidado. Nancy Chodorow parte de este hecho y se pregunta por qué las mujeres, en gran medida, desean ejercer la maternidad y obtienen gratificación en este ejercicio.

Después de esta mirada histórica, nos preguntamos por los debates actuales sobre maternidad, considerando que es un tópico que no deja de ser discutido por la opinión pública. En primer lugar, retomamos las discusiones sobre la existencia de un instinto maternal a propósito del resurgimiento de un discurso naturalista. Posteriormente analizaremos a la maternidad como fuente de contradicciones y ambivalencias, donde enfatizaremos las tensiones que surgen entre la maternidad y el trabajo. Luego, señalamos algunos de los contextos diversos en los que las mujeres traen a sus hijos al mundo, para comprender como ciertas estructuras sociales pueden condicionar el ejercicio de la maternidad, lo que nos recuerda que madre no hay una sola.

1.1. La Construcción Social de la maternidad

La diversidad en las prácticas y representaciones en torno a la maternidad resulta de un proceso de construcción social de la misma. Diversos estudios han demostrado que el instinto maternal o el amor maternal no son innatos ni propios de la naturaleza femenina, sino que responden a construcciones sociales específicas dirigidas a apuntalar el poder sobre las madres, las actuales y las potenciales, en distintas formaciones sociales. En efecto, la maternidad, más allá del hecho biológico de la reproducción, ha sido condicionada por factores históricos, económicos, políticos, culturales, etc. (De Beauvoir 1969; Badinter 1981; Scheper-Huges 1997; etc.).

En consecuencia, pensar en la maternidad como una construcción social significa entenderla como una entidad institucionalizada en la sociedad alrededor de la cual giran convenciones, ritos o conductas determinadas. A continuación exploraremos la producción de este constructo a través de cuatro puntos centrales: la maternidad se expresa dentro de las relaciones de poder propias del género; el instinto maternal es también un constructo social; la socialización de las niñas las prepara para maternar y los discursos e imaginarios públicos moldean la maternidad dictando pautas para su ejercicio “apropiado”.

Como punto de partida nos situamos en el marco analítico de los estudios de género en la medida en que la maternidad se articula, por encima de todo, como parte de un orden de género. Para esto, partiremos de la conceptualización de Joan Scott, quien afirma que “el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales, las cuales se basan en las diferencias percibidas entre los sexos, y el género es una forma primaria de las relaciones simbólicas de poder” (Scott 2008).

La autora nos llama a pensar al género como una categoría útil para el análisis porque nos permite historizar las formas en las cuales el sexo y la diferencia sexual han sido concebidos y nos permite cuestionar los significados que se ligan a los sexos. En suma, el género sigue siendo una categoría analítica útil debido a que es crítica (Scott 1988). En este sentido, planteamos a la maternidad como un revelador del orden social de género (Palomar 2009) y consideramos que la construcción social de la maternidad involucra relaciones de poder que se manifiestan de forma diferente, según el contexto en el que esta construcción se produzca.

1.1.1. Una no nace madre, llega a serlo

El pensamiento de Simone de Beauvoir (1969) nos es útil para ilustrar el planteamiento de Scott. De Beauvoir, al afirmar que una no nace mujer, sino que llega a serlo, evoca cómo se asignan determinados significados o funciones sociales a cada sexo.

Como pionera del pensamiento feminista, hace casi 50 años en su clásico ensayo *El Segundo Sexo*, Simone De Beauvoir denunciaba que la mujer es fabricada mediante un fuerte trabajo de socialización que se realiza desde la temprana infancia y continúa hasta la adultez, siendo la maternidad una experiencia crucial en dicha fabricación. Las pautas sobre lo que la mujer debe pensar, sentir, hacer, aspirar, temer, etc. están dadas por la sociedad y no por un destino biológico o psicológico, sostenía la autora.

Desde la infancia se le repite a la mujer que está hecha para engendrar y se le canta el esplendor de la maternidad; los inconvenientes de su condición -reglas, enfermedades, etc.- el tedio de las faenas domésticas, todo es justificado por ese maravilloso privilegio que ostenta de traer hijos al mundo. Y he ahí que el hombre, para conservar su libertad, para no perjudicar su porvenir, en interés de su profesión, le pide a la mujer que renuncie a su triunfo de hembra. El niño no es ya, en absoluto, un tesoro inapreciable; engendrar no es una función sagrada; esa proliferación se hace contingente, importuna, sigue siendo una de las taras de la feminidad (De Beauvoir 1969, 269).

De Beauvoir refuta la idea de un instinto maternal innato, pues considera que en la socialización se les enseña a las niñas que su destino es el de ser madres. “La niña comprueba que el cuidado de los hijos corresponde a la madre (...) Su “vocación” le es dictada imperiosamente” (De Beauvoir 1969). Además, la autora considera que las tareas domésticas y de cuidado eran un obstáculo que impedía que las mujeres trasciendan a través de un auténtico proyecto de vida. Y que si la mujer decidía ser madre, por el bien de su hijo, era deseable que fuese una mujer que hallase satisfacción en su trabajo y en sus relaciones con la colectividad.

De Beauvoir hacía una precisión: el embarazo y la maternidad serán vividos de forma diferente, según se desarrollen en rebeldía, resignación o entusiasmo. Si bien hay algunas mujeres que disfrutarán su maternidad si se sienten realizadas como individuos, hay otras que transfieren a sus hijos todas sus frustraciones. Al mismo tiempo, señalaba la hermeticidad de

las mujeres para revelar sus sentimientos reales respecto a la maternidad: “Su silencio proviene, en parte, de que se complacen en rodear de misterio una experiencia que es de su exclusiva competencia; pero también se sienten desconcertadas por las contradicciones y los conflictos cuya sede son ellas” (De Beauvoir 1969, 270).

En este sentido, De Beauvoir habla del embarazo como un “drama” que se presenta al interior de las mujeres al sentirse, por una parte, generadora de vida y, por otra, anulada por esta vida que está engendrando: “el feto es una parte de su cuerpo y es también un parásito que la explota (...) al llevarlo en su seno, la mujer se siente vasta; pero esa misma riqueza la aniquila, tiene la impresión de no ser ya nada” (De Beauvoir 1969, 273). La lactancia es también descrita como un momento de sufrimiento para las mujeres, al aludir al dolor físico provocado por la succión y a la necesidad de estar disponibles para el bebé en todo momento. En suma, la maternidad genera distintos desafíos que las mujeres necesariamente deben afrontar; pero la forma en que lo hagan dependerá mucho de las circunstancias externas.

Por otra parte, De Beauvoir también diferencia la relación de la madre con su hijo y con su hija. La autora considera que generalmente las madres buscan que sus hijos varones consigan triunfar en el mundo pero sin apartarse de ellas; en cambio la relación con la hija es ambigua pues por una parte la madre busca "una doble" y se siente traicionada cuando se evidencia la diferencia de ese alter ego, "la madre impone a la niña su propio destino, lo cual es un modo de reivindicar orgullosamente su feminidad y también una manera de vengarse" (De Beauvoir 1969, 118).

En nuestro intento de comprender cómo se ha construido socialmente a la maternidad, nos resulta fundamental rescatar los siguientes planteamientos de Simone de Beauvoir: ser mujer significa cumplir con una serie de requisitos socialmente impuestos; la maternidad es una construcción social que se presenta como el destino de todas las mujeres; el ejercicio de la maternidad genera diversas ambivalencias y la función reproductiva no debería abandonarse al azar sino ser controlada por la voluntad de las mujeres. Sus reflexiones son bastante críticas y se oponen al sentido común de la sociedad sobre la cual desarrolla su trabajo. Sin embargo, es necesario recordar que su obra se desarrolla en un contexto específico (Francia de los años 60) y desde un punto de vista particular (Intelectual con posición económica alta).

Probablemente sus afirmaciones puedan ser problematizadas a partir de experiencias disímiles.

1.1.2. El instinto maternal es un mito. Historizando la maternidad

En el marco de los estudios de género se ha cuestionado por qué, en particular, diferencias sexuales y raciales en lugar de otros rasgos “naturales” de los seres humanos, destacan como las marcas principales de la desigualdad social. Al observarse cómo las desigualdades sociales tienden a legitimarse y a consolidarse conceptualizándolas como si estuvieran basadas en diferencias naturales inmutables, se ha planteado que incluso estas supuestas diferencias naturales subyacentes pueden ser ellas mismas construcciones culturales. Así, esta naturalización de la desigualdad no sería más que un subterfugio ideológico para respaldar la ilusión de que todos los seres humanos tienen igualdad de condiciones y que las diferencias que existen se explican en función de las capacidades o aptitudes propias de cada sexo o raza (Stolcke 1992).

Así como se puso en duda la existencia de una *naturaleza femenina*, de la misma manera, se ha cuestionado la existencia de un instinto maternal de carácter esencial y universal. Elisabeth Badinter señaló, hace más de 30 años, que los etólogos e intelectuales han renunciado a hablar de instinto cuando se refieren al hombre, por lo que el instinto maternal ya no es un concepto admitido. Sin embargo, éste ha sido reemplazado por el concepto de amor maternal, comprendido como una constante transhistórica (Badinter 1981).

Badinter explora la historia francesa entre los siglos XVII y XIX y observa que la conducta materna oscilaba entre la indiferencia y el rechazo. Las madres de clase media y alta no se ocupaban de la crianza de sus hijos y muchas veces la delegaban a personas extrañas. Estas personas recibían un pago por criar niños ajenos en lugares muy distantes de sus casas. Este fenómeno ha sido mayormente explicado al considerar que, en un contexto de mortalidad infantil muy alta, la frialdad de la madre actuaba como coraza sentimental que la protegía de sentirse devastada si su hijo falleciere (Badinter 1981).

Badinter argumenta que esta explicación genera empatía y refuerza la idea de un amor maternal que trascienda al contexto histórico. Sin embargo, según la autora, no es por la probabilidad de muerte de los niños que sus madres se interesaban poco por ellos. Al contrario, en gran medida porque ellas no se interesaban moría una cantidad tan grande de

niños. Esta indiferencia se explicaría al considerar los valores sociales de las clases medias y altas, ya que en esa época demostrar demasiado amor por los hijos era poco distinguido o elegante. “El amor maternal es sólo un sentimiento humano. Y es, como todo sentimiento, incierto, frágil e imperfecto. Contrariamente a las ideas que hemos recibido, tal vez no esté profundamente escrito en la naturaleza femenina” (Badinter 1981, 14).

Así mismo, se evidencia que el Siglo XVIII transformó la condición del niño en los imaginarios sociales (al menos, en Europa). Antes de esta fecha, el niño no era un sujeto importante en la familia y su presencia era percibida más bien como un engorro. Sin embargo, esta concepción empieza a transformarse paulatinamente gracias a tres discursos: un discurso económico que enfatizaba la importancia de la población para una nación, un discurso filosófico apoyado en los grandes pensadores de la Ilustración quienes propugnaban la igualdad y felicidad entre hombres, mujeres y niños, y un tercer discurso científico y moralista dirigido exclusivamente a las mujeres recalcando el carácter natural e insustituible de la madre.

Las madres burguesas fueron las que escucharon y aplicaron los discursos masculinos mencionados. La mujer de clase media vio en la figura de la "madre abnegada" una posibilidad de promoción y emancipación, ya que al aceptar encargarse de la educación de sus hijos adquiriría poder sobre los bienes materiales de la familia y control sobre los seres humanos de su núcleo familiar, así llegaba a ser el "corazón" del hogar y se consagraba como "soberana doméstica". "La maternidad se transforma en una función gratificante porque ahora está cargada de ideal" (Badinter 1981,184).

Además, es importante señalar el papel de Psicoanálisis en la construcción del discurso de la madre como responsable de la felicidad de sus hijos: “auxiliar del médico en el siglo XVIII, colaboradora del sacerdote y del profesor en el siglo XIX, la madre del siglo XX asumirá una última responsabilidad: el inconsciente y los deseos de su hijo” (Badinter 1981, 193).

Badinter comprueba cómo los discursos de Rousseau y Freud, con 150 años de distancia, elaboraron una imagen de la mujer singularmente coincidente: destacando su sentido de la abnegación y el sacrificio, que según ellos caracterizaba a la mujer “normal”.

Así, paulatinamente se fue configurando un ideal de madres del cual las mujeres difícilmente podían rehuir: “a fines del siglo XIX y a comienzos del XX prácticamente ya no se hablaba de la maternidad sino en términos de sufrimiento y de sacrificio” (Badinter 1981, 223). Las mujeres que se alejaban de los mandatos del discurso dominante, frecuentemente eran tachadas de malvadas y desequilibradas e incluso se elaboraron “retratos de malas madres”, entre ellas, la indigna, la mujer que trabaja, la egoísta, etc.

Simultáneamente, se identifica una “decadencia” de la función paterna y la presencia estatal en las responsabilidades que antes le correspondían al padre de familia. Así, en el universo infantil surgen personajes nuevos quienes, de formas diversas, tienen la función de cumplir el papel que dejó vacante el padre de familia. Estos personajes fueron el maestro, el juez de menores, el asistente social, el educador y más tarde el psiquiatra.

De esta manera, la revisión de la historia francesa permite concluir que el instinto maternal es un mito y no existe evidencia de una conducta universal de las madres. Lo que sí se ha podido probar es que los sentimientos tienen un carácter sumamente variable de acuerdo a la cultura en la que se desarrollen.

Cómo no llegar a partir de allí a la conclusión de que el amor maternal es sólo un sentimiento, y como tal esencialmente contingente, aunque sea una conclusión cruel. Este sentimiento puede existir o no existir; puede darse y desaparecer. Poner en evidencia su fuerza o su fragilidad. Privilegiar a un hijo o darse a todos. Todo depende de la madre, de su historia y de la Historia (Badinter 1981, 309).

Desde la antropología, por otra parte, un estudio realizado en 1997 por Nancy Scheper Hughes en la localidad de Alto do Cruzeiro-Brasil, confirma los planteamientos de Badinter acerca de la necesidad de historizar y situar la práctica materna para otro tiempo y espacio. La investigadora observa que las mujeres del Alto generalmente encaran la muerte infantil estoicamente, incluso con una especie de “bella indiferencia”. Ellas, al dar a luz a muchos niños y, ante la expectativa de que solo sobrevivan unos pocos, invierten selectivamente en aquellos a quienes se considera las mejores “apuestas” para la supervivencia, ya sea en función del sexo preferido, el orden de nacimiento, la apariencia o la salud. En este contexto cultural no se considera problemático un déficit de sentimiento. Por el contrario, se afirma que

las emociones excesivas pueden ser la perdición de las familias, amenazar el sustento, destruir relaciones y causar enfermedades físicas y mentales (Scheper-Huges 1997).

Scheper Hughes considera que el amor materno no es innato ni universal, sino que se trata de una representación ideológica y simbólica que tiene sus raíces en las condiciones materiales que definen la vida reproductiva de las mujeres. Para la autora, la concepción moderna del amor materno proviene de una estrategia reproductiva nueva: tener pocos hijos e invertir a fondo emocional y materialmente en cada uno de ellos (Scheper-Huges 1997).

Así, podemos ver que la maternidad, como construcción social, depende de las circunstancias en las que se dé. La conjugación de distintos factores de discriminación (género, clase social, etnia) puede generar condiciones para que el embarazo y la maternidad sean vividos de maneras muy diferentes.

1.1.3. Las madres enseñan maternidad

Si bien el instinto maternal es un mito, lo que sí es una realidad es que las mujeres ejercen la maternidad, es decir, que en nuestra sociedad, como en la mayor parte de sociedades, las mujeres no solo llevan los hijos en el vientre y después los paren (en la mayor parte de los casos), sino que además asumen la responsabilidad *primordial* de su cuidado. Nancy Chodorow (1984) parte de este hecho (a su criterio) indiscutible y se pregunta por qué las mujeres, en gran medida, desean ejercer la maternidad y obtienen gratificación en este ejercicio. A continuación reseñamos los planteamientos de Chodorow pues nos aportan una visión psicológica e histórica sobre la construcción social de la maternidad vinculada a los procesos de identificación asociados al cuidado.

A lo largo de su argumentación, Chodorow muestra que la actual reproducción del ejercicio de la maternidad sucede mediante procesos psicológicos inducidos estructural y socialmente. A través del psicoanálisis, la autora evidencia que las mujeres, en cuanto madres, producen hijas con capacidad y deseos de ejercer de madres. Y por el contrario, las mujeres, en cuanto madres (y los hombres en cuanto no madres) producen hijos cuyas capacidades y necesidades maternas han sido sistemáticamente reprimidas y recortadas.

La división sexual y familiar del trabajo, en la cual las mujeres ejercen la maternidad y se comprometen mucho más en relaciones interpersonales y afectivas, produce en las hijas e

hijos una división de las habilidades psicológicas que los lleva a reproducir esta división sexual y familiar del trabajo.

Así, se observa que el ejercicio maternal de las mujeres se ha dado debido a la vinculación aparentemente natural entre la capacidad de criar y lactar por una parte, y por otra, debido a que los seres humanos necesitan cuidados especiales durante un largo periodo de su vida inicial. Sin embargo, este discurso naturalista considera que "el ejercicio maternal de las mujeres es uno de los pocos elementos universales y permanentes de la división sexual del trabajo" (Chodorow 1984, 13), es un rasgo definitorio y central de la organización sexual social y está implicado en la construcción y en la reproducción del mismo dominio masculino.

Sobre esta base, Chodorow se plantea dos preguntas centrales: ¿cómo llegan a ejercer la maternidad las mujeres hoy en día? y ¿cómo podemos transformar las cosas para modificar la división sexual del trabajo dentro de la cual la maternidad corresponde exclusivamente a las mujeres? Para dar respuesta a estas cuestiones hace una breve reconstrucción histórica que esclarezca la situación.

La primera consideración que apunta Chodorow es que hace dos siglos las mujeres desempeñaban tareas productivas y reproductivas y no únicamente se centraban en la maternidad. En cambio, durante los dos últimos siglos, la casa dejó de funcionar como una unidad económica ya que el vestido y la comida, con el desarrollo del capitalismo y la industrialización, empezaron a producirse en las fábricas.

Así, la familia se convirtió en una institución esencialmente relacional y personal. El rol familiar de la mujer se centró en el cuidado de los niños y en encargarse de los hombres. Además, Chodorow señala que el primer período del capitalismo norteamericano produjo una ideología de la "madre moral" pues se espera que las madres alimenten física y espiritualmente a sus familias, además de tener limpia la casa.

Según la autora, antiguamente los hogares solían contener otros miembros: sirvientas, cuidadores, abuelos, etc. quienes ayudaban con la crianza de los niños. Hoy, el hogar con niños se ha transformado en un ámbito exclusivamente materno infantil donde la madre se encuentra cada vez más aislada de otras madres y cuenta con poca ayuda rutinaria para el

periodo intensivo del ejercicio de la maternidad (su participación en la fuerza laboral no altera esta situación, si bien para ciertos sectores incorpora también a otras mujeres de la familia y a empleadas remuneradas en el hogar).

Así, el ejercicio de la maternidad, tan importante para la vida humana, se ejerce gracias a ciertas pautas interiorizadas por hombres y mujeres durante el proceso de socialización. El análisis histórico demuestra que estas pautas responden a diferentes procesos sociales y a ciertos discursos dominantes que las configuran.

1.1. Nuevos debates sobre maternidad

Como hemos visto, pese a que la maternidad ha sido un tema debatido a lo largo de la historia (a lo que han contribuido las Ciencias Sociales), éste continúa en las discusiones públicas y privadas, desde distintos enfoques. Por ello, a continuación señalaremos algunos debates abiertos en torno a la maternidad. En primer lugar, retomamos las discusiones sobre la existencia de un instinto maternal a propósito del *resurgimiento* de un discurso naturalista (también conocido como maternalismo). Posteriormente analizaremos a la maternidad como fuente de contradicciones y ambivalencias, donde enfatizaremos las tensiones que surgen entre la maternidad y el trabajo. Finalmente, señalamos algunos de los contextos diversos en los que las mujeres traen a sus hijos al mundo, para comprender como ciertas estructuras sociales pueden condicionar el ejercicio de la maternidad, lo que nos recuerda que madre no hay una sola.

1.2.1. ¿Volvemos a hablar de instinto maternal?

Un gran debate sobre la maternidad se ha armado en torno al resurgimiento de un discurso fundacionalista biológico (Nicholson 2003), que con un marco de modernidad y afianzado en la veracidad de ciertas investigaciones científicas, busca convencer a las mujeres de reconciliarse con su naturaleza y escuchar la llamada de su “instinto maternal.” Este posicionamiento ha congregado simpatizantes y detractores, quienes, desde la academia, talleres, redes sociales o prácticas cotidianas, han encontrado espacios para manifestar sus puntos de vista.

Los partidarios de este discurso naturalista se sostienen en principios de empoderamiento de la mujer sobre su cuerpo y en una convivencia respetuosa con el medio ambiente. Algunas personas plantean estos principios asociándolos al eco feminismo y otras lo hacen desde

posicionamientos como los de la Crianza con Apego, la Crianza Respetuosa o la Crianza Natural. Por el contrario, quienes no concuerdan con este estilo de vida, lo hacen principalmente desde el feminismo de la igualdad pues consideran que hablar de instinto materno o maternidad natural significa un retroceso en las conquistas de libertad e igualdad para las mujeres. A continuación nos centraremos en las discusiones con respecto a la Crianza con Apego o Crianza Respetuosa, pues aparecen frecuentemente en foros y discusiones en el contexto a estudiarse.

La crianza con apego está basada en la teoría del apego, formulada por John Bowlby y Mary Ainsworth sobre el apego o vínculo afectivo que se establece entre madre e hijo. Los expertos en psicología del desarrollo consideran que la teoría del apego constituye uno de los planteamientos teóricos más sólidos en el campo del desarrollo socio emocional. Lejos de verse debilitada con el paso del tiempo, dicha teoría se ha visto afianzada y enriquecida por una gran cantidad de investigaciones psicológicas realizadas en los últimos años (Olivia 2004). Además, esta teoría es socialmente relevante, si se considera que el apego puede determinar la calidad de relaciones interpersonales que establezca una persona e incluso trascender inter generacionalmente, así:

Si una persona, durante su infancia, tuvo un apego seguro con sus padres u otras personas que se mostraron sensibles, responsivos y consistentes, en su vida posterior tendrá una actitud básica de confianza en las personas con las que establezca sus relaciones. Por el contrario, si un sujeto ha tenido experiencias negativas con sus figuras de apego, tenderá a no esperar nada positivo, gratificante o estable de las relaciones que pueda establecer en su vida adulta (Olivia 2004, 6).

De esta manera, la crianza con apego se ha constituido en una corriente ideológica acerca de cómo criar a los niños y se basa en ocho pilares fundamentales: preparación para el embarazo, parto y paternidad; alimentación con amor y respeto (lactancia materna y contacto piel con piel); respuesta sensible a las necesidades del bebé (no dejarlo llorar y tomarlo en brazos siempre que lo requiera); contacto materno el mayor tiempo posible (cargar al bebé); propiciar un sueño física y emocionalmente seguro (colecho); propiciar el cuidado cariñoso constante; práctica de la disciplina positiva (eliminar totalmente los gritos y golpes) y búsqueda del equilibrio entre la vida personal y familiar (Psicología Perinatal 2014).

Sin embargo, como apuntamos antes, varios de los pilares de la Crianza con Apego han constituido fuentes de tensión y disputa. Así, por ejemplo, actualmente se ha construido un fuerte discurso científico acerca del carácter fundamental de la lactancia en la crianza de los niños, apoyado en dos principios ideológicos: que las buenas madres ponen las necesidades de sus hijos antes que nada y que estas necesidades están fijadas por la naturaleza (Badinter 2010).

Los defensores de la lactancia materna afirman que todas las madres pueden amamantar y que no existe ninguna dificultad, física o psíquica que no se pueda superar. Dar de mamar es una capacidad exclusiva de la mujer y, aunque hay muchas madres que deciden no hacerlo, la crianza con apego sostiene que esto es renegar de las funciones biológicas “es como si ahora reivindicásemos cortar nuestra menstruación. No creo que la igualdad deba pasar por eliminar las diferencias” (García y Escudero 2013, 7).

En el sentido contrario, algunas pensadoras feministas (Badinter 2010, Gimeno 2016) consideran que el discurso científico pro lactancia constituye una involución para la mujer, pues, nuevamente se está normativizando el cuerpo femenino y su funcionalidad “adecuada”. Además, por ejemplo, en los años 70 el biberón fue muy bien recibido porque permitía a las madres seguir trabajando. Los consejos de expertos que idealizan y simplifican la lactancia eliminan del debate la ambivalencia maternal y califican a aquellas que se resisten a la lactancia como malas madres. Badinter (2010) considera que evidentemente existe un reverso de la moneda conformado por muchas madres que hablan de un desagrado ante la lactancia, de agotamiento, de escasez de leche, de dolor de los pechos agrietados, de las horas esperando a que el bebé quede saciado, etc. lo que consecuentemente les genera un sentimiento de culpa.

Además del debate con respecto a la lactancia, se discute también sobre la necesidad de seguir los protocolos y técnicas hospitalarias durante el parto. En el mismo marco del discurso naturalista, ha surgido – lo que Badinter (2010) denomina como- el ideal de "la buena madre ecológica". Este ideal es anhelado por las mujeres que sienten rechazo hacia las técnicas de los hospitales pues las entienden como un desposeimiento de sus cuerpos y de su maternidad. Entonces, buscan dar a luz en casa, acompañar su embarazo, parto y lactancia de una *doula* (mujer experimentada en asuntos de maternidad), evitar la inyección epidural (algunas hasta hacen un elogio al dolor), etc.

Por otra parte, los partidarios de la crianza con apego, no solo no la consideran como sinónimo de esclavitud de las mujeres, sino que incluso afirman que es un paso hacia la equitativa distribución de responsabilidades de crianza. Frente a los roles de madre abnegada y padre ausente de la crianza tradicional, en la crianza natural los padres se implican y comparten responsabilidades. “Quizás los hombres que practican la crianza con apego están rompiendo su rol de género para entregarse a las responsabilidades que realmente exige el cuidado de una criatura” (García y Escudero 2013, 8), lo que a su vez se traduce en una transmisión de roles diferente a ese niño o niña.

Ante el notorio desacuerdo que existe sobre estos patrones de crianza y sus implicancias para la mujer, Beatriz Gimeno considera que el feminismo debe moverse al ritmo de la vida de las mujeres y comprender que sus exigencias cambian generacionalmente. Si, por ejemplo, en décadas anteriores ciertas aspiraciones feministas consistían en acceder al mercado laboral y participar de la esfera pública, hoy la distinción entre esferas públicas y privadas no hace mucho sentido a las mujeres jóvenes quienes denuncian las exigencias de un productivismo atroz que no permite, ni a hombres ni a mujeres, simplemente vivir. Por ello, actualmente muchas mujeres reclaman la oportunidad de experimentar una maternidad a plenitud, lo que implica presencia física y emocional en la crianza de sus hijos (Gimeno 2016).

Hoy en día, analizar los postulados de teorías y posicionamientos como los de la Crianza con Apego, resulta muy necesario para comprender los dilemas que enfrentan las madres al momento de decidir (si existe la posibilidad de tal decisión) trabajar fuera de casa o quedarse al cuidado de sus hijos. La abundante información sobre los beneficios físicos y psicológicos del tiempo compartido entre la madre y sus hijos generan cierta presión en la forma en la que ciertas mujeres de clase media afrontan su maternidad.

1.2.2. Las contradicciones actuales de la maternidad

En general, la maternidad puede ser considerada como una fuente de ambivalencias y contradicciones. A lo largo del tiempo, dos esferas han cohabitado en la idea de la maternidad: una de amor y felicidad; otra de agotamiento, frustración y soledad. Además, en el actual contexto, donde la plenitud personal es la motivación dominante, las madres están en el centro de una triple contradicción. La primera contradicción es social pues, por un lado, la maternidad sigue considerándose como la más importante realización de la mujer y, por el otro, hay un ideal de mujer que debe triunfar profesionalmente. La segunda contradicción se

da con respecto a la pareja, pues un hijo es un vínculo muy fuerte entre sus padres pero su presencia no favorece la vida amorosa debido a la fatiga, falta de sueño, sacrificios y obligaciones que impone un bebé. Finalmente, la contradicción más fuerte es la que se da en el interior de cada mujer que no se funde con la madre, es decir, la angustia que genera el sentirse dividida entre el amor por el hijo y sus deseos personales (Badinter 2010).

En este sentido, el académico Neil Gilbert (citado por Badinter, 2010) habla de cuatro tipos ideales de estilos de vida femeninos, que constituyen un continuo según la importancia otorgada al trabajo y a la familia: en un extremo, las madres tradicionales (tres hijos o más), quienes hallan su realización personal en la educación de sus hijos y la gestión de su hogar. En el otro extremo están las mujeres posmodernas, cuyo perfil es altamente individualista y su vida está consagrada a su perfil profesional. En el centro están las neotradicionales y las modernas, quienes quieren ganarse la vida mediante una carrera pero sin sacrificar la experiencia de la maternidad. Las modernas inclinan la balanza del lado de su profesión y las neotradicionales del lado de su familia.

El grupo de las modernas y las neotradicionales constituye la gran mayoría de mujeres (al menos en los países avanzados). Estas mujeres son negociadoras constantes pues buscan un equilibrio entre su identidad de mujer y de madre. Desafortunadamente, este equilibrio es frágil e inestable y nunca se consigue de forma definitiva porque evoluciona en función de la edad y las necesidades del hijo y de las oportunidades profesionales que surjan.

Basta con que el hijo plantee un problema inesperado, para que el ideal maternal que han eludido regrese con fuerza. Culpable, forzosamente culpable... El espectro de mala madre se le impone con más crueldad cuanto más haya interiorizado el ideal de la buena madre. Ante estas pruebas conflictivas la mujer y la madre se sienten igualmente perdedoras (Badinter 2010, 159).

Maternidad y Trabajo

Una de las contradicciones más fuertes que experimentan las mujeres surge entre los requerimientos del mundo laboral y sus funciones maternas. Algunas estudiosas (Burin y Meler, 1998; González de Chávez, 1999, citadas por Palomar 2009) han establecido que las experiencias/funciones que han definido culturalmente la subjetividad de las mujeres son la sexualidad adulta, la maternidad y la vida profesional.

Así, diversos estudios han mostrado que la mayoría de mujeres que sostiene que tanto el ámbito laboral como la maternidad son dimensiones importantes en su vida, sienten culpa por esta ambigüedad y por no poder dedicarse enteramente a cada una de ellas. Muchas de las madres que laboran fuera de casa también consideran que gran parte de las restricciones de su vida cotidiana están relacionadas con el tiempo, pues el hecho de trabajar de forma asalariada marca profundamente su vida cotidiana al suprimir horas de sueño, actividades culturales, sociales y de ocio.

Además, para muchas de las madres, el cumplir con las dos tareas (madre-trabajadora remunerada) les genera una imagen de sí mismas como heroínas y aumenta su autovaloración por no haber renunciado a sus objetivos personales. Al examinar su maternidad, las mujeres piensan que el ser madres generó cambios y la mayoría los considera totales o radicales. Algunas madres expresan que la maternidad ha influido en no tener el éxito profesional deseado por no contar con el tiempo suficiente para dedicarse a su trabajo, pero que aun así vale la pena.

Por otra parte, entre las mujeres que trabajan de forma asalariada, varias reconocen que las actividades de crianza que realizaba su pareja fueron fundamentales para poder cumplir con sus obligaciones laborales, sin embargo la gran mayoría aún continúa realizando la mayor parte del trabajo doméstico y de cuidado, por ello es recurrente la presencia de apoyo adicional de familiares o la contratación de servicio doméstico (Palomar 2009).

Las tensiones entre la maternidad y el trabajo pueden ser leídas también como un factor de desigualdad entre las oportunidades laborales entre hombres y mujeres. Vemos, por ejemplo, en el manifiesto escrito por Bárbara Ehrenreich, una caricaturización de este fenómeno:

Si, en realidad eres una mamá, y tienes hijos pequeños que, por alguna razón, siguen viviendo contigo, el caso está casi perdido. A menos que puedas demostrar que, como resultado de alguna hazaña de la bioingeniería o un error en los certificados de nacimiento, tú eres en realidad su padre y por lo tanto no tendrás ninguna responsabilidad en sus cuidados cotidianos (...) Incluso si respetas a las mamás, como mamás, y estás consciente de la enorme diversidad entre ellas, ¿En realidad quisieras trabajar con una? (Ehrenreich 2004, 86).

En suma, aunque sabemos que toda cultura está dominada por un modelo maternal ideal que puede variar según las épocas y pesa sobre todas las mujeres, consciente o inconscientemente, es posible afirmar que el modelo actual es más exigente que nunca. Las demandas con respecto al hijo no se reducen a los cuidados corporales y afectivos, implican también una atención a su desarrollo psicológico, social e intelectual. Y si a esto le sumamos las amplísimas demandas y expectativas del desarrollo profesional de las mujeres, obtenemos una combinación difícilmente conciliable (Badinter 2010).

1.2.3. Madre no hay una sola

A pesar de que este estudio se centrará en un contexto específico y trabajará con madres de determinadas características (cuencanas, en parejas heterosexuales de clase media), es preciso recalcar una premisa fundamental: la maternidad es tan diversa como lo son los vínculos que establecen y los procesos sociales que los habilitan. Así, además de pensar en los dilemas de maternidad de madres de clase media que viven con su pareja, hay que considerar la existencia de contextos muy diversos: mujeres solas, casadas o separadas; adultas o adolescentes; heterosexuales, bisexuales y lesbianas; de sectores altos, medios y de clase baja; militantes católicas y feministas; indígenas y migrantes; usuarias de técnicas de reproducción asistida; viviendo con VIH; cumpliendo una condena en prisión; dando o recibiendo niños/as en adopción o dando a luz en sus casas, etc. Todas estas mujeres viven maternidades que “negocian y resisten sentidos que se pretenden hegemónicos, demandan derechos y exigen el reconocimiento de la pluralidad como valor” (Felitti 2011, 284). La definición de maternidad que subyace a los diversos relatos es abierta, dinámica y flexible, pues se la entiende como una parte de la vida sexual y reproductiva de las mujeres.

Por ello, hay que entender la maternidad dentro de las dinámicas sociales que, de distintas maneras, configuran los escenarios en los que cada madre puede transitar y las distintas batallas que cada una tiene que pelear: para algunas se tratará de conseguir bienes y servicios básicos; otras se preocuparán de que su trabajo no afecte su embarazo y de conseguir buenas instituciones que cuiden de sus hijos y que les permitan mantener sus empleos; para muchas mujeres con estudios universitarios el desafío será negociar personalmente un tiempo fuera de la oficina; otras enfrentarán los dictados de un modelo médico que les niega el protagonismo en el parto, etc. Así mismo, la construcción de los estereotipos sobre buenas y malas madres incluye discusiones tan diversas como “la que muestra mucho su panza, la que no parió naturalmente, la que no da el pecho, la que trabaja muchas horas, etc.” (Felitti 2011, 15).

Dada la amplísima variedad de contextos y dinámicas sociales en los que puede ser vivida la maternidad, es de suponer que el posicionamiento de cada mujer, sea, así mismo, profundamente diverso. Así, por ejemplo, un estudio con mujeres de clase media en periodo de gestación muestra que las construcciones subjetivas sobre el embarazo como experiencia corporal se generan en base a tópicos como: la sexualidad durante esta etapa, la receptividad de las mujeres hacia el discurso y la práctica médica, las incidencias de la industria cultural, los modelos de estética y belleza, la comercialización de bienes para el embarazo, entre otros (Schwarz 2011).

En cambio, si miramos un estudio realizado con mujeres jóvenes indígenas, veremos cómo la diversidad étnica y etaria influyen en el ejercicio de su maternidad, pues hay una tensión constante entre el modelo biomédico y los saberes propios de la comunidad (que generalmente son conocidos por las mujeres mayores). El estudio también reflexiona sobre las redes de parentesco como soporte para el cuidado del recién nacido y el involucramiento activo de los hombres en la etapa del posparto (Hirsch y Amador 2011).

Hemos tomado solamente estos dos ejemplos de una infinidad de estudios realizados sobre maternidad, en primer lugar porque ambos se relacionan con las variables de nuestro estudio (género, clase y etnicidad) y porque su capacidad ejemplificadora alcanza para representar la complejidad y diversidad de asuntos englobados en la idea de maternidad.

1.3. Recapitulando

Analizar la maternidad como una construcción social nos ha dejado algunas ideas clave: la maternidad se expresa dentro de las relaciones de poder propias del género, sujetas a transformaciones de carácter histórico; el instinto maternal es también un constructo social; la socialización de las niñas las prepara para maternar y los discursos e imaginarios públicos moldean la maternidad dictando pautas para su ejercicio apropiado. Actualmente, desde la psicología, el concepto de *maternaje* es útil para referirnos a la construcción social de la maternidad, si lo entendemos como el conjunto de procesos psicoafectivos que se desarrollan y se integran durante la maternidad (Recamier 1979, citado por Vizental 2012).

Pudimos ver como a fines del siglo XIX y a comienzos del XX, paulatinamente se fue configurando un ideal de madres basado en el sufrimiento y el sacrificio. Además, en el marco del desarrollo capitalista, se produjo una ideología de la “madre moral” pues se espera

que las madres alimenten física y espiritualmente a sus familias, además de tener limpia la casa. Aunque, como veremos, este modelo ha tenido distintos resultados en las distintas sociedades capitalistas. Las mujeres que se alejaban de los mandatos del discurso dominante, frecuentemente eran tachadas de malvadas y desnaturalizadas; entonces, la *mala madre* venía a ser: la indigna, la mujer que trabaja, la egoísta, la que tiene una sexualidad activa, etc. Por otra parte, vimos también cómo la división sexual y familiar del trabajo, en la cual las mujeres ejercen la maternidad y se comprometen mucho más en relaciones interpersonales y afectivas, produce en las hijas e hijos una división de las habilidades psicológicas que los hace desear ser madre o padre y comportarse como tal.

Así, la naturalización de las mujeres en la maternidad ha servido de excusa para naturalizar la desigualdad, lo que además es reforzado por una socialización que enseña que el principal destino de las mujeres es ser madre y luego, demostrar que es una buena madre. Frente a esto, varias pensadoras feministas coinciden en la necesidad de historizar y contextualizar los discursos y las prácticas, para comprenderlas y mejorarlas en favor de la equidad.

Pese a la reflexión que durante décadas ha examinado a la maternidad en esta perspectiva, hoy en día el debate sigue vigente y presenta nuevas aristas sobre las cuales se levantan voces divergentes. Así, por ejemplo, actualmente es necesario analizar los postulados de teorías como la de la Crianza con Apego, para comprender los dilemas que enfrentan las madres al momento de decidir (si existe la posibilidad de tal decisión) trabajar fuera de casa o quedarse al cuidado de sus hijos. La abundante información sobre los beneficios físicos y psicológicos del tiempo compartido entre la madre y sus hijos, puede generar cierta presión en la forma en la que la mujer viva su maternidad.

En este sentido, vimos que varios estudios han establecido que unas de las principales experiencias que han definido culturalmente la subjetividad de las mujeres son la maternidad y la vida profesional, de ahí la necesidad de analizar las tensiones entre estas dos dimensiones. Como observamos, la mayoría de mujeres que sostiene que tanto el ámbito laboral como la maternidad son dimensiones importantes en su vida, sienten culpa por esta ambigüedad y por no poder dedicarse enteramente a cada una de ellas. Además, las complicaciones que surgen al conciliar la maternidad y el trabajo pueden ser leídas también como un factor de desigualdad entre las oportunidades laborales entre hombres y mujeres, etc.

En suma, aunque sabemos que toda cultura está dominada por un modelo maternal ideal que puede variar según las épocas y pesa sobre todas las mujeres, consciente o inconscientemente, es posible afirmar que el modelo actual es más exigente que nunca. Las demandas con respecto al hijo no se reducen a los cuidados corporales y afectivos, implican también una atención a su desarrollo psicológico, social e intelectual. Y si a esto le sumamos las amplísimas demandas y expectativas del desarrollo profesional de las mujeres, obtenemos una combinación difícilmente conciliable.

Capítulo 2

La maternidad como construcción social en América Latina y Ecuador

Introducción

La construcción social de la maternidad tiene sus características particulares en Latinoamérica, Ecuador y Cuenca. Los distintos procesos históricos han generado configuraciones culturales específicas dentro de las cuales la maternidad se erige como factor indispensable para la organización social. A continuación nos aproximaremos al contexto de nuestro estudio, en un recorrido que va desde lo general (América Latina) hasta lo particular (Ecuador y Cuenca). Para esto, hemos dividido el presente capítulo en 6 apartados que abordan los discursos e imaginarios sobre la maternidad en América Latina y Ecuador, la Organización Social del Cuidado en la región y un acercamiento a Cuenca y sus estructuras sociales.

El primer apartado, titulado *Maternidad, discursos e imaginarios en América Latina*, busca comprender cómo la maternidad se convierte en asunto público en la región desde los inicios del siglo del siglo XX. Además, se observa cómo los expertos generan diversas disposiciones con el fin de regular la sexualidad de la mujer y sus hábitos de higiene, para lo cual exaltaron la importancia de la familiar nuclear, fortaleciendo así la dimensión privada de la reproducción. Finalmente, nos situamos en el Perú de los años 90 para comprender el imaginario social sobre la maternidad. Entonces vemos que existían tres discursos sobre las formas de ser madre: La madre mariana, La madre heroica y La madre moderna y cada uno se insertaba en diferentes contextos temporales y de clase social.

El segundo apartado es un recorrido sobre algunos tratados académicos que estudian la maternidad en Ecuador. En ellos podemos ver que la maternidad ha sido abordada desde el lenguaje de la diferencia pues los debates sobre la ciudadanía femenina en Ecuador durante el siglo XIX e inicios del siglo XX, enfatizaban las características diferenciales de las mujeres-madres, que les correspondían “por naturaleza”. Podemos ver que al acentuar las diferencias y al expresar las demandas de ciudadanía a través de representaciones idealizadas de la maternidad, se produjo una politización de la maternidad. Es decir, esta relación entre maternidad, nación y ciudadanía que operaba sobre las madres urbanas, fue una forma particular de ciudadanía femenina y es conocida como maternalismo cívico. En este apartado también observaremos la influencia del discurso de los expertos en la configuración de una

maternidad apropiada, pues se impuso una retórica de higiene del hogar y cuidado de los cuerpos, de esta manera, por ejemplo, la lactancia materna se aconsejó de forma intensa. Finalmente, puntualizamos las diferentes representaciones de la maternidad en función de la clase social o de la etnia de la madre.

El tercer apartado complementa el repaso de los imaginarios sociales sobre la maternidad en la región a través de la revisión de dos estudios recientes sobre la maternidad como figura relacional. De la mano de los hallazgos, analizaremos, en primer lugar, el rol de los padres de la madre como referentes del modelo de crianza que ella practica y, posteriormente, comentaremos el tipo de interacciones que se producen actualmente entre la madre y el padre, al momento de criar a su hijo. El primer estudio comprende una investigación realizada en cinco ciudades colombianas, que busca establecer criterios acerca de los cambios y permanencias en la maternidad y paternidad y comprender las diferencias generadas en función de factores socioeconómicos. El segundo estudio fue realizado en Quito, con familias de clase media, con el objetivo de comprender las dinámicas de las nuevas paternidades. El cuarto apartado inserta a la maternidad dentro de los debates sobre la Organización Social del Cuidado, con la intención de comprender las estructuras económicas, sociales y culturales que condicionan su ejercicio. Para esto, en primer lugar, haremos una revisión superficial sobre el cuidado en sentido amplio que nos permita establecer los nexos con la maternidad. Aquí vemos la necesidad de trascender a la dicotomía entre dependencia e independencia, y reconocer que la interdependencia es una de las características de la condición humana.

Después, revisamos el estado actual de la Organización Social del cuidado en Latinoamérica y en Ecuador, para poder responder las siguientes interrogantes: ¿cómo gestionan las madres las necesidades de cuidado de sus familias?, ¿qué papel tiene el Estado, el mercado, la familia y la comunidad en la satisfacción de estas necesidades?, ¿qué diferencias se observan, según el nivel socio económico o la etnicidad, en la atención a estos requerimientos?

En el quinto apartado analizamos los entramados machistas, racistas y clasistas de la ciudad de Cuenca, lo que posteriormente sustentará nuestro estudio al comprender cómo éstos condicionan el ejercicio de la maternidad. Como veremos, actualmente en Cuenca se ha configurado una compleja matriz de dominación que articula al género, la clase social y el origen étnico de las personas para situarlas en escenarios más o menos adversos. Hacer un breve repaso a la historia cuencana nos permitirá entender esta singular estructuración

Finalmente, el sexto apartado comprende una descripción cuantitativa, basada en los datos del último censo nacional (2010), con el objetivo de componer un perfil general de las madres en Cuenca. Los datos estadísticos nos permitirán conocer más sobre la situación económica, el estado civil, la edad y la etnicidad de las madres cuencanas, en general, para después concentrarnos en historias de vida singulares.

2.1. Maternidad, discursos e imaginarios en América Latina

Un aspecto importante a considerar dentro de la construcción social de la maternidad es su dimensión narrativa. A continuación buscamos comprender cómo se configuraron diversos discursos públicos en torno a la maternidad, formando los imaginarios sociales de distintas épocas. Es importante aproximarnos al contexto latinoamericano pues es el lugar en el que se desarrollará la presente investigación y sus características sociales e históricas configuran discursos particulares.

Emma Manarelli, en su clásica obra *Limpias y modernas. Género, higiene y cultura en la Lima del novecientos*, observa cómo en Perú, durante las primeras décadas del siglo XX, la maternidad se va convirtiendo en un asunto público. La noción de la maternidad como un derecho se elaboró a partir de los discursos médicos y de mujeres vanguardistas. Para Manarelli, las transformaciones ocurridas en este periodo son trascendentales para la reconfiguración de la maternidad en los imaginarios sociales, ya que se empezó a pensarla como la responsable de la organización social y como “un factor determinante de la futura grandeza de nuestro pueblo” (Manarelli 1999, 72).

Manarelli relata que los enunciados de la ciencia médica sobre las mujeres y su comportamiento se inspiraban en lo que los profesionales pensaban sobre las funciones reproductivas de éstas y sus posibles relaciones con las formas que iba tomando la organización social. En este sentido, el cuidado de la salud de las mujeres -que suponía un disciplinamiento de la sexualidad- hizo que emergiera un conjunto de demandas a las instancias públicas.

Los expertos generaron un conjunto de disposiciones higienistas que dictaban a la mujer cómo acceder a los beneficios de la modernidad a través de la regulación de sus hábitos de higiene y sexualidad. Pero, estas reformulaciones se apoyaban a su vez en el enraizamiento de

la familia nuclear, de la casa cerrada. Era precisamente en esta privatización del espacio familiar donde se reforzaba el hábito y el autocontrol.

De igual forma, además de la responsabilidad materna por la enseñanza de higiene y autocontrol sexual a las niñas y pese a que la escuela ocupaba un lugar importante para la formación de los niños, la madre se erigía como uno de los polos de la institución familiar, destinada a formar a los futuros ciudadanos varones.

Por otra parte, Manarelli revisa varias obras culturales de la época y nota cómo la propuesta de las mujeres vanguardistas de Lima del siglo XX criticó el comportamiento tradicional de las mujeres de la ciudad y construyó un ideal de lo femenino y de la maternidad apropiada. Las mujeres con embarazos sucesivos y llenas de hijos empezaron a ofrecer una imagen “grotesca, animalesca del cuerpo y la sexualidad femenina” (Manarelli 1999, 117). El cuidado del cuerpo exigía un control de la sexualidad, ya que los embarazos sucesivos no hacían más que “degenerar la prole”. De esto, es posible deducir que las familias, principalmente las de clase media y alta, empezaron a disminuir su tamaño.

Los textos culturales y periodísticos de la época muestran cómo la identidad femenina asociada a la moral del cuidado, el orden y la continencia acompañaban a la estabilidad económica familiar. Civilizar el hogar era entendido como el camino principal para el progreso de la nación, por lo que la conducta moderada, ahorrativa, previsora y cuidadora de la mujer era fundamental.

Así, el avance del siglo mostró la coexistencia de dos modelos de maternidad. El primero, más tradicional, de la mujer que no se involucraba con las tareas que la nueva maternidad proponía, y uno que iba adaptándose a los mandatos del progreso tal como se entendió en esas décadas (Manarelli 1999, 118).

Por su parte, Norma Fuller, en *Dilemas de Femenidad*, realiza un estudio sobre las mujeres de clase media en el Perú de los años 90. Para la autora, la maternidad es el papel femenino por excelencia dentro de la cultura peruana sobre el que se han elaborado tres discursos que coexisten en los imaginarios del lugar: el de la madre Mariana, el de la madre heroica y el de la madre autónoma.

El primer discurso es el de *la madre Mariana*, anclado en los valores de la Virgen María (sacrificio, amor, recato, sumisión, etc.). El segundo discurso es el de *la madre heroica* el cual considera que la esencia femenina reside en la maternidad y que el vínculo generado entre una madre y sus hijos la dotan de una sensibilidad especial y una moral que la hace ser la indicada para la organización y el cuidado de la vida; la madre heroica es luchadora y su identidad está complementada por dimensiones laborales y políticas, en las cuales extiende su identidad materna y está cuidando de la comunidad.

Por último, encontramos el discurso de *la madre moderna* la cual está definida como la mujer que posee un proyecto de vida autónomo que le permite, además de un desarrollo como madre y esposa, aspiraciones profesionales e individuales, independientes a las de su familia (Fuller 1993, 73). La madre moderna se presenta abiertamente crítica al modelo de madre tradicional pues considera que éste ha reducido a la mujer al ámbito doméstico. Además, este tipo de madre considera que el orden familiar debe transformarse y recurre al feminismo para validar sus propuestas.

Pese a que los tres discursos varían considerablemente, la existencia de uno no anula la de los demás pues han encontrado espacios propios. La madre Mariana aparece en ocasiones oficiales o en la celebración de rituales (el día de la madre, por ejemplo). La madre heroica está claramente identificada con la mujer de sectores populares y el discurso de la madre moderna es generado por los expertos quienes legitiman los saberes a través de la ciencia y son las mujeres de clase media las principales destinatarias de este mensaje.

Finalmente queremos reseñar el trabajo de Ana María Goestchel (2002) sobre las imágenes de mujeres en Quito en la primera mitad del Siglo XX. Pese a que esta investigación se refiere a las mujeres en general, y no a las madres en particular; es una entrada importante para posteriormente analizar cómo ha sido estudiada la maternidad en el Ecuador.

La primera representación femenina es la de *la mujer de la casa*. Aunque las mujeres de sectores populares urbanos e indígenas habían trabajado en actividades artesanales, comercio y servicios desde la época colonial, para los sectores medios y altos (que se reconocían como blancos), el espacio ideal para las mujeres era el hogar. En el siglo XIX, principalmente durante el gobierno de García Moreno, el discurso oficial sobre la mujer hacía énfasis en su función materna y doméstica y su educación cristiana. Esta imagen era sublime y llena de

atributos morales (pudor, afecto, abnegación, discreción, docilidad, pureza y moral católica). Según este discurso, la mujer era la responsable de la felicidad de la familia y de velar por la crianza adecuada de los hijos y de criar hijas virtuosas que después puedan ejercer su rol: mujeres de casa. Pese a que los hogares eran numerosos y contaban con mucha servidumbre (principalmente mujeres indígenas), la madre era la reproductora del habitus y de las costumbres sociales. En contraposición al mundo de la mujer virtuosa que reinaba en el hogar doméstico, estaba el mundo de la “mujer pública” (pecadoras y delincuentes), a quienes se instruía sobre religión y se enseñaba labores domésticas para que pudieran actuar como servidumbre. A estas mujeres públicas se culpaba por la existencia de hijos “ilegítimos” y de ser la “causa de la perdición de los hombres”.

Las mujeres y el ejercicio de la caridad, es la segunda representación de las mujeres en la primera mitad del Siglo XX. En las clases medias y altas quiteñas, la religión era un asunto absolutamente importante (incluso en las familias liberales), por ello, la forma ideal en la que las mujeres podían participar de la vida social era a través de obras de caridad. De esta manera, a través de distintas iniciativas, las mujeres trabajan recolectando dinero, ropa o víveres de personas de clases altas para distribuirlo entre la gente pobre.

La imagen romántica y mundana es la tercera representación de la mujer quiteña y surge como resultado de una incipiente modernización de la sociedad, de la educación y de las comunicaciones (cine, teatro y radio). Estos medios comunicacionales ofrecían imágenes de mujeres espirituales, románticas, bellas, distantes y modernas. Algunas de estas mujeres eran artistas y otras empezaban a practicar deportes o a participar de la vida social mundana (clubes, reuniones, etc.). En los sectores medios bajos y populares, se creó la imagen de la “Chulla Quiteña” su representación es ambigua: “es la gracia de la ciudad y tiene gentileza y donaire, pero a la vez su cuerpo es voluptuoso y pagano y sus labios jugosos y sensuales”. (Goestchel 2002, 24).

Las mujeres ilustradas y las creadoras, pertenecen a la cuarta figura de representación de las mujeres quiteñas, en la primera mitad del siglo XX. Esta figura surge de las mismas mujeres en sus publicaciones en ciertas revistas, a diferencia de las anteriores imágenes que eran producto de un sistema patriarcal. Los principales reclamos de estas mujeres eran hacia su derecho a acceder al conocimiento y al trabajo y no dedicarse únicamente a los asuntos domésticos.

Finalmente, está la representación de la *mujer profesional* que se ha encontrado en revistas como “El Magisterio Ecuatoriano”, en donde se retrataba a mujeres de sectores medios señalando sus aptitudes y capacidad de trabajo y estudio (a diferencia de las revistas de variedades que retrataban a mujeres de sectores altos, enfatizando su belleza y nobleza). Este tipo de imágenes reflejan a la mujer como un sujeto moderno, “su valor no dependía únicamente de sus méritos de sangre o patrimoniales, sino de las cualidades que daba su trabajo, inteligencia y perseverancia” (Goestchel 2002, 31).

2.2. La Maternidad en Ecuador

En Ecuador, la maternidad, como hecho biológico y como construcción social, se ha desarrollado con sus particularidades. A continuación analizaremos cómo la maternidad ha sido abordada históricamente por varias investigadoras desde el lenguaje de la diferencia y se ha constituido como un puente o una transición hacia la ciudadanía femenina. También observaremos la influencia del discurso de los expertos, afiliados al conocimiento científico, en la configuración de una maternidad apropiada, para finalmente puntualizar las diferentes representaciones de la maternidad en función de la clase social o de la etnia de la madre. Los debates sobre la ciudadanía femenina en Ecuador durante el siglo XIX e inicios del siglo XX enfatizaban las características diferenciales de las mujeres-madres, que les correspondían “por naturaleza”. Así, por ejemplo, los que se oponían a los derechos políticos de las mujeres aducían que eran demasiado apasionadas, ignorantes o domésticas como para ejercer una opinión política. De igual forma, quienes consideraban que sí debían tener derechos políticos, también recurrían a un lenguaje de la diferencia al afirmar que las mujeres eran altruistas y con un gran sentido moral.

Por otra parte, debido a la crisis económica, muchas mujeres debieron integrarse al mercado laboral, sin embargo sus actividades guardaban estrecha relación con los quehaceres maternos y el trabajo doméstico. Así, por una parte, las mujeres profesionales se desempeñaban como enfermeras o maestras, mientras que simultáneamente varias instituciones fueron creadas para entrenar a las mujeres pobres y a las niñas huérfanas como planchadoras, lavanderas, cocineras y niñeras (Clark 2001).

Al acentuar las diferencias y al expresar las demandas de ciudadanía a través de representaciones idealizadas de la maternidad, se produjo una politización de la maternidad. Es decir, esta relación entre maternidad, nación y ciudadanía que operaba sobre las madres

urbanas, fue una forma particular de ciudadanía femenina y es conocida como maternalismo cívico (Molyneux 2001).

Al revisar la historia del país entre la década de los 10 y los 50, se observa que las mujeres debían ejercer su peso en la sociedad desde la esfera doméstica y especialmente a través de la influencia sobre sus hijos y esposos. De esta manera, el cumplimiento de los deberes maternos en higiene doméstica, educación y especialmente lactancia fue considerado equivalente a cumplir con los deberes de la ciudadanía femenina misma (Espinosa Tamayo 1914, citado por Clark 2001).

Dado que el objetivo de las madres era hacer de sus hijos ciudadanos sanos y productivos, la obtención de ciertos derechos para las mujeres era pensada en función del bienestar de sus hijos más que de ellas mismas. Las luchas por el derecho de las mujeres a la educación, a tener el control de sus propios bienes o el derecho a trabajar, enfatizaron su dimensión materna, al considerar que debido a que las madres tenían una gran influencia en sus hijos, ellas también debían recibir buena educación y medios materiales que aseguren una adecuada subsistencia de su prole.

Entonces, podemos observar con claridad cómo la participación de las mujeres en la esfera pública se dio a través de una exaltación de sus atributos y funciones maternas, pero ¿cómo se dio este proceso? Kim Clark (2001) analiza la relación entre la construcción social de género, raza y nación en Ecuador entre 1910 y 1945, a través de los proyectos y debate sobre la protección a la infancia y nos da luces al respecto.

El período comprendido entre 1910 y 1940 fue de profunda crisis económica en el Ecuador, lo que afectó diferencialmente a las distintas regiones y clases sociales. Las estadísticas de mortalidad infantil eran alarmantes (entre 1917 y 1922, de 34 a 40 muertos por cada cien nacimientos) ocasionando la despoblación de las ciudades. Por ello, se estableció como prioridad nacional el crecimiento de la población, de tal forma que la población misma fue vista como una de las fuentes principales de riqueza nacional. Las causas de la alta mortalidad infantil eran las enfermedades digestivas y respiratorias, por lo que se subrayó la importancia de la promoción científica de la lactancia materna y la necesidad de ventilación en los hogares. Para efectivizar estas medidas, se identificó a la madre como principal

responsable y a la familia como la unidad básica que se ubicaba entre la nación y el ciudadano.

Sin embargo, los esfuerzos realizados por el Estado para aumentar la población urbana, contrastaban con la ausencia de estas políticas en los sectores indígenas rurales, lo que puede interpretarse como un esfuerzo por prevenir la reproducción de la población en estos sectores (Prieto 2015).

Ahora bien, en el marco del deseo estatal de configurar un orden doméstico patriarcal y una maternidad obligatoria y moderna, se estableció como mecanismo la imposición de una retórica de higiene del hogar y cuidado de los cuerpos. Así, el trabajo de los expertos se centró en la formación apropiada del hogar y en los comportamientos morales de padres y madres, identificados ahora como de interés público. De esta manera, por ejemplo, la lactancia materna se aconsejó de forma intensa, incluso el médico cuencano Emiliano Crespo (1926 citado por Clark 2001) consideraba que no dar de lactar era casi un acto criminal:

La madre que no alimenta a su progenie con la leche de sus senos comete un hurto tanto más criminal cuanto que se opone a una ley de la Naturaleza, quien sabia y previsivamente ha puesto estas fuentes de vida en el organismo de la madre (Crespo 1926, citado por Clark 2001, 36).

Otro de los aspectos interesantes del estudio de las representaciones de la maternidad en Ecuador, es la concepción que se tenía sobre el instinto materno (lo que nos pone en diálogo con secciones anteriores de este trabajo). Aunque se consideraba que las mujeres eran particularmente apropiadas para dar cuidados, no se consideraba al instinto maternal como algo innato, sino como algo que requería aprenderse desde el conocimiento científico. Los expertos debían educar a las mujeres para que desarrollaran el amor materno y cuidaran bien de sus hijos. Incluso se relacionaba la falta de aprendizaje de amor materno con la alta mortalidad infantil (Clark 2001).

Se puede concluir entonces que durante el siglo XIX y gran parte del siglo XX, la opinión pública estaba de acuerdo en que la dimensión más importante de la identidad femenina era la de madre y su lugar apropiado era la esfera doméstica. Incluso, hay registros de que el Día de la Madre en Ecuador se empieza a celebrar en los años 30, reflejando la importancia y

centralidad en la sociedad ecuatoriana de las madres, valoradas a través de un imaginario mariano que exaltaba virtudes como la unión familiar y la caridad (Prieto 2015).

Sin embargo, pese a la consolidación de la maternidad como símbolo femenino, su significado variaba considerablemente según la clase social, la edad y la etnia (Molyneux 2002). Así, por ejemplo, si la identificación de la mujer con la maternidad le significó la confinación a la esfera doméstica e incluso la extensión de estos quehaceres en la esfera pública, muchas mujeres de las élites aprovecharon esta configuración para consolidarse como promotoras del bienestar infantil a través de fundaciones y obras de caridad.

Mientras las mujeres urbanas de distintas clases, a inicios del siglo XX, fueron objetos de políticas natalistas que cuidan a la madre y a sus hijos; las mujeres indígenas de las áreas rurales de Ecuador y otros países andinos fueron excluidas de estas políticas. O por el contrario, a partir de los 70, la población indígena en Ecuador tendió a aumentar y se observan altas tasas de fertilidad en los grupos indígenas, mientras que en el resto de la población ecuatoriana las tasas han tendido a decrecer notoriamente. Como se puede observar, los indígenas ecuatorianos han vivido una dinámica demográfica diferente a la de la población nacional (Prieto 2015).

Finalmente, de la mano de Prieto (2015), queremos explorar cómo la maternidad ha sido representada diferencialmente según la clase social o la etnia. Vemos así que, en general, la maternidad indígena se ha comprendido desde la naturalización de la misma y desde una asociación con el dolor y el sufrimiento. Así, por ejemplo, las representaciones de la madre indígena posteriores a los años 60 (como se pudo ver en el V Congreso Indigenista) muestran a la madre proveyendo cuidados y amor a sus hijos, contrastando con imagen que denotan un exceso de trabajo de cuidados (cuando una madre carga a su *huahua* hasta doblarse), reflejando una maternidad extenuante que perturba a las mujeres.

Prieto también señala que el pensamiento intelectual quiteño de los años 50, asociaba a las madres indígenas con tres tradiciones: la realeza indígena, la pachamama y la Virgen María; y además con una existencia material de pobreza y esclavitud. Posteriormente se elaboran representaciones que vinculan a las mujeres indígenas como madres de la nación, lo que allanaría el camino para reclamar por sus condiciones materiales de existencia.

Por otra parte, en el marco de la migración y los cuidados, Gioconda Herrera (2013) analiza las maternidades transnacionales, maternidades adolescentes, transferencias intergeneracionales del cuidado y las jerarquías de la familia extendida. Esta reciente investigación busca comprender las dinámicas de las cadenas globales de cuidado, a través de un análisis macro sobre la situación global y nacional de la organización social del cuidado y con un anclaje en historias de vida de diferentes familias ecuatorianas cuyos miembros han emigrado para proveer recursos económicos.

Entre otras cosas, en el trabajo de Herrera (2013) se observa cómo el embarazo es entendido como un evento que frena el proyecto de movilidad social asentado en el estudio (y en los sectores populares, en la migración). También, observamos cómo la maternidad representa un símbolo de adultez. Así, sin importar la edad de la mujer, cuando ésta se convierte en madre, debe asumir las responsabilidades de su casa y de sus hijos (cocinar, limpiar, etc.) y también convertirse en proveedora.

En suma, este recorrido por diferentes acercamientos a la maternidad en Ecuador nos permite comprender que la identificación de las mujeres con asuntos domésticos ha sido construida históricamente en casos específicos y con fines establecidos y, en consecuencia, esta identificación se ha dado de forma diferenciada según la clase social o la etnicidad de las mujeres. Además, observar las diferencias que surgen entre cómo se ha abordado la maternidad antes, y cómo se lo hace ahora, nos permite comprender que este fenómeno refleja las dinámicas estructurales de la sociedad.

2.3. Estudios recientes sobre la maternidad como figura relacional

La maternidad es necesariamente una categoría relacional: la madre existe porque tiene un hijo. Aunque conocemos que existen distintas unidades familiares y que la maternidad no siempre implica una unión heterosexual, este estudio se centrará en parejas heterosexuales. Por ello, además de la indisociable dualidad madre-hijo, consideramos otras figuras que moldean, guían y delimitan la forma en la que una mujer ejerce su maternidad: por una parte, la madre de la madre (o los padres de la madre) y, por el otro, el padre de su hijo. En los debates contemporáneos sobre maternidad, estas figuras emergen de forma constante, pues debemos considerar que:

La maternidad y la paternidad contienen dimensiones sociales y biológicas que implican considerar la multiplicidad de patrones culturales, y la imposibilidad de reducir a una sola las distintas formas de asumir dichas tareas. El padre y la madre se sitúan en la dinámica relacional de los seres humanos, con sus atributos de género, clase, cultura y contexto (Puyana 2003, 14).

De la mano de los hallazgos de dos estudios concretos, a continuación analizaremos, en primer lugar, el rol de los padres de la madre como referentes del modelo de crianza que ella practica y, posteriormente, comentaremos el tipo de interacciones que se producen actualmente entre la madre y el padre, al momento de criar a su hijo.

2.3.1. Así me criaron a mí...

La forma en la que fuimos criados, sin duda, influencia la forma en la que criamos a nuestros hijos, sin embargo, esta influencia no siempre es directa ya que se puede reproducir el patrón de crianza o revelarse a él. Así lo muestra una investigación realizada en cinco ciudades colombianas (Bogotá, Medellín, Cali, Bucaramanga y Cartagena) que busca establecer criterios acerca de los cambios y permanencias en la maternidad y paternidad (Puyana 2013). Considerando, entonces, las distintas formas de encarar el cambio, se pueden establecer tres tendencias: tendencia tradicional (reproducción de formas de ser padre o madre de los años 60); transición (formas de asumir la maternidad y la paternidad cambiantes y contradictorias, caracterizadas por un resquebrajamiento entre las prácticas y las representaciones) y ruptura (incorporación en las prácticas y representaciones de elementos diferentes e innovadores con respecto a sus progenitores).

Los padres tradicionales fueron valorados por su papel de proveedores y por su poca participación en los oficios domésticos. Además, fueron categorizados por los entrevistados en dos categorías: responsables/irresponsables. A los primeros se los describió como trabajadores, estrictos y autoritarios y a los irresponsables como ausentes, abandonadores, borrachos y mujeriegos.

Los padres y madres en transición se sitúan en una posición de resquebrajamiento de la tradición, con relaciones de poder diferentes entre los sexos. Los cambios que se presentan en el desarrollo de funciones paternas o maternas (proveeduría, división sexual del trabajo, autoridad, expresiones afectivas, etc.) están acompañadas de resistencias y

contradicciones. Las madres calificadas en la tendencia de transición tienen las siguientes características: contribuyen al sostenimiento económico de la familia (lo que mejora su autoestima), generalmente con ingresos menores a los de su marido. También procuran compartir la autoridad sobre sus hijos con su marido y utilizan el castigo físico de forma eventual. Tienen más presencia en el acompañamiento de la educación formal de sus hijos en relación a los padres y pretenden entablar relaciones cercanas con sus hijos.

Finalmente, los padres y madres de la tendencia en ruptura están en una construcción permanente de acuerdos, normas y límites sobre la autoridad, la proveeduría, el trabajo doméstico y el hogar. Estos padres son muy cariñosos y expresivos y asumen la figura de amigos de sus hijos. No presentan ninguna discriminación por sexo y edad con sus hijos y además consideran que la niñez y la adolescencia es una etapa en la que los individuos se pueden dirigir autónomamente. También se puede observar un alto grado de coherencia entre sus prácticas y representaciones.

Aunque la mayoría de los entrevistados señaló que existe un cambio "del cielo a la tierra" en las formas de crianza anteriores con respecto a las que se practican en la actualidad, quienes asumen la ruptura en sus prácticas y representaciones son la minoría (12-14%). La gran mayoría de los entrevistados se ubica en la tendencia de transición. Finalmente, es importante hacer una diferenciación según el estrato social al que pertenecen los padres pues se puede observar que en los estratos altos predomina la tendencia de ruptura y en los estratos bajos predomina la tendencia tradicional. Así, por ejemplo, los padres y madres de la tendencia de ruptura, representantes de cierta vanguardia renovadora de valores, presentan los más altos niveles educativos.

Es importante conocer las tendencias actuales en cuanto a la crianza de los hijos y, sobre todo, comprender las diferencias generadas en función de factores generacionales o socio económicos. Esta información es útil en la medida que permite un acercamiento a un ámbito de estudio concreto que permita contrastar la información recabada.

2.3.2. ¿Y los padres?

Afirmar que la maternidad es una figura relacional no solo implica considerar a su hijo sino también al corresponsable de esa nueva vida. Pese a que conocemos que actualmente la presencia paterna no es una constante en la crianza de un hijo (incluso a veces no está

presente ni en la concepción debido a las técnicas de reproducción asistida), queremos pensar en las interacciones que surgen entre una pareja de un hombre y una mujer que crían juntos un niño.

En un estudio realizado en Quito (Serrano 2016) se evidencia una tendencia creciente por parte de los hombres a involucrarse más activamente en el trabajo doméstico y de cuidado; sin embargo se advierte que este involucramiento se realiza en el marco de los privilegios masculinos y que, en la práctica, la sobrecarga de trabajo de las mujeres ha cambiado muy poco. Así, este estudio realizado con familias quiteñas de clase media indica que, efectivamente, los padres de este estrato social están asumiendo un rol más activo en la crianza de sus hijos, lo que es reconocido y apreciado por las madres. Sin embargo, las áreas en las que los padres intervienen (juego, socialización, enseñanza) son socialmente mejor valoradas que las tareas que aún siguen realizando las madres (alimentación, aseo, vestimenta, etc.). Es decir, la división sexual de las tareas se perpetúa.

En consecuencia, se plantea que los cambios que vivimos actualmente con respecto a la participación de los padres en el ámbito doméstico no deben leerse como la manifestación de un cambio que ya se ha consolidado "sino como pasos que dan cuenta de los movimientos de resistencia y transformación implicados en la construcción de nuevos discursos hegemónicos de género" (Serrano 2016, 6).

Por otra parte, al trabajar con parejas de clase media, el estudio muestra con frecuencia la aparición de dilemas de conciliación entre el trabajo y la vida familiar. Entonces, llama la atención que independientemente de la estrategia utilizada para esta conciliación (que trabaje solamente el padre o la madre, trabajos de medio tiempo, contratación de servicio doméstico, ayuda de la familia extensa o guardería), este asunto permanece en el ámbito de lo privado y no involucra a la empresa, al Estado ni a la sociedad en general. Por lo que la autora llama a estas instancias a participar de estas problemáticas, sobre todo porque son los beneficiarios directos de los esfuerzos de las familias.

2.4. Maternidad y Organización Social del Cuidado en Latinoamérica

En el presente apartado incluiremos a la maternidad dentro de los debates sobre la Organización Social del Cuidado, porque queremos pensar las estructuras económicas, sociales y culturales que condicionan su ejercicio, pues, como sabemos, la madre encarna

ampliamente la figura de cuidadora. Para esto, en primer lugar haremos una revisión superficial sobre el cuidado en sentido amplio que nos permita establecer los nexos con la maternidad. Después, revisaremos el estado actual de la Organización Social del cuidado en Latinoamérica y en Ecuador, lo que nos permitirá comprender las dimensiones estructurales que configuran las diferentes formas de vivir la maternidad. Veamos.

2.4.1. Cuidado y Maternidad

Para hablar de cuidado, es preciso hacer un repaso genealógico al concepto desde los estudios de género. Primero, hay que partir desde una concepción del trabajo amplia, que lo entienda como cualquier actividad desempeñada por personas de cualquier sexo y edad, dedicada a la producción de bienes o a la provisión de servicios para uso personal o público (Benería, Gunseli y Flores 2016). Aquí se incluyen varias categorías de trabajo no remunerado: trabajo de subsistencia, trabajo doméstico, pasantías, voluntariado, etc.

En el marco de esta concepción amplia de trabajo, nos centramos en el trabajo no remunerado del hogar y vemos que, en los años 70, el debate se centró alrededor del trabajo doméstico considerado como un requerimiento del capitalismo, acusándolo de favorecer al varón proveedor y perjudicar al ama de casa, por lo que el objetivo era abolirlo.

Este debate, sin embargo, no incluía a las familias que no encajaban en el modelo tradicional. Posteriormente, se lo denominó "trabajo reproductivo" y se lo entendía como el trabajo necesario para reproducir la fuerza de trabajo presente y futura. Las tareas que incluía el trabajo reproductivo eran las mismas que incluía el trabajo doméstico, sin embargo, el objetivo ya no era abolirlo sino entender los costes de su distribución inequitativa para las mujeres, por lo que la estrategia era medirlo.

Últimamente, aproximadamente desde el año 2000, se utiliza el concepto de "trabajo de cuidado" entendido como las actividades que se realizan y las relaciones que se entablan para satisfacer las necesidades materiales y emocionales de niños y adultos dependientes (Esquivel 2012). Esta definición incluye el trabajo doméstico y los elementos emocionales y relacionales que intervienen al cuidar a una o más personas.

Así, dada la naturaleza dependiente de los seres humanos en edades tempranas, avanzadas, en condiciones de capacidades especiales y, en general, a lo largo de nuestras vidas; varias

profesiones y ocupaciones tienen como objetivo brindar cuidados (enfermería, educación inicial, docencia, geriatría, trabajo doméstico, etc.). Sin embargo, en este extenso campo, nos interesa pensar al cuidado como un elemento importante de la maternidad o, dicho de otra manera, a la identificación de la madre como cuidadora.

Como hemos visto, la construcción social de la maternidad gira en torno al cuidado que ofrece la madre a sus hijos y a otras personas. Desde el momento de la concepción y durante toda la vida de los hijos, se espera que la madre les provea atenciones, cuidados, servicios, apoyo emocional, etc. En gran parte, este hecho es motivado por los discursos que naturalizan el amor materno, como incondicional, universal y eterno.

Frente a esto, el debate sobre cuidados ha planteado algunas premisas que permitan entenderlo de forma más compleja. En primer lugar, se alerta sobre el peligro de pensar en el altruismo como componente de los cuidados, pues esto tiende a feminizarlo o maternalizarlo definiéndolo como propio de las mujeres e implica que se hace "por amor" y con ello se esconde que muchas veces puede afectar el bienestar de quien cuida (generalmente mujeres). Pérez Orozco (2006) considera adecuado utilizar el término "intersubjetividades" en lugar de lo emotivo, para evitar reforzar el estereotipo de la mujer altruista, la buena madre o la buena esposa.

La propuesta de ciertas pensadoras feministas es reconocer que la necesidad de cuidados es una situación universal y que la capacidad de proveerlos no es exclusiva de las madres. Al hablar de cuidados, es necesario trascender a la dicotomía entre dependencia e independencia, y reconocer que la interdependencia es una de las características de la condición humana. En suma, todos somos capaces de brindar cuidados y de necesitarlos, en términos recíprocos (Esquivel 2012).

Además, pese a que la forma actual de entender los cuidados involucra su dimensión física y emocional, es necesario no restar importancia a los trabajos materiales (cocinar, limpiar, lavar, etc.) pues en nuestra región es muy usual que las personas encargadas del cuidado (con o sin salario) realicen trabajos materiales, emocionales y relacionales, simultáneamente; incluso el trabajo doméstico puede ser considerado como una precondition para que el cuidado ocurra.

2.4.2. Organización Social del Cuidado en Latinoamérica

Ahora bien, considerando que una de las dimensiones más importantes de la maternidad es la provisión de cuidados, nos preguntamos ¿cómo gestionan las madres las necesidades de cuidado de sus familias? ¿Qué papel tiene el Estado, el mercado, la familia y la comunidad en la satisfacción de estas necesidades? ¿Qué diferencias se observan, según el nivel socio económico o la etnicidad, en la atención a estos requerimientos?

Para dar respuestas a estas interrogantes es necesario analizar en qué consiste la Organización Social del Cuidado o Regímenes de Cuidado, entendidos como los marcos normativos sociales y económicos a través de los cuales se definen las responsabilidades de cuidar y se provee cuidado en las familias, en el Estado, el mercado o en la comunidad (Esquivel 2012). Así, el régimen de cuidado depende de los modos en los que se asignan las responsabilidades de cuidado y los costos de proveerlos. Por ello, para identificar qué tipo de régimen de cuidados existe, es preciso preguntarse ¿dónde se cuida?, ¿quién cuida? y ¿quién paga los costos de ese cuidado? De esta manera, se analiza el conjunto de políticas existentes (laborales, económicas, sociales) de forma integral y transversal y no de forma sectorial y aislada.

Actualmente en ciertos países latinoamericanos se está produciendo una importante confluencia entre la investigación académica en temas de regímenes de bienestar, políticas públicas y cuidado, y el diseño de políticas públicas de protección estatal y equidad de género (Vega y Gutiérrez 2014). Sin embargo, analizar la Organización Social del Cuidado en Latinoamérica puede resultar complejo porque en la práctica de nuestros países, los modos de provisión de cuidados difieren sustancialmente entre los distintos estratos sociales o entre los contextos rural y urbano, además de la notable influencia del componente étnico.

Así, en los sectores de mayores ingresos, las tensiones distributivas del cuidado se resuelven, la mayoría de veces, contratando servicios de cuidado (aunque continúa siendo una responsabilidad de las mujeres). En cambio, en los sectores populares estas tensiones no pueden externalizarse. Además, en estos contextos, hay una visión más conservadora con respecto al cuidado al cual se lo entiende como deber y no como derecho, lo que limita las posibilidades de elegir cuánto, cómo y cuándo cuidar.

Así mismo, en los países en vías de desarrollo, es difícil distinguir entre trabajo doméstico y de cuidado pues las mujeres suelen desarrollarlo simultáneamente. Tampoco es posible hablar de un régimen único de cuidado pues las políticas sociales no asignan roles de cuidado, ni ofrecen servicios de cuidado y transferencias de igual manera a mujeres y familias de distintos estratos sociales (Benería, Günseli y Flores 2016).

2.4.3. Organización Social del Cuidado en Ecuador

Tras explorar de manera general los principales debates sobre el cuidado y adentrarnos en su Organización Social, queremos puntualizar nuestro análisis en la estructura, distribución y organización institucional del cuidado en el país, lo que nos permitirá entender con mayor claridad los desafíos estructurales que deben sortear las madres ecuatorianas para satisfacer las necesidades de cuidado de sus familias.

Ecuador puede calificarse como un régimen de bienestar informal familiarista (Martínez Franzoni 2008 citado por Herrera 2013), pues se caracteriza por una alta informalidad del mercado laboral, una vulnerabilidad del Estado en la creación de capacidades y una mayor presencia relativa de familias extensas. En general, el país refleja la persistencia de procesos desiguales de distribución del cuidado y una desvalorización de estas actividades por parte de la población.

Vemos, por ejemplo, que a partir de la década de los 80 se empieza a configurar un conjunto de programas para la socialización del cuidado de los menores (guarderías, madres comunitarias), pero de forma focalizada y no universal. Esto como respuesta al paquete de medidas de ajuste estructural aplicado por los países latinoamericanos en ese entonces. Por otra parte, actualmente, la política social en Ecuador tiene dos componentes principales: la entrega de beneficios sociales universales permanentes y los programas de asistencia social específicos (dirigidos a los más pobres). Entre los beneficios universales, hay que recalcar la Ley de Maternidad Gratuita y Atención Infantil; y entre los específicos, está el Bono de Desarrollo Humano y el Programa de Alimentación y Nutrición.

El Bono de Desarrollo Humano apunta a la seguridad alimentaria, a aumentar las tasas de matriculación escolar, a evitar la deserción, a avances en salud y nutrición infantil y a aliviar la pérdida de salario. Para cumplir estos objetivos el programa, se exige condiciones a ser cumplidas por la persona encargada del hogar, quien es generalmente una mujer, por lo que

son las principales receptoras del bono. En consecuencia, se presume que los ingresos percibidos por las mujeres son dirigidos mayormente al hogar, lo que convertiría a las mujeres en intermediarias entre las familias y el Estado (Marco 2006 citado por Herrera 2013).

En vista de que los programas del Estado distan mucho de ser integrales, sino que mantienen un carácter focalizado y asistencialista, la mayor parte del cuidado se resuelve en la oferta privada. Así, esta privatización se da, por ejemplo, porque la oferta educativa estatal para edades tempranas es insuficiente (Herrera 2013). A continuación apuntaremos cifras y datos estadísticos que nos permitan esbozar con claridad la estructura y distribución del cuidado en el Ecuador.

En el Ecuador se ha reducido considerablemente el nivel de fecundidad y el crecimiento poblacional en los últimos 40 años. Se pasa de 6 hijos por mujer entre 1970 y 1975 a 3,3 en el 2006, sin embargo este promedio oculta desigualdades de clase y étnicas importantes: en el ámbito rural la tasa es de 3,9 hijos por mujer y en el urbano de 2,9 hijos por mujer. En mujeres indígenas la tasa es de 4,9; mujeres mestizas, 3,1 y blancas 2,9. Y por quintiles de ingresos: mientras el primer quintil (los de menores ingresos) tiene una tasa global de 5,1 hijos, en el quintil cinco la tasa es de 1,9. Además, ha aumentado rápidamente la esperanza de vida de la población y al igual que la tendencia mundial, las mujeres viven más que los hombres (Herrera 2013).

Por otra parte, el 96% de la carga de cuidado de la sociedad ecuatoriana la demandan los y las menores de 15 años, mientras que únicamente el 4% corresponde a personas mayores de 75 años. Sin embargo, se observa una tendencia hacia el crecimiento de la población mayor, por lo que en los próximos años las necesidades de cuidado de este sector serán más demandantes.

Continuando con la descripción de la Organización Social de Cuidado en el país, consideramos que es necesario conocer los contextos familiares en donde se procesan las demandas de cuidado. De acuerdo al Observatorio de los Derechos de la Niñez y Adolescencia (2010 citado por Herrera 2013) en el año 2010, el 53% de los niños y niñas ecuatorianos vivía en familias biparentales nucleares, los hogares monoparentales constituían el 9% y los hogares extendidos con núcleo conyugal el 22%. El porcentaje de familias nucleares ecuatorianas es inferior a la media latinoamericana y, por el contrario, el porcentaje

de familias extendidas es mayor. Esto muestra la importancia de las familias extendidas en Ecuador, que incluso aumenta en zonas de alta emigración (como Azuay, por ejemplo). El número de personas por hogar es de un promedio de 4,1 en 2005, aunque esto varía pues en los hogares del quintil uno la media es de 4,9 y en el quintil cinco es de 3,1 (Cerruti y Binstock 2009 citados por Herrera 2013). Finalmente, tenemos que el 77% de niños menores de cinco años pasa la mayor parte de tiempo con su madre y el 97% con algún miembro de la familia (en el año 2001) (Herrera 2013).

La encuesta sobre el uso del tiempo en Ecuador ha arrojado interesantes conclusiones con relación a la carga de trabajo doméstico, mostrando que ésta suele aumentar cuando el cónyuge vive en casa y cuando se tienen niños menores de 5 años. Por el contrario, tiende a disminuir cuando la mujer tiene mejores niveles educativos y situaciones laborales. Además, las áreas rurales, la población indígena y la costa son sectores que presentan más carga de trabajo doméstico y esto se explica por el factor ideológico predominante.

En Ecuador, actualmente, los servicios de cuidado (remunerado) están a cargo del Estado o son financiados por él, relegando a un plano secundario a los servicios de cuidado ofrecidos por el mercado a los cuales pueden acceder únicamente los estratos con mayores ingresos. En cambio, el trabajo de cuidados no remunerado es ampliamente realizado por los hogares, ya que, de acuerdo a los datos de la encuesta de uso del tiempo de 2011, el 72% del trabajo de cuidados es realizado por los hogares, el 16% del sector público y el 12% del sector privado. Las mujeres representan el 80% de esta fuerza de trabajo. El grupo que en mayor proporción provee cuidados es el de las mujeres con menos ingresos (Vásconez 2014).

Situar a la maternidad dentro de la discusión actual sobre los cuidados nos permite comprenderla en el marco de las estructuras que configuran las relaciones de género en aspectos como la división de los trabajos, las responsabilidades sobre el trabajo reproductivo y sus impactos sobre la inserción de las mujeres en el campo asalariado o la relación de las mujeres madres con el Estado. Así, para concluir, queremos citar a Valeria Esquivel (2012) pues en su pensamiento se reflejan las propuestas y demandas que se generan con respecto a los cuidados.

No queremos que el cuidado siga siendo “cosa de mujeres”, constitutiva de la identidad femenina; queremos su redistribución entre varones y mujeres, y entre las familias y la

sociedad. No queremos que las cargas de cuidado de unas se alivie a costa de las condiciones de trabajo de otras, ni que los modos de provisión de cuidados sigan reflejando y perpetuando las condiciones de ingresos. No queremos un Estado paternalista ni maternalista, sino un Estado cuidadoso del bienestar de todos y todas. No queremos que la parentalidad, la enfermedad y la ancianidad representen costos tan extremos que hagan del cuidado un lujo, y comprometan las condiciones materiales de vida de quienes asumen la provisión de cuidados. En fin, no queremos una sociedad desigual e injusta, sino una en que el cuidado se encuentre en el centro del bienestar (Esquivel 2012, 182).

2.5. Ser madre en los entramados machistas, racistas y clasistas de Cuenca

Pensar la construcción social de la maternidad indispensablemente requiere situarla en su contexto específico. Para esto, nos hemos adentrado en los discursos e imaginarios sociales sobre la maternidad en Latinoamérica y en Ecuador. Además, bosquejamos la Organización Social del Cuidado en la región. Y, en base a que nuestro objetivo es comprender las distintas formas de ser madre que tienen las mujeres en la ciudad de Cuenca, a continuación realizaremos una aproximación a esta ciudad como espacio geográfico y social dentro del cual se desarrollará nuestro objeto investigativo.

Antes, debemos apuntar que la Ciudad de Cuenca, capital de la Provincia del Azuay, es considerada la tercera ciudad más importante de Ecuador. Su población actualmente sobrepasa los 500 mil habitantes, de los cuales el 65 % habita la zona urbana y el 35% la zona rural. La población económicamente activa (56%) se dedica principalmente a actividades de comercio y manufactura. Además, según los datos presentados por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, Cuenca es una de las tres ciudades del Ecuador (junto a Quito y Ambato) en donde la mayoría de los ciudadanos consideran que su familia es más importante que el trabajo (INEC 2012).

2.5.1. Raza, Género y Clase en Cuenca, hoy

El último censo nacional mostró que el 10% de los cuencanos se consideran de raza blanca, el 86% se considera mestizo y el 2.7% indígena.³ Estos porcentajes evidencian que en la ciudad cohabitan grupos que se autodefinen como diferentes y estas diferencias, sin duda, influyen en las interrelaciones de los cuencanos. Desafortunadamente, estas interacciones se generan en

³ “INEC presenta datos estadísticos en Cuenca”. *El Mercurio*, 3 de noviembre de 2009, <http://www.elmercurio.com.ec/220194-inec-presenta-datos-estadisticos-de-cuenca/comment-page-1/>

contextos elitistas y excluyentes, pues aún están marcadas por las características étnicas, en las que lo aborigen u originario tiene menos influencia que lo colonial. Ello se evidencia en el arte, el uso de los espacios, los servicios, el acceso a lo público, etc.⁴

Mónica Mancero (2012), en su estudio sobre la ciudad de Cuenca titulado “Nobles y Cholos: la disputa de un proyecto hegemónico regional” concuerda con lo antes expuesto y afirma que “la comunidad imaginada de poetas e intelectuales “nobles”, “blancos” y de origen hispano, construida en la “Atenas” (...); puede ser contrastada con la existencia de una comunidad racista, de fuertes entramados parentales, con persistentes dominaciones simbólicas de raza, género y clase”.

El trabajo de Mónica Mancero (2012) quien piensa la articulación de la raza, el género y la clase en la ciudad de Cuenca entre el año 1995 al 2005, nos permite vislumbrar situaciones concretas en las que esta matriz de dominación se pone en juego. Como parte de su investigación, Mancero piensa la hegemonía racial en Cuenca a través de la constitución del ícono de la “chola cuencana”. Su investigación toma dos eventos como estudio de caso: la remodelación de un mercado y el concurso de elección de la chola cuencana. Los hallazgos de su estudio muestran que la remodelación desató tanto la violencia como el miedo hacia las cholos vendedoras. Las cholos del mercado han reclamado un buen trato y han apelado decididamente al discurso de la igualdad. Según la autora, de esta manera tratan de aminorar las enormes distancias entre los nobles y los cholos. Las acciones desplegadas por ellas se constituyen en formas descarnadas de intervenir en la política local, aunque sus luchas han sido despolitizadas (Mancero 2012).

En cuanto a la elección de la chola cuencana, la autora considera que ha existido una batalla por el sentido del evento y por la identidad. Esta elección ha generado una suerte de ruralización y “campesinización” de la chola, lo cual implica desplazar la raza al campo. Al comparar a las cholos del mercado con las cholos reinas de belleza, la autora encuentra que a las segundas les ha sido despojada su fuerza, determinación y empoderamiento. El concurso se puede interpretar como un intento de domesticar a la chola “alzada”. “El tema del “cholaje” en Cuenca es una disputa sin sutura, un tema pendiente en la medida en que se ha caracterizado como profundamente inestable” (Mancero 2012).

⁴ María Peña, entrevista con la autora, 22 de noviembre de 2016.

Al pensar las clases sociales y la etnicidad, entre otras cosas, Mancero se refiere a la tugurización del centro histórico de Cuenca provocado a partir del abandono que se produjo cuando las élites dejaron el lugar. Sectores populares de las periferias y habitantes de las parroquias rurales, de otros cantones, y de otras ciudades, fueron llegando al centro y habitando las viejas casonas subdivididas en innumerables cuartos, en condiciones poco higiénicas. Paralelamente a este proceso, y de forma paradójica, se dio el surgimiento nostálgico de las ideas de patrimonio cultural de estos sectores, por parte de las élites. En otro apartado de su investigación, Mancero habla del “*mal gusto*” de los cholos y piensa la hegemonía de las élites cuencanas en el ámbito cultural y las tensiones generadas cuando se enfrenta con las tendencias arquitectónicas de “mal gusto” de los cholos migrantes (Mancero 2012).

Por otra parte, aunque actualmente se puede tender a asociar la figura de “la chola” a la mujer indígena o pobre en Cuenca, es importante hacer una precisión al respecto ya que “la chola” más bien debe ser considerada como un símbolo local, de la cuencanidad, del mestizaje; y no necesariamente de lo indígena o de las clases populares.

Sin embargo, como es sabido, en Cuenca, la clase social no se comprende únicamente desde el aspecto económico, sino en conjunción con la etnicidad de las personas. Así, generalmente se considera que una persona de clase alta, además de tener solvencia económica, debe identificarse como blanco-mestizo, y no como indígena. Es decir, el origen étnico de una persona determina su adscripción a cierta clase social.⁵

En este sentido, se debe prestar atención a las consecuencias del proceso migratorio pues es un fenómeno que ha impactado ampliamente la economía y la cultura de la ciudad. Peña (2016) señala, por ejemplo, cómo muchas familias han aumentado significativamente su patrimonio gracias a las remesas enviadas por algún familiar migrante, sin embargo esto no es suficiente para que los hijos de estas familias puedan asistir a un colegio tradicionalmente considerado para clases medias-altas, ya que los rasgos físicos y/o el apellido pesan más que el dinero, como factores de discriminación en la cultura cuencana.

⁵ María Peña, entrevista con la autora, 22 de noviembre de 2016.

2.5.3. Ser madre en Cuenca y la influencia de la religión

Las estadísticas señalan que la población cuencana es altamente religiosa, con una mayoría católica (74 %) y un 25.5 % perteneciente a otras religiones (INEC 2012). Según la catedrática Cecilia Salazar, Cuenca presenta una situación paradójica porque así como ha sido tachada de conservadora y “curuchupa” (demasiado apegada a la iglesia católica), también ha sido revolucionaria y libertadora. La ciudad es percibida como tradicionalmente religiosa: por sus prácticas, las numerosas iglesias y su devoción a la Virgen.⁶

Ligada a la religión y a la religiosidad, la figura mariana es muy relevante en la ciudad, en especial en personas adultas y de la tercera edad. Una muestra de ello son las numerosas advocaciones que se han creado en torno a la virgen María. La importancia de la Virgen María lleva implícita una centralidad hacia la madre como núcleo familiar; pero también la figura de la Pachamama incide en la cosmovisión de los cuencanos con respecto a la madre. En suma, hay una combinación de lo ancestral, lo colonial y lo cristiano occidental.

Al pensar la maternidad en la ciudad de Cuenca debemos también considerar la importancia del género en las relaciones sociales. Vemos así que el carácter religioso y conservador de la ciudad genera una normatividad específica sobre una maternidad “apropiada”. Generalmente esta valoración está asentada en principios de la moral católica, específicamente en la figura de la Virgen María.

Sin embargo, las políticas públicas muestran un avance en materia de género. Por ejemplo, en el año 2014 se constituyó una Red municipal de salud sexual y reproductiva, cuyo objetivo es garantizar la implementación de políticas públicas destinadas a la promoción, desarrollo y plena vivencia de los derechos sexuales y reproductivos, así como al acceso igualitario, pleno y sin discriminación a la atención de la salud sexual y reproductiva para toda la población tanto urbana como rural de la ciudad de Cuenca, con énfasis en adolescentes y jóvenes (Astudillo 2014).

Hemos visto como la composición social, el legado histórico y religioso, además de los factores económicos y demográficos de la ciudad de Cuenca, posibilitan una contrastación

⁶ “Cuenca, aún religiosa pero menos católica”. *El Mercurio*, 28 de julio de 2013, <https://www.elmercurio.com.ec/390751-cuenca-aun-religiosa-pero-menos-catolica/>

entre las prácticas y representaciones en torno a la maternidad que tienen las mujeres de distintas clases sociales y grupos étnicos.

2.6. La maternidad cuencana en cifras

En Cuenca actualmente viven 505.585 personas, de las cuales 266.088 son mujeres y 239.497 son hombres. A continuación realizaremos una descripción cuantitativa, basada en los datos del último Censo Nacional (2010), con el objetivo de componer un perfil general de las madres en Cuenca. Para este efecto, delimitamos una muestra de mujeres cuencanas compuesto por mujeres que viven en Cuenca y que tuvieron su primer hijo entre los 20 y 35 años. Establecemos este criterio únicamente para bosquejar un universo sobre el cual se puedan hacer posteriores especificaciones. El total de la población con estas características en Cuenca es de 33.024 mujeres. Posteriormente, hemos desagregado los datos generales del Censo Nacional sobre las madres en Cuenca, en función de cuatro variables: Edad en la que tuvo su primer hijo, Ocupación, Autoidentificación según su cultura y costumbres y Estado conyugal.

Con respecto a nuestro universo de 33.024 madres, la amplia mayoría de estas mujeres (el 70%) ha tenido su primer hijo entre los 20 y 25, mientras una notoria minoría ha tenido sus hijos después de los 30 años (6.8%). En general, se puede considerar que la maternidad en Cuenca es muy frecuente en los primeros años de la edad adulta. Este dato se mantiene a nivel nacional, pues en Ecuador la edad promedio para ser madre es a los 20 años.⁷

Las categorías de ocupación establecidas por el Censo Nacional son: Empleado u obrero del Estado o Municipio, Empleado u obrero privado, Jornalero o Peón, Patrono, Socio, Cuenta Propia, Trabajador no remunerado, Empleado doméstico y Trabajador nuevo. De la 33.024 madres cuencanas, el 36.7% es empleada privada, el 24.4% es cuentapropista, el 16.8% es empleada pública, el 6.5% se autodefine como patrona y el 5% trabaja como empleada doméstica. Estas cifras nos llevan a pensar que la gran mayoría de madres cuencanas tienen ocupaciones típicas de la clase media, mientras que porcentajes mínimos se encuentran ocupaciones de estratos altos (patronas) y estratos bajos (empleadas domésticas).

⁷ “En Ecuador la edad promedio para ser madre es a los 20 años”. *El tiempo*, 15 de mayo de 2017, <http://www.eltiempo.com.ec/noticias/ecuador/4/413022/en-ecuador-la-edad-promedio-para-ser-madre-es-a-los-20-anos>

El 65.8% de madres que ha tenido su primer hijo entre los 20 y 25 años tiene como ocupación ser empleada privada o cuentapropista. Entre las mujeres que han tenido sus hijos después de los 30 años estas ocupaciones también sobresalen, pero además aparecen de forma notoria la ocupación de empleada pública y de patrona (en menor porcentaje).

La tercera variable en la que hemos desagregado nuestro universo de madres cuencanas (que han tenido su primer hijo entre los 20 y 35 años), tiene que ver con su fenotipo (auto identificación según la cultura y las costumbres). Las opciones que ofrece el Censo son: Indígena, Afroecuatoriano, Mulato, Mestizo, Montubio, Blanco y Otro. Así, tenemos que el 89.6% de madres cuencanas se autodefinen como mestizas, el 7.1% se consideran blancas y el 1.01% se considera indígena.

Podemos observar ligeras variaciones con respecto a la etnicidad y a la edad en la que las mujeres tuvieron su primer hijo, así: entre las mujeres que tuvieron su primer hijo a los 20 años, el 89.5% se considera mestiza y el 5.9% se considera blanca; en cambio, entre las mujeres que tuvieron su primer hijo a los 35 años, el 88% se considera mestiza y el 8.8% se considera blanca. En base a estas cifras se podría pensar que las mujeres que se autodefinen como blancas tienen su primer hijo más tarde que las mestizas.

La última variable que consideramos en nuestro análisis es el Estado Conyugal de las madres cuencanas. Las opciones que ofrece en Censo Nacional muestran los siguientes porcentajes: Casado: 63.1%, Soltero: 11.5%, Divorciado: 8.6%, Unido: 6.7%, Separado: 5.7% y Viudo: 4.2%. Evidentemente, el matrimonio sigue siendo una institución muy importante en la ciudad de Cuenca y la condición más aprobada para traer hijos al mundo. Sin embargo, también se observa un número considerable de madres solteras (3.816) que evidencian una realidad importante y que debe ser incluida en los análisis sobre maternidad. Finalmente, como datos generales, queremos anotar que la edad promedio de lo cuencanos es 29 años y la razón niños-mujeres es de 331,9 (niños menores de cinco años por 1000 mujeres en edad reproductiva (15-49 años)) (INEC 2011).

En suma, la lectura de los datos del último censo nacional nos permite tener una visión general de la composición social de la ciudad de Cuenca, y particularmente, de las condiciones socioeconómicas de las madres en esta ciudad.

2.7. Recapitulando

La maternidad, como construcción social, se ha erigido de forma particular según el tiempo y el lugar. En Latinoamérica, a finales del siglo XIX y gran parte del siglo XX, hemos visto que varios de los discursos e imaginarios sociales conferían a la maternidad un fuerte peso en la organización social. Se consideraba que “civilizar” el hogar era el camino principal para el progreso de la nación, por lo que la conducta moderada, ahorrativa, previsor y cuidadora de la mujer en tanto madre era fundamental.

Por su parte, durante esta misma época, en Ecuador, las mujeres de las zonas urbanas debían ejercer su peso en la sociedad desde la esfera doméstica y especialmente a través de la influencia sobre sus hijos y esposos. De esta manera, el cumplimiento de los deberes maternos en higiene doméstica, educación y especialmente lactancia fue considerado equivalente a cumplir con los deberes de la ciudadanía femenina misma.

Por otra parte, pese a que la maternidad se consolidó como símbolo femenino, su significado variaba considerablemente según la clase social, la edad y la etnia. Así, por ejemplo, si la identificación de la mujer con la maternidad le significó la confinación a la esfera doméstica e incluso la extensión de estos quehaceres en la esfera pública, muchas mujeres de las élites aprovecharon esta configuración para afianzarse como promotoras del bienestar infantil a través de fundaciones y obras de caridad.

Posteriormente, en nuestro acercamiento a la construcción social de la maternidad en la región, revisamos dos estudios recientes (Puyana 2013 y Serrano 2016) que piensan a la madre como figura relacional. Aquí pudimos ver, entre otras cosas, que las formas de crianza actuales pueden ser descritas en tres tendencias (considerándolas en relación a la forma en que la que los padres fueron criados): tendencia tradicional (reproducción de formas de ser padre o madre de los años 60); transición (formas de asumir la maternidad y la paternidad cambiantes y contradictorias, caracterizadas por un resquebrajamiento entre las prácticas y las representaciones) y ruptura (incorporación en las prácticas y representaciones de elementos diferentes e innovadores con respecto a sus progenitores).

También, en un estudio realizado en Quito con familias de clase media, se evidencia una tendencia creciente por parte de los hombres a involucrarse más activamente en el trabajo doméstico y de cuidado; sin embargo se advierte que este involucramiento se realiza en el

marco de los privilegios masculinos y que, en la práctica, la sobrecarga de trabajo de las mujeres ha cambiado muy poco.

Después de esbozar los imaginarios sociales latinoamericanos sobre la maternidad, insertamos al tema en un contexto ampliamente debatido en la actualidad: los cuidados. Aquí pudimos ver que la propuesta de ciertas pensadoras feministas es reconocer que la necesidad de cuidados es una situación universal y que la capacidad de proveerlos no es exclusiva de las madres.

Vimos también que al hablar de la Organización Social del Cuidado o Regímenes de Cuidado, nos referimos a los marcos normativos sociales y económicos a través de los cuales se definen las responsabilidades de cuidar y se provee cuidado en las familias, en el Estado, el mercado o en la comunidad. En este sentido, Ecuador puede calificarse como un régimen de bienestar informal, pues se caracteriza por una alta informalidad del mercado laboral, una vulnerabilidad del Estado en la creación de capacidades y una mayor presencia relativa de familias extensas. En general, el país refleja la persistencia de procesos desiguales de distribución del cuidado y una desvalorización de estas actividades por parte de la población. Finalmente, nos adentramos en las particularidades de la ciudad de Cuenca, pues es el escenario en el cual tendrá lugar esta investigación. Para esto, intentamos describir los entramados machistas, racistas y clasistas de la ciudad a través de un recorrido de sus características y de una lectura cuantitativa sobre la composición social de la ciudad.

Capítulo 3

Metodología: 6 historias de vida leídas interseccionalmente

Introducción

En todo proyecto investigativo es fundamental tener claro, además de los objetivos y los sustentos teóricos, el camino que se recorrerá. En el presente capítulo buscamos exponer la metodología de investigación utilizada en este estudio para comprender la lógica que coordina al enfoque epistemológico, las técnicas de investigación y las acciones concretas que hemos realizado. Sabemos que, con el objetivo de obtener material que posibilite un análisis fructífero, es preciso conocer las virtudes y fortalezas de la metodología elegida, por lo que a continuación, discutiremos al respecto.

En primer lugar, establecemos que el enfoque epistemológico a través del cual se entiende a los sujetos participantes de este estudio y a sus representaciones, será la interseccionalidad. Esta perspectiva nos permite comprender las relaciones sociales como construcciones simultáneas en órdenes interdependientes de clase, género y raza y en diferentes configuraciones históricas. Al ser éste el marco general de nuestra investigación, profundizaremos en su origen y alcances.

Posteriormente planteamos a las historias de vida como técnica de investigación, para esto, las situamos en el campo de la investigación cualitativa y reflexionamos sobre sus implicaciones. Posteriormente definiremos las historias de vida y revisaremos sus principales características para así considerar el contenido que éstas deben tener y las herramientas para recabar la información. El argumento central para explicar la validez de las historias de vida como método ideal para comprender lo social es considerar que el ser humano no es un dato sino un proceso.

Después de tener claro el marco metodológico, procedemos a apuntar algunas consideraciones personales sobre el objeto de estudio, las motivaciones para abordarlo y una reflexión autocrítica sobre el papel de la investigadora. Afirmamos que haber elegido la maternidad como objeto de una investigación social tiene que ver, además de con sus repercusiones teóricas y políticas, con un intento por comprender y re significar la propia experiencia vital. El siguiente apartado del presente capítulo consiste en un acercamiento a las mujeres participantes de la investigación. Primero, establecemos sus características en común y luego

nos adentramos, uno a uno, en sus perfiles personales. Las seis madres que participaron de este estudio son: Diana U., Eugenia, Verónica, Rocío, Micaela y Diana M. El análisis de sus historias de vida nos permitirá dar cuenta de cómo se conjugan la clase social, la etnicidad y el género al momento de afrontar las pruebas de la maternidad.

Finalmente, recuperamos los postulados de la Sociología del Individuo para el análisis de las experiencias de maternidad. Como veremos, ésta teorización propone herramientas que permiten comprender un mundo heterogéneo en el que tiene lugar la experiencia particular de cada persona. La Sociología del Individuo busca entender cómo en diferentes sociedades, a través de diferentes procesos históricos, se han fabricado estructuralmente de manera diferente a los individuos. Extraemos de la Sociología del Individuo la categoría “pruebas estructurales” que serán, posteriormente, el hilo conductor de este estudio. Veamos.

3.1. La Interseccionalidad como enfoque epistemológico

La interseccionalidad es un concepto que ha ganado mucha fuerza en las teorías feministas, en particular, y en las ciencias sociales, en general. La apuesta de la interseccionalidad, como enfoque epistemológico, consiste en comprender las relaciones sociales como construcciones simultáneas en órdenes interdependientes de clase, género y raza y en diferentes configuraciones históricas.

El origen de la interseccionalidad, como concepto, puede ser rastreado desde hace más de dos siglos en los discursos de pensadoras como Olympia de Gouges y Sojourner Truth. Sin embargo, los antecedentes más directos de la interseccionalidad están en el feminismo negro estadounidense desde donde se hicieron varias contribuciones a la conceptualización de la articulación de las relaciones de clase, de género y de raza (Viveros Vigoya 2010).

En este contexto sobresale la experiencia de las integrantes del Colectivo Combahee River, quienes operaron en Boston entre 1974 y 1980 y sus planteamientos se oponían al carácter racista de una parte del feminismo blanco norteamericano, pero también al carácter sexista de quienes encabezaban los movimientos sociales negros. Por ello, plantearon la necesidad de construir un espacio político de alianzas y luchas comunes en relación con las complejas intersecciones constitutivas de las relaciones de subordinación que responden al género, la clase, al racismo y al heterosexismo (Viveros Vigoya 2008).

Posteriormente se desarrollaron modelos teóricos más elaborados para pensar la articulación de estos sistemas de opresión, uno de los más completos es el desarrollado por la intelectual afroestadounidense Kimberlé Williams Crenshaw, quien acuñó el término *Interseccionalidad* (Viveros Vigoya 2008).

Entendido así, el concepto de interseccionalidad ha sido útil para superar la comprensión aritmética de las desigualdades como fruto de la convergencia, adición o fusión de distintos criterios de discriminación. Y también ha permitido romper con el modelo hegemónico de la “mujer universal” y comprender las especificidades de la dominación en contextos construidos históricamente (Viveros Vigoya 2008).

Además de su utilidad sociológica, la interseccionalidad también es un problema político pues atiende a dos cuestiones fundamentales del feminismo: la construcción de un sujeto político universalizable y sus relaciones con otros movimientos sociales (Viveros Vigoya 2010). De aquí se desprende la necesidad de acercarnos con una mirada interseccional a las problemáticas sociales pues, por una parte, nos permiten hacer una lectura crítica de las situaciones y, por el otro, traducir estas lecturas en acciones (políticas públicas, por ejemplo) más asertivas.

Un ejemplo que señala los inconvenientes de no utilizar un enfoque interseccional es el propuesto por Sara Radcliffe (2008, citado por Viveros 2010) en su artículo titulado *Las mujeres indígenas ecuatorianas bajo la gobernabilidad multicultural y de género*. La autora muestra que en Ecuador los planes de desarrollo tienden a reconocer las diferencias de género pero desconocen las diferencias de raza y etnicidad, mientras a la inversa, los proyectos de etnodesarrollo no incluyen derechos de género. Por su parte, los movimientos indígenas dan prioridad a las diferencias étnicas, dejando de lado las desigualdades de género que existen en las comunidades y movimientos y ubican a las mujeres como simples reproductoras biológicas y culturales de lo indígena. Estos desconocimientos mutuos hacen que las mujeres indígenas queden sin un espacio en el cual reconocer su posición específica.

Como detallaremos más adelante, esta investigación trabajará con mujeres cuencanas de clase media y aparentemente podría observarse una contradicción con los postulados de la interseccionalidad. Sin embargo, queremos recalcar que tanto la clase media como “lo cuencano” no pueden ser entendidos como entidades reificadas y homogéneas. Dentro de

éstas, se ponen en evidencia distintos matices que dan cuenta de las complejas intersecciones entre el género, la clase social y la etnicidad. Y esto lo veremos con claridad al analizar cada una de las historias de vida.

3.2. Historias de vida como técnica de investigación

En el presente apartado buscaremos profundizar en las historias de vida como la técnica elegida para esta investigación. En primer lugar situaremos las historias de vida en el campo de la investigación cualitativa y reflexionaremos sobre las implicaciones de este enfoque. Posteriormente definiremos las historias de vida y revisaremos sus principales características para así considerar el contenido que éstas deben tener y las herramientas para recabar la información. Finalmente estableceremos el tipo de técnica para realizar historias de vida que será utilizada.

La historia de vida es una técnica que forma parte del campo de la investigación cualitativa que, a su vez, se enmarca en un paradigma fenomenológico que afirma que la realidad es construida socialmente mediante definiciones individuales o colectivas de una determinada situación. Afirmamos que las historias de vida se inscriben en los paradigmas fenomenológicos y humanistas, pues visibilizan la conducta humana, las prácticas y narrativas que definen el mundo de cada persona y además buscan comprender el comportamiento de los seres humanos desde su propio marco de referencia.

El argumento central para explicar la validez de las historias de vida como método ideal para comprender lo social es considerar que el ser humano no es un dato sino un proceso, y que además actúa de forma creativa en su entorno cotidiano, es decir, lo social implica una historicidad (Ferrarotti 2007). En consecuencia, las historias de vida no pretenden encasillar o reducir a los individuos a variables específicas, sino que los consideran como un todo complejo e indivisible, desde una perspectiva holística.

El proceso de investigación cualitativa, en general, y de las historias de vida, en particular, no puede ser rígido y con criterios pre establecidos, sino que deber ser flexible y estar abierto a las emergencias espontáneas y así ser capaz de adaptarse a las circunstancias de la realidad que está siendo estudiada.

Por estas consideraciones teóricas preliminares, varios investigadores han considerado que la historia de vida es el método que mejor permite al investigador indagar cómo los individuos crean y reflejan el mundo social que los rodea (Jones 1983, citado por Chárriez Cordero 2012) Pero, entonces ¿qué es una historia de vida y cuáles son sus principales características?

La historia de vida es la forma en que una persona narra de manera profunda las experiencias de vida en función de la interpretación que ésta le haya dado a su vida y el significado que se tenga de una interacción social (Chárriez Cordero 2012, 4).

La historia de vida, como investigación cualitativa, busca descubrir la relación dialéctica, la negociación cotidiana entre aspiración y posibilidad, entre utopía y realidad, entre creación y aceptación; por ello, sus datos provienen de la vida cotidiana, del sentido común, de las explicaciones y reconstrucciones que el individuo efectúa para vivir y sobrevivir diariamente (Ruiz Olabuénaga 2012, citado por Chárriez Cordero 2012).

Las historias de vida pretenden capturar el proceso de interpretación de los hechos, realizado por las personas que los relatan. Pero además de las abundantes descripciones verbales, las historias de vida consideran de gran importancia el componente emocional de los relatos. El significado afectivo que se confiere a determinados hechos, personas, situaciones o relaciones, es fundamental al momento de armar una historia.

Entonces, al armar una historia de vida se intenta conocer cómo se crea la estructura básica de la experiencia, su significado, mantenimiento y participación a través del lenguaje y de otras construcciones simbólicas (Ferrarotti 2007). Pero, ¿cuál es el contenido que debería incluir una historia de vida?

Primero las dimensiones básicas de su vida: biológica, cultural, social, segundo los puntos de inflexión o eventos cruciales en los que el sujeto altera drásticamente sus roles habituales, se enfrenta a una nueva situación o cambia de contexto social y como tercero, los procesos de adaptación y desarrollo a los cambios, que se suceden en el proceso de su vida (Arjona Garrido 2009, citado por Hernández 2011).

Así, para poder acceder a este contenido, el investigador deberá utilizar diversas técnicas y herramientas tales como: serie de entrevistas, grabaciones, redacciones de la propia persona,

visita a diversos escenarios, entrevistas a familiares, amigos, compañeros de trabajo, lectura de cartas, evocación de recuerdos mediante fotografías, revisión de documentos, etc. Simultáneamente, es conveniente estimular el deseo de hablar del entrevistado a través de una relación profunda y comprometida con el investigador (Hernández 2011). Por otra parte, queremos recalcar un aspecto muy importante de las historias de vida y es su capacidad de reflejar lo macro en lo micro, es decir que permite comprender realidades generales de ciertos contextos o localidades, a partir de la experiencia de las personas que narran su vida.

Es necesario hacer una vinculación “texto-contexto”, considerando el sentido evocativo y recreativo de las narraciones, que vinculan al sujeto con sus entornos cotidianos. Para Ferrarotti (2007), la capacidad fundamental de las historias de vida es la de expresar y formular lo vivido cotidiano de las estructuras sociales, formales e informales. Y de esto se desprende su aporte fundamental a la investigación social.

Pese a no ser un hecho frecuente, algunos autores han realizado clasificaciones de las historias de vida. Por ejemplo, Mckernan (1999 citado por Ferraroti 2007) identifica tres tipos: historias de vida completas, temáticas y editadas. Las historias de vida completas cubren la extensión de la vida o carrera profesional de la persona. Las temáticas, en cambio, delimitan la investigación a un tema o a un periodo de la vida de la persona, explorándolos a fondo. Finalmente, las historias de vida editadas pueden ser completas o temáticas e involucran comentarios y explicaciones de otra persona.

Al utilizar las historias de vida como método no buscamos escribir la biografía de estas seis mujeres, sino comprender sus experiencias y visiones sobre un fenómeno social determinado, como es la maternidad. En este sentido, según la clasificación de Mckernan, realizaremos historias de vida temáticas editadas.

3.3. Apuntes personales sobre esta investigación

Después de revisar los planteamientos de la interseccionalidad, como enfoque epistemológico, y de las historias de vida, como técnica de investigación; describiremos el proceso que siguió este estudio, en el cual dichos apuntes teóricos se concretan. Con el objetivo de construir seis historias de vida de madres cuencanas, empecé el proceso de búsqueda de las mujeres que participarían en este estudio. Hablé con personas conocidas para que me referenciaran a mujeres que cumplieran con las características que estaba buscando (madres, cuencanas,

heterosexuales, en pareja, con vivienda propia, profesionales y que sus hijos estudien en instituciones privadas). Finalmente me contacté con seis mujeres que generosamente me compartieron sus experiencias, pese a no conocerme o no mantener una relación cercana conmigo.

Actualmente vivo en Quito, por lo que tuve que viajar a Cuenca varias veces para poder realizar el trabajo de campo. Como una pequeña digresión debo comentar que, al yo tener dos hijos de 3 y 6 años, los desplazamientos no fueron asuntos sencillos. Generalmente mis hijos viajaban conmigo, faltando a sus clases y aumentando los costos de los pasajes. En Cuenca tenía que buscar a mi mamá, a mi suegra o alguna familiar disponible para que los cuidara mientras yo hablaba con mis entrevistadas sobre sus dilemas de maternidad (cuando yo intentaba resolver los míos). En una ocasión mi hijo mayor no me acompañó pues en su escuela me pidieron que no falte a clases. Se quedó con su papá y fue la primera vez que pasamos una noche separados. La culpa y la tristeza me acompañaron durante todo el viaje. Entonces pensé que estos sentimientos auto recriminatorios también aparecen de forma desigual, pues mi esposo viaja todos los fines de semana y nunca se ha sentido culpable por eso.

Las historias de vida se construyeron a través de series de entrevistas en profundidad que se desarrollaron en distintos escenarios (domicilios, lugares de trabajo, cafeterías, parques, etc.). En ocasiones, los hijos de las mujeres entrevistadas estaban presentes, aunque debo aclarar que en el análisis me centro únicamente en los relatos de las mujeres y no en la observación que tuve de sus interacciones con sus familiares; esto, porque la técnica de las historias de vida da absoluto protagonismo a la voz de los sujetos. Y, al respecto, debo mencionar que las seis mujeres que participaron de este estudio son muy elocuentes y tienen una extraordinaria capacidad de análisis o, como comúnmente decimos, son magníficas conversadoras.

En suma, en este apartado me he tomado la libertad de transgredir la formalidad del lenguaje académico, hablar en primera persona y contar experiencias personales con la finalidad de exponer mi postura como investigadora y explicar el proceso de este estudio. Soy consciente de que mi condición de madre, profesional, de clase media, me acerca de forma empática a las mujeres con las que he dialogado, por lo que el límite divisorio entre investigadora y objeto de investigación en ocasiones ha sido muy difuso. Prefiero afirmar que en este estudio hemos participado varias mujeres que conjuntamente hemos reflexionado sobre la maternidad.

3.4. Caracterización de las mujeres participantes del estudio

Las seis madres que participaron de este estudio son: Diana U., Eugenia, Verónica, Rocío, Micaela y Diana M. El análisis de sus historias de vida nos permitirá dar cuenta de cómo se conjugan la clase social, la etnicidad y el género al momento de afrontar las pruebas de la maternidad. Con el afán de reflejar de la manera más cercana posible la composición social de las madres de Cuenca (capítulo 2), las características de las madres son las siguientes:

Todas tienen en común el hecho de haber crecido en Cuenca y criar a sus hijos en esta ciudad. Además, hemos caracterizado a estas mujeres como de clase media o media alta, tomando en cuenta los siguientes indicadores: educación superior completa, propiedad de la vivienda y que sus hijos asistan a instituciones privadas. Las 6 mujeres cuentan con educación universitaria y sus hijos asisten a instituciones privadas. Cinco madres cuentan con vivienda propia, a excepción de Micaela, quien vive con sus papás. Sin embargo, enfatizamos que no utilizamos un criterio reducido de clase social de tipo economicista, sino que comprendemos la clase social en la complejidad que incluye, además del capital económico, los capitales simbólicos y culturales.

Las 6 madres son heterosexuales y 5 de ellas, actualmente, tienen una unidad familiar de tipo nuclear: papá, mamá e hijos, habitando en una vivienda independiente. Una de las madres, en cambio, vive en la casa de sus padres, con sus hermanas y su hijo. En cuanto al Estado Civil de las madres: 4 están casadas, una está en una unión de hecho y una es soltera. Sus edades están comprendidas entre los 24 y los 45 años (4 de las madres están atravesando los 30 años). Las edades en la que las madres tuvieron a su primer hijo son las siguientes: Micaela a los 16 años, Rocío a los 18, Diana M. a los 19, Eugenia a los 22, Verónica a los 25 y Diana U. a los 36. Esto, en general, coincide con la estadística señalada en el capítulo 2, sobre la maternidad temprana en la ciudad de Cuenca.

En cuanto a la etnicidad, las seis madres refieren la composición mayoritariamente mestiza de la ciudad de Cuenca, pero ellas se sitúan en autodefiniciones particulares. Así, Rocío se considera “representante de la típica mujer cuencana” pues su abuela fue una Chola Cuencana de renombre. Micaela y Diana M. se consideran mestizas, pero creen que las raíces indígenas han tenido un peso predominante en su familia y en su crianza. Eugenia y Diana U. se consideran mestizas y Verónica se autodefine como blanca-mestiza.

Después de esta caracterización general del grupo de estudio, a continuación presentaremos los perfiles individuales de cada una de las mujeres, resaltando ciertas características que nos permitirán comprender, posteriormente, sus narraciones y reflexiones.

La primera mamá participante de nuestra investigación es Diana Urgilés. Diana es psicóloga clínica y locutora de radio. Actualmente tiene 39 años y es madre de Luz Joaquina de 2 años 8 meses y Sol Sebastiana de 1 año y medio. Diana vive en su casa propia, con el papá de sus hijas (Andrés) quien tiene 31 años. Andrés es médico y tiene una clínica de medicina estética en la ciudad de Cuenca. Joaquina y Sol asisten a una guardería privada y, además, la familia cuenta con el trabajo de una empleada doméstica.

La segunda mamá que participa de nuestra investigación es Eugenia Arciniegaz. Eugenia tiene 34 años, es licenciada en Historia y recientemente concluyó su maestría en Conservación del Patrimonio. Actualmente trabaja como profesora en un colegio privado de Cuenca. Eugenia es madre de Carlos de 11 años, Natalia de 7 años y está esperando su tercer hijo. Eugenia vive con su esposo Wellington y sus hijos, en su casa propia. Wellington tiene 44 años y trabaja en las mañanas como profesor de colegio y en las tardes es profesor universitario, recientemente concluyó una maestría en enseñanza de inglés. Carlos y Natalia asisten al colegio privado en el que sus padres trabajan y en la tarde están al cuidado de su madre, quien también realiza las tareas domésticas.

Verónica Ochoa es la tercera madre en contarnos su historia. Verónica tiene 30 años, acaba de graduarse como licenciada en Comunicación Social y actualmente se dedica a criar a sus hijos Rafaela (5) y Miguel Andrés (2). Rafaela asiste a un tradicional colegio privado femenino, del cual su mamá es exalumna. Verónica fue Reina de Cuenca y participó en algunos certámenes de belleza. Verónica vive junto a su esposo Miguel y sus hijos, en su casa propia. Miguel tiene 32 años y es empresario, importa productos automotrices y también tiene una constructora. Miguel tiene varios empleados en su empresa y la familia también se beneficia del trabajo de una empleada doméstica.

Rocío Pulla es la cuarta mamá participante. Rocío tiene 45 años, es licenciada en ciencias de la educación, trabaja como profesora de educación física de un colegio particular y además tiene un grupo de danza folclórica profesional. Rocío tiene dos hijos: Kati de 26 años y Fausto

de 15, ambos se educan en instituciones privadas. Rocío está casada 27 años con Fausto Ordoñez, director del Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares (CIDAP). Rocío se encarga de las tareas domésticas y piensa en una próxima reapertura de su academia de danza. Actualmente Rocío vive con su esposo y su hijo en su casa propia, pues su hija mayor se casó y se mudó al extranjero.

Micaela Tello tiene 24 años, es Ingeniería Ambiental y trabaja en una empresa que brinda asesoría sobre el manejo de desechos. Micaela es madre de Matías de 8 años, quien estudia las prácticas ancestrales y realiza sanaciones con la energía de sus manos. Micaela y Matías viven en la casa de los papás de Micaela junto a sus dos hermanas, por lo que las tareas domésticas y de cuidado se reparten entre Micaela, su madre y sus hermanas. El papá de Matías es Israel, de 25 años, quien está terminando su carrera universitaria y se encarga de cuidar a Matías dos días por semana.

Finalmente, tenemos a Diana Medina. Diana tiene 32 años, es licenciada en Comunicación Social y actualmente se desempeña como gerente de su propia empresa: el Instituto de Educación Online Alau, por el cual ha recibido reconocimientos nacionales e internacionales. Diana es madre de Juan Diego de 12 años, quien estudia en un colegio privado y es seleccionado provincial en tenis de mesa. Diana está casada con Daniel, de 33 años, quien se encarga de la parte tecnológica del Instituto Online. La familia vive en su casa propia y comparten las tardes en las oficinas de Alau. Las tareas domésticas son repartidas entre los miembros del hogar y reciben ayuda de las abuelas de Juan Diego, principalmente en lo referente a la alimentación. Diana considera que su familia tiene una importante herencia indígena que debe ser valorada, por lo que frecuentemente practica ciertos ritos y celebraciones.

A continuación presentamos una tabla que esquematiza las principales características de cada una de las mujeres participantes de esta investigación, para posteriores referencias.

Tabla 1: Mujeres que participaron en el estudio

| Nombre | Edad | Profesión | Ocupación | Número de hijos | Situación de Pareja | Nombre y Ocupación de la pareja | Edad en la que tuvo su primer hijo |
|-------------|------|---|---|--|---------------------|--|------------------------------------|
| Diana U. | 39 | Psicóloga | Psicóloga Locutora de Radio | 2 Joaquina (3) y Sol (1) | Unión de Hecho | Andrés (31) Cirujano Plástico | 36 |
| Verónica O. | 30 | Comunicadora Social | Ama de casa | 2 Rafaela (5) y Miguel Andrés (2) | Casada | Miguel (32) Empresario Importador y Dueño de una constructora | 25 |
| Micaela T. | 24 | Ingeniera Ambiental | Asesora en gestión de desechos | 1 Matías (8) | Soltera | Israel (25) Estudiante | 16 |
| Diana M. | 32 | Comunicadora Social | Gerente de Instituto Educativo Online <i>Alau</i> | 1 Juan Diego (11) | Casada | Daniel (33) Responsable del departamento tecnológico de <i>Alau</i> | 19 |
| Rocío P. | 45 | Licenciada en Ciencias de la Educación | Profesora de Cultura Física | 2 Katy (26) y Fausto (15) | Casada | Fausto (46) Director del Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares | 18 |
| Eugenia A. | 34 | Licenciada en Ciencias de la Educación Máster en Conservación del Patrimonio | Profesora de Historia | 2 Carlos (11) y Natalia (7). Actualment e está embarazada | Casada | Wellington (44) Docente Universitario y de Bachillerato. | 22 |

Fuente: Entrevistas realizadas por la autora a mujeres participantes de la investigación, 2017.

3.5. Recuperando la Sociología del Individuo para el análisis de las experiencias de maternidad

Como último apartado de este recorrido, queremos aproximarnos a los planteamientos de la Sociología del Individuo. Incluimos este apartado dentro del capítulo metodológico pues utilizaremos, principalmente, la metodología que propone este cuerpo teórico. La Sociología del Individuo, propuesta por Danilo Martuccelli, busca comprender cómo en diferentes sociedades, a través de diferentes procesos históricos, se han fabricado estructuralmente de manera distinta a los individuos. Lo importante de la sociología del individuo es no solamente dar cuenta de las consecuencias de los cambios estructurales a nivel de los individuos, sino tratar de producir una inteligencia de la sociedad que parta desde las experiencias de los actores (Martuccelli y Araujo 2010). Nos situamos, por tanto, en el clásico debate entre agencia y estructura, pero desde una perspectiva micro pues el camino de análisis va desde las experiencias hacia las estructuras sociales.

De esta manera, es importante considerar que la sociología del individuo, metodológicamente, propone partir de un conjunto de entrevistas y observar lo que es común a todos los individuos, lo que a posteriori puede ser entendido como prescripciones o retos estructurales que se van desplegando en biografías singulares. Porque, a criterio de Martuccelli, sería extraño que al interrogar a un conjunto de actores individuales, no aparezca de maneras distintas, el trabajo de las estructuras (entendidas como sistemas activos de coerciones).

En este sentido, es necesario anotar que el objetivo de esta sociología es estudiar los grandes desafíos a los que están enfrentados los individuos en una sociedad, y por lo tanto se necesita una descripción analítica, en base a las vivencias particulares de los individuos, acerca de esta sociedad, sus procesos y sus cambios. La Sociología del Individuo propone que el individuo deviene como tal en su interacción con las estructuras, por ello, la individuación busca comprender cómo ciertos factores estructurales transforman los grandes perfiles del individuo y al mismo tiempo, observa cómo “detrás de estos grandes factores estructurales los individuos enfrentan un conjunto de desafíos o de pruebas a través de los cuales se constituyen como actores sociales” (Martuccelli 2013, 17).

Con estas premisas, nos interesa pensar el proceso de individuación de las madres participantes de esta investigación. Es decir, buscamos comprender cómo estas seis madres cuencanas se han convertido en actrices sociales mediante una interacción compleja con las

estructuras económicas, sociales y culturales de la sociedad cuencana actual. Para comprender este proceso, debemos considerar un elemento fundamental: las pruebas estructurales.

3.5.1. Las pruebas de la maternidad

Las pruebas son “desafíos históricos socialmente producidos, culturalmente representados y desigualmente distribuidos, que los individuos están obligados a superar en un proceso estructural de individuación” (Martuccelli 2013). Es decir, en la Sociología del Individuo, las pruebas son el vínculo entre experiencias y estructuras.

Debemos recordar que las pruebas tienen 4 características constitutivas: en primer lugar está su dimensión narrativa, es decir un mecanismo de percepción a través del cual los actores comprenden su vida como un sometimiento permanente a desafíos o problemas específicos. En segundo lugar, las pruebas suponen un tipo de individuo que se encuentra obligado, por razones estructurales, a enfrentarlas. Tercero, las pruebas se vinculan a procesos de evaluación, independientemente de su naturaleza (escolares, laborales, familiares, relacionales, etc.), es decir, los actores pueden “aprobarlas” o “reprobarlas”. Y cuarto, las pruebas no se refieren a cualquier desafío, sino a un conjunto de grandes retos estructurales, particularmente significativos, en el marco de una sociedad (Martuccelli y Araujo 2010).

Además de estas cuatro características constitutivas de las pruebas, debemos recordar que éstas están sometidas a un proceso de “difracción”, es decir, que no todos los actores sociales están igualmente expuestos a ellas. La difracción es una característica crucial, pues implica una gama amplia de posibilidades de enfrentar una misma prueba. Estas diferencias están limitadas en función de la sociedad en la que el individuo vive, de su género, su clase social, su etnia, etc. “Si bien las pruebas son comunes a todos los actores de una sociedad, éstas se difractan en función de los diferentes contextos de vida” (Martuccelli y Araujo 2010, 14).

Para identificar las pruebas en los relatos, hay que prestar atención a los tópicos comunes. Martuccelli sostiene que la manera de determinar las pruebas estructurales en las sociedades actuales es poniendo atención a los relatos individuales a través de trabajos empíricos y no partir de definiciones dadas de antemano. Es posible pensar en los sistemas sociales (políticos, económicos, culturales, escolares, etc.) y determinar que las pruebas estructurales corresponden a estos sistemas, pero no siempre es así (Martuccelli 2015). Las pruebas

emergen de las experiencias particulares y se consolidan como tales, al hallar correspondencia en relatos similares.

Las historias de vida compartidas por las madres cuencanas han presentado tópicos comunes (interpretados de manera distinta), en los cuales podemos apreciar el trabajo de las estructuras y que guardan estrecha relación con la construcción social de la maternidad (capítulo 1). Estos tópicos generales han servido de guía para la sistematización de las historias de vida, por lo que a continuación analizaremos, uno a uno, los nudos sobre los que se tejen las distintas narraciones.

A partir de los relatos de las madres, hemos definido las cuatro grandes pruebas de la maternidad para mujeres cuencanas de clase media: primero, las experiencias corporeizadas que las mujeres deben atravesar (embarazo, parto, lactancia y cambios anímicos); segundo, las pruebas relacionales (relación con los hijos, con la pareja, con la madre y con la comunidad); tercero, la necesidad de ubicar a la maternidad dentro de un proyecto de vida (formación académica, desarrollo laboral, presencia en la crianza de los hijos) y cuarto, cumplir con los requerimientos sociales según los cuales se evalúa la maternidad.

Estas grandes pruebas reúnen las características propuestas por Martuccelli porque los relatos de las madres las sitúan en una posición que las obliga a enfrentar estos desafíos, en la medida en que sienten que pueden aprobarlas o reprobarlas y porque no son asuntos irrelevantes sino obstáculos con alta significación social. Además, estos desafíos son asumidos de manera diferente por cada una de las madres, dando cuenta de cómo se difractan las pruebas en función de la intersección entre el género, la clase social y la etnicidad.

3.6. Recapitulando

En el presente capítulo hemos establecido el marco metodológico que guiará a esta investigación. Primero, propusimos a la Interseccionalidad como enfoque epistemológico lo que implica que el análisis considerará las situaciones concretas en las que se articulan la clase social, la etnicidad y el género y se develan retos estructurales para las madres cuencanas. Sin embargo, es necesario resaltar que prestaremos más atención a la intersección entre género y clase, pero también apuntaremos ciertas observaciones sobre la articulación de la etnicidad.

La técnica que elegimos para conocer la construcción social de la maternidad en Cuenca, fue la historia de vida. Optamos por esta técnica debido a su capacidad de reflejar lo macro en lo micro, es decir porque nos permite comprender realidades generales de ciertos contextos o localidades, a partir de la experiencia de las personas que narran su vida. Como pudimos ver, las historias de vida no pretenden encasillar o reducir a los individuos a variables específicas, sino que los consideran como un todo complejo e indivisible, desde una perspectiva holística. Sin embargo, debemos puntualizar que no buscamos escribir la biografía de estas seis mujeres, sino comprender sus experiencias y visiones sobre un fenómeno social determinado, como es la maternidad.

También vimos que las características comunes entre las madres que participan de este estudio son: haber crecido en Cuenca y criar a sus hijos en esta ciudad. Pertenecer a una clase media o media alta, considerando los siguientes indicadores: educación superior completa, propiedad de la vivienda y que sus hijos asistan a instituciones privadas. Las 6 mujeres cuentan con educación universitaria y sus hijos asisten a instituciones privadas. Cinco madres cuentan con vivienda propia, a excepción de una, quien vive con sus papás.

Por otra parte, establecimos que utilizaremos la Sociología del Individuo, desde sus aportes metodológicos, los cuales consisten en acudir a diversos relatos de varios actores sociales y encontrar en ellos puntos en común que den cuenta del trabajo de las estructuras sociales. En este sentido, los relatos reflejan distintos desafíos o “pruebas estructurales” que los individuos están obligados a superar. A partir de los relatos de las madres, hemos definido las cuatro grandes pruebas de la maternidad para mujeres cuencanas de clase media: primero, las experiencias corporeizadas que las mujeres deben atravesar (embarazo, parto, lactancia y cambios anímicos); segundo, las pruebas relacionales (relación con los hijos, con la pareja, con la madre y con la comunidad); tercero, la necesidad de ubicar a la maternidad dentro de un proyecto de vida (formación académica, desarrollo laboral, presencia en la crianza de los hijos) y cuarto, cumplir con los requerimientos sociales según los cuales se evalúa la maternidad.

Después de haber introducido, de forma general a las mujeres que participaron de esta investigación y conocer las herramientas que nos han permitido construir sus historias de vida, analizaremos sus relatos en torno a la maternidad. Tal y como veremos en el siguiente capítulo, para estas mujeres, las pruebas en torno a las que se dirime la maternidad revelan,

entre otras cosas, que el machismo, como matriz cultural, modifica sus interacciones, moldeando sus posibilidades y aspiraciones.

Capítulo 4

Las pruebas de la maternidad I: experiencias corporales y desafíos relacionales que enfrentan las mujeres cuencanas

Introducción

¿Cómo se construyen las distintas maternidades en Cuenca-Ecuador cuando las consideramos asociadas a la etnicidad y la clase además de al género? y ¿Cómo enfrentan las mujeres las distintas pruebas de la maternidad? Estas son las interrogantes que guían esta investigación, a partir de las cuales buscamos comprender los relatos de seis mujeres cuencanas, enmarcados en las reflexiones teóricas sobre la construcción social de la maternidad, el enfoque interseccional y la sociología del individuo (desarrollados en los capítulos anteriores). Para esto, retomamos los principales postulados de la Sociología del Individuo para comprender el proceso de individuación que experimentan las madres al enfrentar las estructuras económicas y sociales. En este punto, establecemos el hilo conductor de este estudio: las pruebas de la maternidad.

Las pruebas estructurales son un concepto proveniente de la Sociología del Individuo y que actúa como vínculo entre las experiencias particulares de los actores sociales y el trabajo de las estructuras. De ahí, hemos establecido que el elemento para comprender la construcción social de la maternidad en Cuenca y las tensiones surgidas en el proceso de individuación de las madres es, precisamente, las pruebas estructurales de la maternidad.

Las pruebas se desprenden de los relatos de las mujeres participantes de este estudio y guardan relación al marco teórico apuntado en el primer y segundo capítulo. Hemos establecido cuatro grandes pruebas de la maternidad: 1) atravesar la experiencia corporal, 2) entablar vínculos “apropiados” que rodean a la maternidad, 3) definir la maternidad en relación a un proyecto general de vida y 4) cumplir los criterios sociales según los que se evalúa el ejercicio de la maternidad. Las primeras dos pruebas serán analizadas en el presente capítulo, y las dos últimas serán objeto de análisis del capítulo 5.

Comprender la maternidad como una construcción social nos permite analizar las vivencias del cuerpo como subjetividades corporeizadas. También nos permite determinar el carácter normativo del discurso que se teje sobre las relaciones interpersonales que deben entablar las madres y sobre las distintas características “formales” que debe tener una *buena madre*. Así

mismo, pensar la maternidad como una entidad que se dirime entre distintas estructuras sociales, económicas y culturales, posibilita la comprensión de las tensiones que surgen cuando las mujeres deben encajar la maternidad en un proyecto de vida regido por ciertos requerimientos mercantiles, religiosos, tradicionales, etc.

Por otra parte, estas cuatro pruebas de la maternidad guardan estrecha relación con las relaciones sociales y valores dominantes en América Latina, Ecuador y Cuenca; siendo éstos: gran centralidad de la figura materna como “corazón del hogar”, asociación de las madres con las virtudes marianas (abnegación, recato, pureza, etc.), maternalismo cívico (usar a la maternidad como un puente hacia la ciudadanía femenina) y, además, diferentes formas de comprender y representar la maternidad según la clase social o la etnicidad de las mujeres. Atravesar la experiencia corporal (la primera gran prueba de la maternidad), hace referencia a las distintas encrucijadas que se presentan en etapas como el embarazo, el parto y la lactancia y también a las variaciones de los estados anímicos que presentan las mujeres a causa de la significación social de la maternidad. Entablar vínculos apropiados que rodean a la maternidad es la segunda gran prueba. En ésta, analizamos los vínculos que la madre forma con sus hijos, con su pareja y con su madre y la tensión entre el deber ser de estas relaciones y las experiencias particulares de cada mujer. Además, exploramos la importancia de las redes femeninas de apoyo a la maternidad. El enfoque que atraviesa el presente análisis es el de la interseccionalidad, por lo que constantemente evidenciaremos las distintas formas en las que el género, la clase social y la etnicidad se articulan en las experiencias de las madres cuencanas. Veamos.

4.1. Prueba 1: Atravesar la experiencia corporal

La primera gran prueba para las mujeres que se convierten en madres es atravesar la experiencia corporal que la maternidad trae consigo. Hablamos de dilemas o disyuntivas porque cada una de estas situaciones (embarazo, parto, lactancia, cambios anímicos, etc.) implica consideraciones físicas, psicológicas y sociales que abren un abanico de alternativas que genera la posibilidad –real o ficticia- de optar por una de ellas.

¿Embarazarse o no? ¿Dar a luz de manera “tradicional” o por cesárea? ¿Dar de lactar o utilizar fórmulas? ¿Cómo afrontar las variaciones anímicas posteriores al parto? etc. En cierta etapa de la vida estas disyuntivas pueden presentarse como una ocasión en la que las mujeres deben tomar una decisión puntual; sin embargo, muchas veces estas elecciones responden a

procesos continuos y cambiantes, que generan distintas circunstancias que motivan esta elección. Por ello, no es factible catalogar a las madres como aquellas que planificaron o no planificaron su embarazo, o las que experimentaron depresión posparto, pues estas etiquetas son el resultado de procesos complejos (como veremos más adelante).

4.1.1. El embarazo como decisión y como acontecimiento sobrevenido

Las circunstancias en las que se desarrolla un embarazo pueden tener gran influencia en la manera en la que se vive la maternidad. El hecho de planificar un embarazo frente a la “sorpresa” de encontrarse embarazada, trazan atmósferas distintas para empezar el camino hacia la maternidad. En las historias de vida que recogimos, algunas mamás se embarazaron sin una planificación anterior y otras deseaban en gran medida ser madres. Micaela cuenta, por ejemplo, que: “sabía de educación sexual, pero jamás dimensioné las consecuencias de un hijo. Ahí estaba yo, 15 años y embarazada”.⁸ El verse embarazada y cursando el 5to curso, significó un giro radical en el estilo de vida Micaela, el cual empezó cuando tuvo que dar la noticia a sus padres: “sentía que les decepcioné, mi mami lloró, lloró y lloró, mi papi no me hablaba. En realidad sentí el rechazo por primera vez”.⁹

Diana M. también tuvo un embarazo en los primeros años de su juventud, su pareja deseaba tener un hijo, pero ella no estaba tan segura:

Quando cumplimos un año de novios empezamos a tener relaciones sexuales. A Daniel le atraía mucho la idea de un hijo, aunque yo creía que debíamos esperar. Realmente estábamos ilusionados pero no teníamos idea de las consecuencias de traer un hijo al mundo. Todo era muy intenso, muy idealizado (...) y tuve un embarazo subconscientemente planificado a los 19 años.¹⁰

Diana M. comenta que, pese a que su pareja deseaba en gran medida un hijo, eso no convirtió su embarazo en un asunto sencillo. Una vez que la ilusión se empezaba a materializar, y venían los estragos (que en su caso se complicaron con fuertes dolores musculares), Diana sentía que estaba involucrada en un asunto serio pues, para empezar, se vio en la necesidad de

⁸ Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

⁹ Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

¹⁰ Diana Medina, madre de familia, en entrevista con la autora, 3 de abril de 2017.

organizar un matrimonio en un mes, porque: “teníamos que casarnos y punto. No había otra opción”.¹¹

Diana U., en cambio, tuvo una experiencia diferente: ella se embarazó a los 36 años y con eso se ubicó dentro del 6% de mujeres cuencanas que tienen sus hijos después de los 30 años (capítulo 2). Sin embargo, este hecho no se debió a una decisión personal sino a circunstancias externas:

Yo pensé realmente, desde siempre, que sería bueno ser mamá. Yo estuve en una relación anterior por 10 años y no pude ser mamá. Entonces, como la ciudad es bastante machista, todo indicaba que yo tenía que hacerme exámenes y todo. Así pasé con esto de la maternidad un tiempo bastante estresante, entre exámenes, entre “tú puedes”, “rézale a la Virgencita”, “siéntate en la silla de la fertilidad” y eso. Después de un tiempo, como creyente que soy, le dije a mi papá Dios que dejaba todo en manos de Él. Luego, terminé esa relación, empecé una nueva y fui mamá.¹²

Como vemos, Diana U. también buscó ser madre en los primeros años de su adultez pero no lograba concebir. Esto le significó mucho estrés y presión social, pues durante 10 años, la gente de su entorno le manifestaba que los hijos eran fundamentales en un matrimonio. En su segunda relación, Diana U. se embarazó a los 36 años y cuando su primera hija tuvo 6 meses, ella y su pareja concibieron un segundo bebé: “Me embaracé enseguida, quise hacerlo. Con mi pareja dijimos: ¡tiene que ser ahorita!” (Urgilés 2017, Entrevista).

El hecho de planificar o no un embarazo, puede sucederle a la misma mujer. Eugenia cuenta como esta situación marcó la forma en la está viviendo su actual estado:

A penas me casé, quería tener un hijo, tenía 22 años y quería ser mamá. Al tercer mes de matrimonio, yo me quedé embarazada. Fue una alegría enorme, yo no trabajaba, era dependiente de mi esposo, apenas había terminado la universidad. Mi embarazo fue hermoso, un niño esperado, planificado, querido (...) Ahora tengo 34 años y estoy embarazada otra vez, me daba muchas iras vasectomía o si yo le hubiera dicho al doctor que me ligue. Y bueno, no estoy triste o frustrada pero sí asustada porque es la primera vez que espero un hijo, no digo sin desearlo al principio porque todo esto se hubiera evitado si es que él se hubiera hecho la

¹¹ Diana Medina, madre de familia, en entrevista con la autora, 3 de abril de 2017.

¹² Diana Urgilés, madre de familia, en entrevista con la autora, 6 de febrero de 2017.

pero sí sin planificarlo. Me gusta el concepto de hermanos y me alegra que mis hijos tengan una familia grande, pero no estaba en mis planes, en mis planes egoístas y personales.¹³

En general, la aspiración y expectativa de ser madre es todavía una constante en la Ciudad de Cuenca, pese a que 3 de nuestras entrevistadas no tuvieron embarazos planificados, no descartaban a futuro la idea de concebir. Más bien, el impacto que representó el embarazo tuvo que ver con la edad en la que éste se desarrolló y por haberse dado fuera del vínculo del matrimonio. Estas dos circunstancias aún tienen mucho peso en Cuenca, por su carácter conservador.

De igual manera, la figura de una familia nuclear constituida a través del matrimonio, aún es hegemónica en la ciudad de Cuenca. Las mujeres entrevistadas han deseado ese estilo de vida y lo consideran un triunfo y cuando no lo han tenido, ellas mismas lo han considerado un fracaso (veremos más adelante que Micaela se siente culpable por no haber formalizado la relación con el papá de su hijo) o la sociedad se encarga de recordarles que no es lo “adecuado” (Diana U. vivió 10 años de duras críticas a su matrimonio por la ausencia de hijos).

En este contexto, Verónica fue la mujer que vivió sus embarazos dentro de la norma social cuencana: a los 25 años (no muy temprano, pero tampoco muy tarde) y pocos meses después de haber celebrado una gran boda civil y eclesiástica. Esta coherencia con los imperativos sociales seguramente influyó en la actitud positiva con la que Verónica atravesó estas etapas y se refleja en el orgullo con el que lucía su embarazo por las calles de la ciudad.

En suma, planificar o no un embarazo responde a los deseos de cada una de las mujeres y, como hemos visto, gran parte de estos deseos son socialmente fabricados. La maternidad como pieza fundamental de la plenitud femenina aún es un imperativo vigente en la sociedad cuencana y ha sido interiorizado por todas las mujeres entrevistadas. Independientemente de si planificaron o no sus embarazos, ninguna de las mujeres ha afirmado que la maternidad no estaba en su plan de vida. Sin embargo, después de su primera experiencia como madres, muchas se han empoderado de su cuerpo y han decidido conscientemente si volver a tener hijos o no, y cuándo hacerlo. El primer hijo aparece como un tránsito necesario para este

¹³ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

cambio respecto de la decisión consciente de ser madres o no de un segundo hijo. Así, por ejemplo, Micaela y Diana M. decidieron no tener más que un hijo, mientras Verónica y Diana U. decidieron tener embarazos seguidos. Estas decisiones se basaron en sus experiencias personales previas y ya no en la idealización de la maternidad, que sigue teniendo un fuerte peso entre estos sectores sociales.

4.1.2. El camino del Parto

El parto es una de las experiencias corporales más significativas para las madres y varios factores influyen en hacerla más o menos agradable, así, la salud de la madre, el estado del bebé, el lugar donde sea atendido, quién cuide de la madre en el posparto, entre otras situaciones, pueden generar un ambiente amigable o adverso para dar a luz. En el caso de nuestras entrevistadas hemos encontrado experiencias disímiles. Por una parte, está el relato de Verónica quien recuerda sus alumbramientos como momentos felices:

Con la nena tenía que dar a luz el 5 de septiembre, y el último día me subí los doce pisos del edificio en el que vivía, fui al doctor, sentía las contracciones y a la media hora nació la Rafaela, sin ningún dolor. Me dijeron que me ayudó muchísimo eso de los 12 pisos. Con mi gordo hice lo mismo, cuando le faltaba un día para nacer me pasé todo el día caminando en el centro, fui al hospital y tenía 7 de dilatación, fui a las 5 al hospital, me rompieron la fuente en el quirófano y cuarto de hora después nació mi bebé.¹⁴

Diana U., en cambio, no tuvo una experiencia positiva. En su primer embarazo tuvo preclamsia, su bebé nació prematura y debió permanecer 3 semanas en la incubadora. Diana considera que esta situación pudo ser diferente si es que ella se cuidaba lo suficiente durante el embarazo:

En mi primer embarazo no quería cambiar mi estilo de vida, el trabajo, la farra; yo soy música, entonces es una vida bohemia. Salíamos a tocar, salíamos a bailar, hacíamos conciertos. El último concierto que toqué embarazada de Joaquina fue en la inauguración del festival de la Lira, y me encantaba poder hacer eso, pero luego obviamente uno aprende que sí cambia tu vida cuando vas a ser mamá. O sea, debes cambiar tu estilo de vida y punto.¹⁵

¹⁴ Verónica Ochoa, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

¹⁵ Diana Urgilés, madre de familia, en entrevista con la autora, 6 de febrero de 2017.

Diana M. también tuvo una experiencia negativa durante el parto, pero ella la atribuye a la negligencia de los doctores que la atendieron pues, por su situación económica, ella dio a luz en una maternidad pública. Fue tan fuerte la experiencia de Diana durante su parto, que ella se prometió no volver a pasar por eso nunca más. Efectivamente, su único hijo tiene 11 años y Diana no quiere tener más bebés.

Entré a dar a luz un día sábado y mi hijo nació el lunes, entonces pasé todo un fin de semana con dolores, no podía comer y de verdad sentí hambre, me moría de dolor, me inyectaron este pitusín para acelerar el parto y tenía dolores tan intensos que llegué a desmayarme. Hubo bastante negligencia, porque ya vieron que el bebé no estaba bien ubicado, pero esperaron que por mi tamaño si pueda dar a luz normal. Pero estábamos en un nivel de sufrimiento que no era normal, era un martirio. Entonces me rompieron la fuente y el bebé no nacía. Y después de que me hacen sufrir tanto, viene el doctor y me dice que el guagua está teniendo sufrimiento fetal, incluso se había ensuciando adentro y se estaba complicando todo. En 15 minutos estaba yo en el quirófano, después de haber tenido el peor fin de semana. Yo di a luz un lunes 6 de junio en plena media noche, fue un alivio.¹⁶

Podemos ver que el parto, como experiencia corporal, puede ser asumido de dos formas distintas: destinando un tiempo y espacio específicos para vivirlo y disfrutarlo; y esperando que suceda, sin destinar un tiempo y espacio para esta experiencia. La forma que se elija puede estar relacionada con algunos factores: la planificación del embarazo, la lectura que cada mujer tenga de la maternidad, los recursos económicos, la disponibilidad de tiempo, etc. Pero, aunque el grado de importancia que las mujeres confieren al parto varía, este acontecimiento ha dejado de ser considerado como un tabú o algo oculto o sucio (como en épocas anteriores). Todas las mujeres comprenden que es un proceso natural y todas han acudido a instituciones médicas para atenderse, evidenciando el valor que se otorga al saber experto. Sin embargo, pese a que tres de las seis mujeres entrevistadas dieron a luz a través de cesáreas, esto se debió más que a su elección, a complicaciones en su salud. Por ello, retomando los debates de la crianza natural, aún hay cierta reticencia a tecnificar los procesos de alumbramiento y hay una evidente predilección por el parto natural.

Además, en los relatos de Verónica, Diana U. y Diana M. podemos observar la importancia de contar con recursos económicos suficientes para que el parto pueda ser vivido sin

¹⁶ Diana Medina, madre de familia, en entrevista con la autora, 3 de abril de 2017.

complicaciones o para poder sobrellevar los inconvenientes que aparezcan. Verónica pudo elegir el médico que la trataría y tenían una relación cercana que le permitía llamarle por teléfono ante cualquier duda y sentirse resguardada. Diana U. afrontó el nacimiento prematuro de su hija pero estuvo en la capacidad de pagar el costo de una termocuna lo que le permitió afianzar la salud de Joaquina. Diana M., en cambio, no pudo ni elegir el médico que la atendería, ni la casa de salud en la que nacería su hijo. Tampoco sus peticiones fueron escuchadas, pues durante los dos días que duraron sus labores de parto, ella insistía en que necesitaba una cesárea pues sus dolores eran descomunales. Su voz no tuvo el mismo peso, porque su capacidad económica no pudo respaldarla. Tenemos una escena de tres mujeres cuencanas dando a luz y vemos cómo la clase social puede generar salidas muy distintas a esta prueba.

Por otra parte, los cuidados después del parto son aspectos que deben tenerse en cuenta. En Cuenca, aún se mantienen varias tradiciones para el cuidado de la mujer en el posparto: la dieta especial por 40 días, comer gallinas de campo, coladas o aguas aromáticas para aumentar la producción de leche del cuerpo, el *baño del cinco* que consiste en bañarse a los 5 días de haber dado a luz con una infusión de plantas medicinales, etc. Las mujeres entrevistadas afirman que conocen de las tradiciones y todas las han practicado en mayor o menor grado.

Pero un asunto relevante es que la etnicidad de las mujeres (o como ellas se autodefinen respecto de la misma) guarda relación en cómo cuidan su salud y la del bebé durante el posparto. Rocío, Diana M. y Micaela, quienes consideran que la herencia indígena tiene un peso fundamental en su árbol genealógico, manifestaron creer en las bondades de mantener las tradiciones indígenas en el posparto. Por el contrario, Eugenia, Verónica y Diana U., que se auto identificaron como mestizas, manifestaron no haber seguido estas tradiciones por considerar que carecen de sustento científico. De esto se podría inferir que los discursos científicos (enunciados generalmente por pediatras) tienen mayor receptividad entre las madres blancas-mestizas, y que el discurso que recoge prácticas y saberes populares e indígenas sigue vigente entre mujeres mayores y jóvenes en las fronteras entre lo mestizo y lo indígena.

En el posparto es también frecuente la presencia de una figura femenina que cuida de la madre y que le instruya sobre cómo atender al bebé. Eugenia, Verónica, Micaela, Diana U. y

Rocío pasaron el posparto junto a su madre, mientras que Diana M. lo hizo en la casa de su suegra. Todas coinciden en que la guía de una mujer que haya atravesado antes una situación similar es totalmente necesaria: “La ayuda de las suegras y de las mamás durante la maternidad y cuando das a luz es lo mejor que hay”.¹⁷

Sin embargo, así como la capacidad económica de la madre influye en que pueda elegir el médico y la clínica para el parto, también es fundamental para proveerse de ayuda en el posparto. Cuando las mujeres regresan a casa después de dar a luz, deben enfrentarse a una dinámica totalmente nueva, que involucra estar pendiente de alguien las 24 horas y asumir los cambios hormonales y físicos producidos tras el parto.

En este contexto, contar con la ayuda de otra persona es fundamental, pero es diferente contar con la ayuda gratuita de la mamá o suegra, que disponer de las labores remuneradas de una empleada doméstica. Verónica, por ejemplo, contó con la ayuda de su madre, quien se encargaba de sostenerla anímicamente y solventar cualquier duda y, simultáneamente, tenía la ayuda de una empleada que se encargaba de todas las tareas domésticas. Diana M., en cambio, pasó el posparto en la casa de su suegra (que trabaja fuera) y entre las dos se encargaron de las tareas domésticas. Estos escenarios marcaron las emociones de ambas mujeres en esta etapa, en el caso de Verónica de forma positiva, y en el caso de Diana, con mucho estrés y agotamiento.

En este punto, es importante mencionar que pese a que todas las entrevistadas estaban en una relación de pareja heterosexual al momento de dar a luz, ninguna ha señalado al padre de su hijo como su principal apoyo durante el posparto, sino siempre a una mujer mayor. La idea de que los cuidados y los bebés son cosas de mujeres está muy presente en Cuenca, y eso explica cómo se gestionan las necesidades de cuidado. La presencia de los padres y de los discursos sobre la paternidad sigue siendo una ausencia reseñable.

4.1.3. La lactancia: entre el deber y el placer

La literatura feminista ha develado cómo, desde hace más de un siglo y medio, se ha ido constituyendo un discurso científico de la mano de expertos -generalmente hombres- que han dictado el manejo adecuado de la salud de las mujeres, de su cuerpo e incluso de su higiene.

¹⁷ Diana Urgilés, madre de familia, en entrevista con la autora, 6 de febrero de 2017.

Según Ehrenreich y English, este saber “experto” se erige en contraposición a los saberes ancestrales, tradicionales o populares sobre salud, reproducción y cuidados, antes manejados por mujeres que luego se vieron despojadas de los mismos y cuya memoria está latente en las mayores. Los consejos de expertos han llegado a determinar qué es lo natural y qué es patológico en la vida de las mujeres. Asimismo, han aconsejado y desaconsejado la maternidad según las necesidades específicas en los distintos ciclos del capitalismo y en los distintos contextos sociales (Ehrenreich y English 2010).

En este marco, la lactancia materna también es un asunto sobre el cual se generan varios discursos: por una parte, encontramos el “saber experto” (Organización Mundial de la Salud, Ministerio de Salud, Pediatras, etc.) quienes recomiendan el uso de la lactancia exclusiva durante los primeros 6 meses de edad y defienden los beneficios nutricionales inigualables de la leche materna durante los primeros años de vida del niño. Además, se emiten recomendaciones sobre cómo combinar la leche materna con otros alimentos y cuándo es necesario generar el destete.

Por otra parte, encontramos un discurso de tipo coloquial (ampliamente conocido por nuestras entrevistadas) que, además de los beneficios nutricionales de la lactancia, enfatizan que esta actividad refuerza el apego entre la madre y el hijo, ayuda a que la mamá recupere su peso, favorece la economía familiar pues reduce costos que ocasionaría comprar leche de fórmula y biberones, etc.

Elisabeth Badinter (2010) señala que, en décadas anteriores, la leche de fórmula y los biberones eran mejor aceptados socialmente e incluso constituían un símbolo de libertad femenina pues las madres podrían compartir la alimentación de sus hijos con otras personas. Sin embargo, Badinter considera que gracias a distintas investigaciones científicas que concluyen en que lo mejor para la salud del bebé es la leche materna y, también, a la difusión de ideologías como las de la crianza con apego; la lactancia materna se ha constituido como la forma ideal de alimentar a los bebés, y las madres que no la practican, bien porque no pueden o porque no quieren, automáticamente son catalogadas como irresponsables.

Badinter (2010) genera una voz crítica hacia el discurso de los beneficios de la lactancia materna pues apunta que en éste no se están considerando aspectos importantes como el tiempo que demanda dar de lactar, las molestias físicas en pezones y espalda que muchas

mujeres experimentan o el simple deseo de la madre de no querer hacerlo. Para Badinter, la presión que existe sobre las mujeres para amamantar es un elemento fundamental para considerar la maternidad como una “nueva forma de esclavitud.”

Finalmente, en los últimos años han aparecido colectivos de mujeres demandando su derecho a amamantar. Esto se ha traducido en las legislaciones (en Ecuador, las mujeres cuentan con dos horas libres de su jornada laboral hasta que el bebé tenga un año de edad) y también se ha simbolizado en eventos públicos como las “tetadas”, cuando un grupo de mujeres se concentra en lugares públicos para amamantar y generar conciencia de la importancia de esta actividad y combatir prejuicios. Actualmente, dar de lactar en público en Cuenca no es bien visto, sobre todo para mujeres mestizas y blancas, por lo que ciertos colectivos están trabajando para generar conciencia al respecto.

Las mujeres entrevistadas están al tanto de estos debates y los han interiorizado en mayor o menor grado. Por ejemplo, para Micaela la lactancia era fundamental no solo por sus beneficios nutricionales sino porque al haber tenido a su hijo mientras estudiaba el 5to curso de colegio, no podía dar demasiadas responsabilidades económicas a sus padres: “Claro que yo le di de lactar, el Mati lactó un año un mes, solo mi leche. Mis papis le llevaban al colegio para que yo le dé de lactar en el recreo”.¹⁸

Eugenia, en cambio, se enfocaba en la salud de sus bebés pero pensaba en alternativas que hicieran de la lactancia una experiencia más práctica y llevadera (considerando que Eugenia volvía a su trabajo en las mañanas, cuando terminaba el permiso de maternidad):

Al Carlos le di de lactar un año y a la Natalia hasta los 8 meses. Yo tenía mucha leche, incluso donaba. Yo recogía en el trabajo porque es cierto que la leche materna es muy importante, entonces yo recolectaba, guardaba, donaba pero no desperdiciaba la leche. Es una riqueza tener eso, hay mujeres que no pueden dar de lactar. Pero si les combinaba también con la fórmula, cuando me enfermaba o no podía darles. Tampoco satanicé la leche de fórmula. Eso es otra cosa que hay que aceptar, si no se puede, no se puede.¹⁹

¹⁸ Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

¹⁹ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

Verónica, en cambio, transformó su rutina para poder cumplir con la lactancia. Ella dejó de ir al gimnasio en las mañanas y pasaba todo el día junto a sus bebés para poder darles de lactar en el momento en el que ellos lo necesitasen. Pero, a pesar de las diferentes formas en las que las madres resolvieron este desafío, en algo que todas coinciden es que la lactancia demanda tiempo y constancia y muchas veces está acompañada de molestias físicas (grietas y sangrado en los pezones, dolor de la espalda, etc.) y que en ocasiones puede resultar complicado manifestar estas molestias pues existe una presión externa para disfrutar la lactancia y no siempre eso es posible.

Además de los aspectos positivos de la lactancia -ampliamente difundidos- y los aspectos negativos -tratados de forma superficial-, la lactancia implica conocimientos sobre el cómo hacerlo, por lo que se vuelve necesaria un guía para dominar la técnica y evitar complicaciones, como las que tuvo Diana M.:

Otra cosa horrible que me pasó en la clínica fue dándole de lactar, yo tenía bastante leche y se atoró. Era la primera vez que le daba de lactar. Empezó a ponerse morado, negro, no respiraba. Yo estaba con todos los sueros, con tremenda herida, pero me boté de la cama y gritaba auxilio, hasta la otra chica que estaba en mi habitación me ayudó a gritar. Entonces el rato que le alzo y le sacudo, él regresa. Y de ahí si no, yo no quería darle de lactar sola, no le daba si no había alguien a mi lado. Pasé un mes sin dormir, poniéndole el dedo en la nariz.²⁰

Para las madres cuencanas de clase media la lactancia se ejerce con una constante tensión entre el deber y el placer. Para algunas mujeres, la lactancia ha significado una actividad altamente demandante e incómoda, a la que han accedido únicamente pensando en la salud de sus hijos. Para otras, la capacidad de amamantar las ha empoderado respecto a su cuerpo y han transformado esta experiencia en un tiempo de apego y goce mutuo: madre-hijo.

Consideramos que esta diferencia tiene que ver con la carga de trabajo doméstico y remunerado de las madres, pues a mayor trabajo y/o menor ayuda en las tareas, menor satisfacción durante la lactancia. Y viceversa, cuanto más tiempo libre dispone la madre, más puede disfrutar de la lactancia (sin embargo, cabe recalcar que esta investigación al ser de tipo cualitativa no puede arrojar generalizaciones definitivas).

²⁰ Diana Medina, madre de familia, en entrevista con la autora, 3 de abril de 2017.

4.1.4. Mutaciones del cuerpo

La maternidad trae consigo distintas mutaciones del cuerpo. El embarazo, el parto y la lactancia pueden dejar huellas en los cuerpos femeninos y generar experiencias trascendentales con respecto a estos cambios, en sociedades y entre sectores sociales donde el cuerpo femenino está altamente significado. Con frecuencia se observa cómo las mujeres señalan el aumento de peso que trajo el embarazo, algunas no le dan mayor importancia pues con el tiempo pudieron perder el peso ganado, pero para otras la situación ha sido distinta. Diana M., considera que su cuerpo se transformó definitivamente después de la maternidad, pues antes de embarazarse se mantenía en un peso saludable (entre 110 y 115 libras), pero durante el embarazo llegó a pesar 160 libras y nunca pudo volver a su antiguo peso. Su sobrepeso le ha traído distintos problemas de salud (principios de diabetes y dolores articulares) que han disminuido su calidad de vida. Pero, además, aprender a aceptarse con su nueva imagen ha sido un proceso difícil que le ha tomado aproximadamente 10 años. Al igual que Diana M., Rocío también tiene una lectura radical acerca de su experiencia corporal durante sus embarazos. En este caso, no se relacionan con el aumento de peso –tan frecuente en los relatos- sino con asuntos muy particulares:

En mi primer embarazo se me soltó el cabello, antes yo lo tenía bastante churudo. En mi segundo embarazo, tenía asco de la pasta de dientes y me lavaba rapidísimo y vomitaba. Después de que nació mi hijo me fui al dentista y tenía más de 10 caries. Mis hijos me costaron lo mejor de mi aspecto físico: mis churos y mi sonrisa.²¹

Las mujeres entrevistadas también han hecho referencia a las cicatrices de las cesáreas como “marcas de guerra”. Otras, que tuvieron un parto natural, hablan de lo incómodo y doloroso de los desgarros ocurridos durante el parto. Mencionar el cambio en la apariencia y firmeza de los senos, a causa de la lactancia, también es un malestar común entre estas madres. En general, todas coinciden en afirmar que, después de tener hijos, el cuerpo nunca vuelve a ser el mismo.

Con este abordaje de las diferentes experiencias corporales atravesadas por las madres, nos inscribimos en la concepción del cuerpo que lo entiende dentro de una cultura. Mari Luz Esteban plantea que en Occidente hay una cultura corporal hegemónica que hace del cuerpo un terreno para la subordinación o la resistencia. Es decir, el cuerpo es un elemento que se

²¹ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

expresa entre la estructura y la acción. Desde esta perspectiva, el cuerpo es entendido como un “agente y un lugar de intersección, tanto del orden individual y psicológico, como social; asimismo, el cuerpo es visto como un ser biológico pero también como una entidad consciente, experiencial, actuante e interpretadora” (Esteban 2004, 19).

De los relatos de las mujeres se desprende que actualmente el ideal de belleza corporal está claramente definido en Cuenca y se caracteriza por un cuerpo delgado, con senos firmes y piel sin estrías. Este ideal es importante para las madres profesionales de clase media, por lo que muchas buscan alternativas para encajar en el mismo: ejercicio y dietas.

Consideramos entonces que al hablar de experiencias corporales estamos planteando cómo lo social se inscribe en el cuerpo y rompemos con la dicotomía clásica entre mente y cuerpo. A continuación, exploraremos diferentes episodios en los que las madres entrevistadas han experimentado profundos cambios anímicos, a causa de la conjugación de las expectativas sociales y los cambios hormonales, ocurridos en su cuerpo, como escenario.

4.1.5. Variaciones anímicas como formas de experimentar condicionamientos sociales

Hemos caracterizado, en las voces de las mujeres, algunos desafíos relativos a la experiencia corporeizada: planificar el embarazo, usar anticonceptivos, decidir el número de hijos, tener un parto natural o por cesárea, dar de lactar o utilizar leches de fórmula, seguir las tradiciones en la etapa del posparto, etc. Vimos que todas estas disyuntivas surgían porque, a pesar de desarrollarse en el cuerpo de la mujer, cargan importantes significaciones sociales. Ahora, nos enfocaremos en las variaciones anímicas que experimentaron las madres, como formas de experimentar distintos condicionamientos sociales que han surgido a través de su maternidad. Micaela tenía 15 años cuando se embarazó y desde el momento en que su prueba de embarazo salió positiva sintió una angustia enorme. Lo que más le preocupaba era cómo comunicárselo a sus padres. Cuando se armó de valor y lo hizo, su papá le respondió con una acción: decidió que toda la familia se mudaría a vivir a Ibarra, donde le habían ofrecido la dirección de un periódico local. Micaela siente que su papá tomó esa decisión pues no quería enfrentar los comentarios de la gente y tiene recuerdos sombríos de sus días en esta ciudad.

La familia de mi papi siempre fue muy recta: salir del colegio, estudiar la universidad, casarse, y tener hijos. En ese orden. Nadie nunca incumplió la regla y yo era la primera, por eso yo sentí que mi papi me escondió, la verdad. Ahora ya no me duele, porque todo se compensa.

Pero antes de dar a luz yo sentía rechazo de parte de mis papis, de los dos. Fue decepcionarles.²²

Con su embarazo adolescente, Micaela desafió dos de los grandes postulados actuales de la sociedad cuencana para las jóvenes de clase media: casarse civil y eclesiásticamente, y posterior a eso, de preferencia con una carrera universitaria concluida, embarazarse. El rechazo que ella sintió vino de parte de sus padres, quienes son los principales encargados de encaminar a las jóvenes a cumplir con los imperativos sociales. La presión social fue tan fuerte, que la familia tuvo que salir de la ciudad mientras se desarrollaba el embarazo. Micaela comenta que, incluso, sus tíos y abuelitos no sabían de su estado hasta varios meses de su avance. Ahora, 9 años después, Micaela dice haber superado el dolor que sintió en su adolescencia, principalmente porque fueron sus mismos padres quienes se convirtieron en las bases que la sostuvieron para seguir adelante.

El caso de Eugenia presenta un contexto significativamente diferente: ella actualmente vive su tercer embarazo a sus 34 años, estando casada y con su maestría concluida; pero ni su edad ni su estabilidad económica la eximen de la incertidumbre:

Ahora con mi tercer embarazo, al principio me asusté mucho y lloraba todo el tiempo. Mis hijos me decían: “¿por qué lloras?” y mi esposo me decía: “nos ha ido bien, tenemos hijos lindos, tenemos un cuarto más, yo puedo seguir trabajando, no te va a faltar nada” pero se me venían cosas como: otra vez engordar, ¡otra vez cambiar todo!, ¿podré? ¿Tendré las fuerzas para estarle bañando cada noche?.. son otros retos, otros sentimientos, pero creo que todas pasamos por esos miedos. No creo que alguien diga: “me embaracé y todo va a ser felicidad”.²³

Pese a las múltiples dudas y temores que Eugenia experimenta constantemente, ella sabe que tiene un contexto familiar, económico y social que respalda su maternidad y eso la tranquiliza. Diana M., en cambio, vivió su embarazo con mucha ilusión pero experimentó un cambio dramático después de dar a luz. Los problemas con su pareja, las dificultades económicas, el haber dejado la universidad y los intensos cambios físicos y hormonales, crearon el escenario ideal para que Diana sufra depresión posparto.

²² Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

²³ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

El Dani era inmaduro y machista y yo con un hijo, de verdad caí en depresión. Yo no tenía autoestima, no era nadie, no tenía dinero, no estaba estudiando, no tenía oportunidades. Ahí entré en un período de depresión terrible. Pasé 3 días acostada, pedí que le vean al Juan Diego y yo quería morirme en un rincón de la cama.²⁴

La depresión posparto es una condición psicológica bastante común entre las madres pero no se habla mucho al respecto, es aún un tabú. Como hemos visto, la construcción social de la maternidad supone una madre predispuesta, infatigable y amorosa y muchas veces la realidad no es tal. Además, en este punto es pertinente traer a colación uno de los planteamientos de la economía del cuidado que sostiene que, como seres humanos, todos somos interdependientes, capaces de brindar y necesitar cuidados. Vemos en la experiencia de Diana M. que la madre no siempre es la cuidadora, sino que muchas veces necesita que también la cuiden.

La maternidad también puede generar un cambio en la forma en la que concebimos nuestra existencia en el mundo. Algunas mujeres han referido que antes de ser mamás, se sabían personas importantes pero que a partir de la llegada de sus hijos se consideran irremplazables. Diana U. comenta que al convertirse en madre cambió mucho de su forma de ser. Antes era divertida y despreñida y ahora, como mamá de dos niñas pequeñas, siente más estrés y temores: “Yo antes no pensaba mucho en la muerte, pero ahora siempre le pido a Dios que quiero vivir hasta que Joaquina y Sol tengan unos 45 años. No quiero abandonarlas cuando sean pequeñas. Sería terrible”.²⁵

En general, a pesar de las dificultades generadas por sus experiencias corporales, todas las madres coinciden en no querer separarse de sus hijos aunque saben que esa etapa llegará algún momento. Rocío acaba de experimentar la separación de su hija mayor pues ella se casó y se fue a vivir en Estados Unidos. Pese a considerarse una mujer fuerte, Rocío siente que nunca se está preparado para despedirse de los hijos: “Después de hablar con mi hija, me siento sola y me pongo a llorar, porque su cuarto está vacío... (llanto), la puerta está cerrada. Yo sé que ella está bien. Le di todos los valores que necesitaba, pero le extraño”.²⁶

²⁴ Diana Medina, madre de familia, en entrevista con la autora, 3 de abril de 2017.

²⁵ Diana Urgilés, madre de familia, en entrevista con la autora, 6 de febrero de 2017.

²⁶ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

En términos generales, podemos apreciar cierto empoderamiento de las madres cuencanas con respecto a su cuerpo, pues ellas sienten que es su derecho el poder decidir cuándo y cuántas veces embarazarse. El aborto, no fue mencionado en la mayoría de las entrevistas y en los casos en los que se mencionó (Diana U. y Eugenia), se lo hizo con un rechazo rotundo hacia éste como una opción. Por otra parte, se evidencia que todas las mujeres son conscientes de la intensidad de la maternidad como experiencia corporal, aunque no todas lo asuman de la misma manera. Eugenia, por ejemplo, con la próxima llegada de su tercer hijo, sabe que su cuerpo deberá estar “al servicio del bebé”²⁷ y es algo que no la hace sentir muy cómoda, por la sensación de estar enajenada de su cuerpo. Verónica, en cambio, ha comentado tener una proximidad física constante con sus hijos (incluso durante la noche) y siente que no es un problema para ella. Las demás madres, en cambio, señalan las mutaciones estéticas de su cuerpo como una huella negativa de la maternidad.

En suma, se observa la vigencia de un modelo corporal hegemónico occidental que ejerce presión en la subjetividad de las madres. El rechazo a la gordura o al envejecimiento da cuenta de cómo este modelo actúa. Sin embargo, la condición de madres les genera ciertas “licencias” pues lucir un vientre protuberante, ojeras generadas por las noches sin dormir, o senos poco firmes, son signos reivindicados, desde el discurso de las madres, como marcas que equivalen a desafíos maternales superados.

4.2. Prueba 2: Entablar relaciones apropiadas

La maternidad es necesariamente una categoría relacional. La madre existe porque existe su hijo y, generalmente, ese hijo tiene un padre, que en nuestro caso, dadas las parejas elegidas, está de alguna manera presente. Además, la madre de la madre es una figura muy importante al momento de pensar la maternidad. A continuación analizaremos la segunda prueba a la que se enfrentan las madres cuencanas: entablar relaciones “apropiadas”. Al utilizar el adjetivo “apropiado”, nos referimos al deber ser que subyace a las relaciones sociales, como veremos, en la práctica las interacciones distan mucho del ideal.

²⁷ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

4.2.1. Desafío: formar vínculos sólidos con los hijos. “¿Mami, por qué usted no está aquí conmigo?”

La relación ideal madre-hijo supone amor incondicional, apoyo, respeto, gratitud, etc. Se podría pensar que una madre puede sentir cariño por su hijo de forma inmediata, sin embargo, como vimos en el capítulo 1, este amor de madre no es innato o instintivo sino que se forja (o no) a través del despliegue de la maternidad como relación. De igual manera, el amor de los hijos hacia la madre puede estar condicionado por distintos factores que lo fortalezcan o debiliten. Lo que es indiscutible es que la presencia de un hijo implica un ejercicio emocional intenso para las mujeres.

En este sentido, una prueba importante que deben afrontar las madres cuencanas de clase media es decidir si ellas van a cuidar de sus hijos u optarán por contratar cuidadora, si buscarán guardería o se apoyarán en algún familiar para que los cuide. Lógicamente, esta situación tiene que ver con la situación socioeconómica de la familia y con la organización social del cuidado (sobre lo que profundizaremos más adelante), pero también hay una presión social –afianzada por posturas como la de la crianza con apego- que señala que no hay mejor persona para cuidar a un bebé que su propia madre y que, en gran medida, la solvencia de la relación madre-hijo se genera a través del contacto y la presencia constantes.

En la experiencia de Diana U. podemos comprobar la fuerza de estos planteamientos. Diana pasó mucho tiempo junto a su primera hija (Joaquina) y considera que su relación es sólida, sin embargo, con su segunda hija (Sol), Diana contrató a una empleada para que la cuide y así poder volver a trabajar en su consultorio psicológico. Diana siente que esto ha generado un resquebrajamiento en su relación con Sol, quien muestra un fuerte apego hacia su cuidadora: “Yo creo que eso es algo que a las mamás nos hace sufrir un montón. Cuando yo llegaba, Sol no me quería abrazar y pasaba pegada a la empleada y eso me partía el corazón. Sol no decía mamá...”.²⁸ En este punto, es necesario traer la etnicidad y la clase social al análisis, dado que la cuidadora de las hijas de Diana es indígena y pobre, y que esta situación es muy común en los hogares cuencanos. Esta situación refleja la subordinación étnica existente forjada a través de una historia de relaciones coloniales (Durin 2014).

²⁸ Diana Urgilés, madre de familia, en entrevista con la autora, 6 de febrero de 2017.

Ahora bien, retomando el análisis sobre el vínculo madre-hijo, situaciones como la que experimentó Diana U. pueden tensionar el bienestar emocional de las mujeres al enfrentar el ideal de relación como algo sólido e incondicional y sentir que su vínculo no encaja en este modelo. Rocío comparte el sentimiento expresado por Diana U. y se responsabiliza por no dedicar más tiempo a su hijo: “Yo sé que me falta el tiempo para mi hijo. La psicóloga de mi hijo me cuenta que él dice: “mi mami siempre está cansada.” Creo que eso sí, él siempre me puede reclamar y con toda la razón”.²⁹

La necesidad de pasar tiempo junto a los hijos para fortalecer la relación es compartida por todas nuestras entrevistadas y Diana M. siente que durante años no tuvo esa oportunidad:

Mi hijo iba creciendo más y se daba cuenta de las cosas, hubo una época que sí me reclamaba y me decía: “¿mami por qué usted no está aquí conmigo?” ahí me mataba. Era como una puñalada en el corazón, era un reclamo válido. Yo trataba de explicarle pero no le puedes pedir a un niño de 5 años que entienda por qué te vas. Entonces yo empecé a tratar de compensar ese vacío con dulces y paseos. No está bien eso. Yo pensaba que es triste por qué a esa edad ellos ya empiezan a tener recuerdos y no había ninguno conmigo. Era duro, a mí en mi trabajo se me complicaba pedir permiso si había un programa en la escuela, pero el Dany, como era su jefe, podía. Él no se perdía esas cosas y por eso él tiene una relación mucho más fuerte con mi hijo que la que yo tengo.³⁰

Para Diana M., hay una correspondencia lógica entre la cantidad de tiempo que se dedica a los hijos y la calidad de relación que se forja. Esta premisa es compartida por Eugenia y Verónica quienes han apostado por mantenerse más tiempo en casa, junto a su familia. Eugenia optó por trabajar media jornada para poder pasar la tarde con sus hijos y así afianzar su relación.

Siento que ha sido un privilegio. Al principio yo pensaba que era un sacrificio quedarme en la casa y que tal vez trabajando un año me podía comprar un carro o algo. Pero no, son años cruciales, escucharles sus primeras palabras, ver sus primeros trazos, para mí ha sido muy importante.³¹

²⁹ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

³⁰ Diana Medina, madre de familia, en entrevista con la autora, 3 de abril de 2017.

³¹ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

Efectivamente, Eugenia marca una polaridad (privilegio/sacrificio) en cómo ella ha asumido el hecho de trabajar y ser ama de casa. Sin embargo, es en las zonas grises que se ubican entre estos dos polos, donde se constituye la subjetividad de las mujeres que negocian su permanencia en casa o en un trabajo remunerado. Existen momentos en que se sienten afortunadas por tener un empleo y otros en que la carga laboral las abrumba; de igual manera, estar en casa resulta tan hermoso como extenuante.

En este sentido, Verónica, por su parte, renunció a las responsabilidades laborales para dedicarse por completo a la crianza de sus hijos. Ella siente que eso también es mal visto en la sociedad, pues está incumpliendo con las exigencias que presionan a que la mujer consiga títulos académicos y reconocimientos laborales. Sin embargo, ella hace caso omiso a las críticas y es feliz en casa.

Mi nena ya entró a la escuela pero sus primeros cuatro años pasó conmigo, en la casa. Nunca fue a guardería ni nada. Mi esposo me dijo que lo más importante para los bebés es que estén con su mamá y yo estaba de acuerdo. Yo quería quedarme con ella. Igual ahora mi otro bebé pasa conmigo todo el tiempo. Y sí, en realidad les dedico bastante tiempo a mis hijos y por eso mucha gente me critica, pero yo siento que es una bendición poder quedarme y no tener la necesidad o la obligación de salir a trabajar.³²

Evidentemente, el hecho de que Verónica pueda permanecer todo el día en casa cuidando de sus hijos o que Eugenia pueda optar por un trabajo de medio tiempo, tienen que ver, además de con su deseo de hacerlo, con la situación socioeconómica de la familia. Para Diana M. la necesidad de trabajar era urgente, pues su familia afrontaba carencias económicas (profundizaremos este aspecto en el capítulo 5).

Por otra parte, el hecho de que todas las madres manifiesten su deseo de pasar tiempo con sus hijos no implica necesariamente que este tiempo sea siempre agradable y placentero. Los hijos presentan retos (algunos muy grandes) y demandan tiempo y energía de sus madres, quienes muchas veces no encuentran la solución ante las adversidades y rompen el cliché de que “una madre tiene respuesta para todo”.

³² Verónica Ochoa, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

Eugenia y Rocío comparten su preocupación en cuanto al rendimiento académico de sus hijos. Cumplir con las tareas escolares puede resultar una tarea sencilla para muchos estudiantes, pero para otros se convierte en un verdadero problema. Además, en el caso de Eugenia, el hecho de ser profesora y haberse graduado con honores en el colegio y la universidad, hacen que el desempeño escolar de su hijo le genere frustración.

Y claro, supongo que como mamá se espera que el primer hijo sea como uno. Entonces, en la escuela yo me di con la piedra en los dientes, porque el Carlos tenía un método totalmente diferente al que yo tenía para estudiar. A veces he llorado, he dicho: “¡y ahora!” Y yo tengo ya una predisposición, me siento a hacer los deberes con él y sé que vamos a terminar peleando. Yo le pido que haga con regla, él me dice que así le sale recto, que la profe no le dice nada. Le digo que forre el cuaderno, me dice que él si conoce a su cuaderno... así, para todo tiene un pero. Pero la vida no es así y después alguien le va a decir haga esto porque sí y él va a tener que hacer. El otro día me decía que ya va a terminar el colegio pero la universidad no porque eso ya no le puedo obligar. Él siempre vuela para el lado más fácil y a veces digo que la vida debería ser así de sencilla como ellos explican, pero ahí está la misión de la mamá: complicarles la vida.³³

Rocío tiene dos hijos con una diferencia de edad bastante marcada: Katy (26) y Fausto (15). Durante la niñez y adolescencia de Katy, Rocío tenía dos trabajos y estudiaba, por lo que no pudo acompañar las tareas de su hija y, sin embargo, ella no tuvo inconvenientes. Con Fausto, en cambio, Rocío se ha involucrado totalmente. Todas las tardes, desde que su hijo tenía 4 años, madre e hijo se sentaban a hacer las tareas escolares. Rocío llevaba a Fausto a su academia de danza y aprovechaba los recesos para supervisar el cumplimiento de los deberes, pero no ha tenido éxito. Después de 11 años de vigilar y ayudar a Fausto con sus tareas, Rocío se siente cansada y desanimada.

Mi hija era una brillante estudiante, fue abanderada, la mejor egresada, la mejor graduada. Pero mi hijo es todo lo contrario, todavía no me lee bien, tiene necesidades académicas. Siempre le tenía haciendo los deberes, pero él no podía, iba más lento, estuvo hasta 3ero de básica en el Borja y la profesora me dijo: “yo avanzo a mi paso y que pena que el niño no copie” y le ponía incompleto, incompleto y mi hijo comenzó a decir: “no puedo, soy un tonto.” Eso fue muy duro para mí como mamá, no le podía tener ahí, porque los compañeros empezaron a decir que es lento, que no avanza, entonces le cambié de escuela. Mi hijo ya

³³ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

pasaba medicado, el neuropediatra le mandó medicación para déficit de atención. Avanzó en los años y hasta noveno hacía los deberes con él, en décimo le solté y se me quedó en 4 materias, no estudió, no hizo deberes. Y este año está pésimo, le ha sentado tan mal que su hermana se vaya, no hace deberes, no quiere nada, le gusta la música, el deporte, pero no quiere estudiar. Este año más vale que repita a que pase porque no está bien. Y yo, la verdad, ya estoy cansada de esta lucha... ya no avanzo.³⁴

La preocupación por el éxito académico de sus hijos es una constante en las madres cuencanas de clase media que esperan que a través de la educación, sus hijos consigan desarrollarse como personas y tener una vida próspera. En las entrevistas, todas las mujeres que participaron de esta investigación mencionaron la importancia de elegir una “buena escuela” para sus hijos. La noción que estas mujeres tienen de una “buena escuela” se basa principalmente en que sea privada, de renombre y algunas señalan la importancia de que la institución sea religiosa. Además, las madres mostraron sentirse responsables del desempeño académico de sus hijos. Esto se explica al considerar el contexto altamente competitivo de las sociedades contemporáneas (particularmente en Cuenca), y también que las madres sienten que los triunfos o errores de sus hijos hablan de su éxito o fracaso como madres.

En general, las madres entrevistadas han mencionado que sus expectativas para sus hijos se centran en que ellos sean felices, pero esa felicidad se traduce de formas diferentes para cada madre. Para Diana, lo primordial es que sus hijas se diviertan: “lo que yo intento es que Joaquina y Sol puedan jugar un montón, que estos 5 años de su niñez sean maravillosos y los más divertidos de su vida”.³⁵ Para Verónica, lo principal es que su hija sea una persona exitosa: “Nosotros todos los días le decimos a la Rafa: “¡sal y sé la mejor!” y lo está siendo”³⁶ y para Eugenia, lo imprescindible es hacer de sus hijos buenos seres humanos:

A mis hijos les hablo del racismo y les prohíbo usar palabras como *indio o mitayo*, también les hablo de feminismo, le digo a la Natalia que ella puede lograr lo que se proponga y le digo al Carlos que las mujeres tenemos los mismos derechos. Mucha gente se me ríe y dicen que ellos son muy pequeños para entender de lo que hablo pero yo sé que sí lo hacen. Por eso pienso que este nuevo embarazo es una oportunidad para darle un buen ser humano al mundo.³⁷

³⁴ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

³⁵ Diana Urgilés, madre de familia, en entrevista con la autora, 6 de febrero de 2017.

³⁶ Verónica Ochoa, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

³⁷ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

4.2.2. Desafío: conservar una buena relación de pareja. “El verdadero reto posparto es no divorciarse”

La presencia del padre de los hijos, durante su crianza, puede repercutir de formas diversas en cómo las mujeres viven su maternidad. Los desafíos físicos, sociales, culturales y económicos pueden afrontarse de forma distinta, según cómo se encuentre la relación de pareja y el grado de involucramiento del padre en el cuidado de los hijos y, en general, en la división sexual del trabajo en el hogar. En las historias de vida pudimos ver que las relaciones de pareja son tan diversas como lo son cada uno de sus integrantes y que los hijos son criados en ambientes que reflejan muchas de las emociones y conductas humanas: amor, comprensión, dudas, competencia, abandono, etc.

Como vimos, Verónica decidió quedarse en casa con sus hijos y se siente feliz con su estilo de vida. Ella afirma que la relación que mantiene con su esposo es bastante buena, pues hay amor y comprensión: “Creo que mi esposo es el causante de gran parte de mi felicidad, porque me ha ayudado, no me ha truncado en nada y si este momento le digo a él: “quiero trabajar”, él me apoya para hacerlo”.³⁸

Diana U. y Rocío muestran en sus narraciones cómo el amor por su pareja puede cohabitar con cambios repentinos o por diferencias irreconciliables. Diana U. comenta que la maternidad ha generado modificaciones profundas en su relación de pareja y que una de las manifestaciones más palpables está en los cambios en su vida sexual:

Nos amamos mucho pero la vida sexual cambia un montón. Como leí en alguna parte “el verdadero reto posparto es no divorciarse.” Es que las niñas están en medio de nosotros, literalmente. A veces he tenido momentos de drama y le he dicho: ¡por qué ya no me tocas!.. la rutina nos está matando, y él, en su sabiduría masculina, me dice: “verás mi amor, esto es pasajero, ellas ya van a crecer.” Entonces, como que vuelvo a mi estado natural y digo: si, esto va a pasar. Estamos en la crianza, estamos cansados pero ya pues, son hijas de los dos.³⁹

Rocío cuenta cómo a lo largo de sus 27 años de matrimonio ha tenido que superar inconvenientes y diferencias con su marido. Por ejemplo, cuando Rocío decidió estudiar, su marido no estaba de acuerdo, pero ella estaba muy decidida: “Yo le dije: no te estoy

³⁸ Verónica Ochoa, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

³⁹ Diana Urgilés, madre de familia, en entrevista con la autora, 6 de febrero de 2017.

preguntado, te estoy avisando. Él pensaba que si la mujer tenía un título que él no tenía, era algo malo.” Sin embargo, pese a las múltiples ocasiones en las que no coincidía con su esposo, Rocío recalca que el amor se mantiene y que aprecia su presencia en su vida:

Hubo un tiempo en que mi esposo trabajaba en la joyería y yo en la Academia, en esta misma casa y fue muy lindo porque en la tarde hacíamos cafecito y tomábamos juntos. No me hacían falta amigas porque estaba él. Entonces, ahora mi hija se fue, él trabaja en otro lado y se ha hecho muy difícil para mí. Aunque yo le digo a mi marido: yo no me casé para estar sola, así que tú tienes que llegar para ser mi compañía.⁴⁰

Eugenia y Micaela grafican la otra cara de la moneda pues sus relaciones de pareja han estado marcadas por las dificultades. Eugenia está casada desde hace 12 años, pero en más de una ocasión han hablado de divorcio. Incluso ahora, durante su tercer embarazo, las tensiones entre la pareja se mantienen.

Hasta ahora, cuando peleamos con mi esposo, yo le digo: “si me tengo que ir me voy con los tres, no creas que por un hijo más me voy a quedar aquí.” Él también me decía que si dos hijos no nos han atado, tampoco lo va a hacer un tercero, que no me preocupe, que él se va a hacer cargo de los tres.⁴¹

Sin embargo, Eugenia manifiesta que su esposo siempre ha sido responsable por sus hijos (económica y emocionalmente). El caso de Micaela es distinto porque ella y su familia se responsabilizaron totalmente de la crianza de Matías y su pareja intervenía ocasionalmente. Además, entre ellos dos existía una relación amorosa inestable que culminó recientemente.

Nunca he vivido con él. O sea, éramos novios, él llegaba a visitarme. Antes de dar a luz, su mamá me dio 500 dólares para cualquier gasto y cuando él nació me daban 50 dólares mensuales, porque él estudiaba y me daba su mamá.⁴²

Ahora bien, como sabemos, pensar la maternidad implica comprender que la madre no es una figura unidimensional, sino que existe porque existe su hijo y además (generalmente) existe

⁴⁰ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

⁴¹ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

⁴² Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

un padre. Por ello, además del tipo de relación que tenga una pareja, nos interesa conocer cómo y cuánto participa el padre de la crianza de sus hijos.

Verónica y Diana U. manifiestan que sus parejas han estado muy presentes en la crianza de los hijos y es algo que valoran positivamente. Sin embargo, ambas coinciden en resaltar la conservación de los roles tradicionales: el varón como proveedor y la mujer como cuidadora. “Miguel me ayuda bastantísimo y creo que eso es básico en una pareja, porque a pesar de que él se encarga de toda la parte económica de la casa, me ayuda bastante con los bebés” (Ochoa 2017, Entrevista). Diana U. afirma que la presencia de mamá y papá, en sus roles tradicionales, es indispensable para un sano desarrollo de los niños y en sus afirmaciones se apoya en los conocimientos que tiene como psicóloga.

El papá es diferente, el papá se revuelca con las hijas, el papá juega, el papá les lleva al peligro, el papá provee también y de forma diferente. Una mujer es mucho más emocional que un hombre. O sea, así quieran cambiar el panorama del mundo, eso está estructurado así. Mentalmente, genéticamente, orgánicamente está determinado así. Las mujeres hacemos dramas y es en todas las culturas, no solo aquí. Entonces, la mujer está diseñada de otra manera por eso es mamá, entonces es como más ternura, protección de otra manera, es otro mundo. Yo le veo a veces jugar a mi esposo con mis hijas y pienso: yo no podría jugar así, porque yo estoy súper cansada y porque mi mente no diseña aviones, ni cocodrilos, ni tiburones. Mi mente diseña florcitas, música. Entonces él es mi complemento porque es la parte que encaja en eso que necesitan mis hijas.⁴³

Eugenia, por el contrario, afirma haber asumido la mayoría de responsabilidades con respecto a sus hijos y considera que en muchas ocasiones impidió que su esposo participara más activamente, por lo que hace una autocrítica al respecto:

Yo ahora comprendo que minimicé el papel paterno. Yo decía: “mientras tengan mamá, nada les falta” o “yo me quedo en la casa, vos anda a trabajar y ni modo.” Yo mismo era la machista. Si asumí actitudes muy machistas, como: “yo le peino porque tú no puedes o yo les baño porque gastas el agua o yo hago la colada porque te sale espesa.” Entonces yo misma le justificaba a mi esposo. Y él se acostumbró, nunca me reclamó, era mejor para él, supongo.⁴⁴

⁴³ Diana Urgilés, madre de familia, en entrevista con la autora, 6 de febrero de 2017.

⁴⁴ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

Después de 27 años de matrimonio, Rocío se arrepiente de no haber reclamado más participación de su esposo en las tareas domésticas y, desde hace un tiempo, ha empezado a exteriorizar ese malestar diciéndole a su esposo: “Te ahorro lavandera, te ahorro cocinera, te ahorro quien te arregle la casa, encima trabajo. Tú ya estás ganando mucho mejor y yo creo que me merezco descansar. Estoy cansada, mi cuerpo ya no da”.⁴⁵ Además, Rocío y Micaela lamentan la poca interacción que ha existido entre sus hijos y los padres.

Su papá se ha involucrado muy poco. Eso fue una de las cosas que mi hija le reclamó antes de irse. Le dijo que si no estuvo con ella, tiene la oportunidad de estar con su hermano, que le ayude, que no le deje solo. Que ella ya no va a estar y que le perdona, que ahorita ya no necesita esa presencia de padre, pero que su hermano sí.⁴⁶

De igual manera, Micaela comenta que desde que el papá de su hijo empezó una nueva relación amorosa, las visitas a su hijo disminuyeron considerablemente. Pese a que acordaron que el papá pasaría dos tardes a la semana con su hijo, quien en realidad le cuida es la tía (hermana del papá). Los fines de semana tampoco pasa tiempo con Matías y eso es algo que a Micaela le lastima.

Yo he intentado de todas las formas que el papá se involucre, mi mami también ha intentado, he hablado con el abuelito para que hable con su hijo y no funciona. Él se olvidó del Mati cuando entró con la chica esta. Incluso el otro día la novia del papá le ha invitado al Mati a tomar un helado y el papá ha dicho: “no, ya le voy a dejar.” Y ¡qué puedo hacer!... Entonces tengo un remordimiento de que esto pudo ser, tal vez pude darle la familia que todos los niños se merecen.⁴⁷

El caso de Diana M. muestra una transformación que atravesó la familia y que Diana considera muy beneficiosa:

Después de los 5 primeros años de la vida de mi hijo, que le cuidó mi mami y que el Dany no hacía nada, yo terminé la carrera y me contrataron tiempo completo, porque les gustó mi trabajo. Yo viajaba bastante en ese trabajo y tenía que dejarle a mi guagua con el Dany. A esas alturas yo ya me paré, le decía: “Me ayudas o me ayudas.” Y ahí entendí que uno no debe

⁴⁵ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

⁴⁶ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

⁴⁷ Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

esperar las cosas, uno tiene que pedir directamente lo que quiere. No asumir que ellos entienden lo que queremos, lo que sentimos. Entonces al Daniel le fui enseñando. Le decía: “a ver, por qué tenemos que ser diferentes los dos... mira, tu no me estás ayudando en la casa, estás aportando lo que te toca aportar. A ver, si tu trabajas y yo trabajo ¿por qué solo yo debo hacer las cosas de la casa?” Pero como su mamá siempre hizo todo por él, fue durísimo convencerle. Algo que me funcionó fueron las listas de responsabilidades, comenzamos a negociar pero fue súper duro, durísimo cambiar esa mentalidad. Por suerte, en mi trabajo yo conocí a personas que me ayudaron a abrir mi mente, que me enseñaron incluso a rebelarme en contra de la religión y los roles tradicionales. Yo le iba contando las cosas al Daniel, yo aprendía y le enseñaba a él. Él también empezó a abrir los ojos y a valorarme más como mujer y darse cuenta de lo que yo estaba haciendo: yo trabajaba, yo estudiaba, era mamá, era mujer.⁴⁸

El cuánto y el cómo participan los padres en la crianza de sus hijos nos permite pensar varios asuntos: en primer lugar, es importante pensar en la negociación que implica asignar quién se ocupará de las tareas de cuidado y de crianza. En ciertos casos (como el de Verónica y Diana U), este proceso es simple pues la madre asume las tareas de cuidado (o la delega a una tercera persona) y el padre asume el tradicional rol proveedor. Sin embargo, en los otros casos, este proceso ha sido complejo y conflictivo, en el cual ambas partes exponen sus expectativas, las cuales no siempre coinciden con las de la pareja.

Rocío, Micaela, Eugenia y Diana M. muestran en sus relatos las tensiones constantes por el escaso involucramiento de sus parejas en la crianza y sus intentos por revertir esa situación. Así, confirmamos la tesis de Badinter (2010) que sostenía que en la relación de pareja se expresa una de las contradicciones de la maternidad: un hijo es un vínculo muy fuerte entre sus padres pero, a la vez, su crianza trae altísimas demandas que pueden afectar la vida en pareja. Las constantes negociaciones y resistencias entre la pareja, a causa de los hijos, rompen con la idea del amor romántico en donde todo fluye sin complicaciones.

Además, es importante considerar que aunque los padres estén participando más activamente en la crianza de los hijos, hay que preguntarse qué tareas realizan. Como recordamos, uno de los hallazgos en una investigación reciente en Quito (Serrano, 2016), mostraba que los padres realizan las tareas más gratificantes y socialmente mejor valoradas y de carácter más público

⁴⁸ Diana Medina, madre de familia, en entrevista con la autora, 3 de abril de 2017.

o demostrativo (juego, aprendizaje, paseos, etc.) y las madres seguían haciendo las tareas domésticas y de aseo. En los casos de nuestras entrevistadas, ninguno de los 6 padres ha contradicho esta tesis pues no se han encargado de las tareas domésticas o de aseo (que se ha dividido entre las madres, mujeres de la familia y empleadas domésticas) y la mayoría ha participado, en mayor o menor grado, de actividades de ocio junto a sus hijos.

Por otra parte, la toma de decisiones importantes sobre asuntos relacionados a los hijos depende de la capacidad de negociar que tengan cada uno de los padres dentro de la relación. Para las mujeres, esta capacidad de negociación está influenciada, en gran medida, por el empoderamiento económico y el conocimiento sobre la equidad de género que cada una posea.

El machismo como estructura cultural y como telón de fondo de las relaciones de pareja

En este punto, queremos recordar que la literatura reseñada en el capítulo 2 señala que, durante gran parte de los siglos XIX y XX, en América Latina y particularmente en Cuenca, existía un convencimiento social público generalizado que coincidía en que la dimensión más grande de la identidad femenina era la maternidad y que el ámbito de acción de las mujeres debía desarrollarse en la esfera doméstica. En este marco, es imprescindible analizar el papel del machismo en Cuenca como parte de una estructura cultural que condiciona las interacciones humanas y marca gran parte de las tareas de la maternidad. Micaela, Eugenia, Rocío y Diana M. mencionaron diversas conductas machistas que han tenido sus parejas y que han afectado a su maternidad. Pues, en suma, la maternidad se expresa en las relaciones de poder propias del género y algunas mujeres se muestran conscientes de las mismas. Como recordamos, Micaela se embarazó a los 15 años y mantuvo una relación de noviazgo con el papá de su hijo, mientras vivía en la casa de sus padres y estudiaba la secundaria y la universidad. Micaela señala que, pese a la gran ayuda que recibía de su familia, su vida cambió en muchos sentidos después de dar a luz, pero no pasó igual con el estilo de vida de su pareja: “La vida del papá del Mati no cambió porque él salía y tenía amigos, fiestas, llegaba borracho, todas las semanas. Nunca adquirió responsabilidad, siempre la mamá me pasaba el dinero”.⁴⁹

La crianza de Matías, quien actualmente tiene 8 años, desde el principio se repartió entre un numeroso grupo de mujeres: en su familia materna estaban su madre (Micaela), su abuela y

⁴⁹ Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

sus dos tías; y por parte de su familia paterna, estaban su abuela, su tía e incluso su bisabuela. La forma en la que ha intervenido el padre de Matías y sus abuelos (materno y paterno) se inscribe dentro de actividades lúdicas y de ocio, pero no en tareas domésticas o de aseo, tal como lo propone la tesis de Serrano (2016). Micaela sostiene que “Incluso en mi casa, nunca se ha quedado solo con mi papi porque mi papi también es bien servido, a él también hay que darle hasta el café”.⁵⁰

Micaela identifica al machismo como un problema muy presente en la sociedad cuencana y al que hay que combatir. Ella afirma estar haciendo su parte con su hijo, pero no siempre es una tarea sencilla:

Yo le enseño a él, pero ya te digo, es difícil con mi mami. Ella no es que no le deja hacer porque sea hombre sino porque es su mimado y le quiere dar haciendo. En cambio, la familia del papá si es súper machista, cuando se enteraron que yo le enseñé a tender la cama a los 5 años, me dijeron de todo: “que cómo así el guagua tendiendo la cama, que él no tiene que hacer eso, que qué me pasa...” Porque al papá de él, aún le sirven la comida en la cama, le tienden la cama y le arreglan el cuarto porque él vive con tres mujeres: la mamá, la abuelita y la hermana. Incluso cuando éramos novios, él llegaba a mi casa, se sentaba con el celular y me decía: “me haces un jugo.” ¡Y yo le servía!.. Pero un día me cansé y le dije: “Yo no soy tu empleada” y fue la pelea.⁵¹

Diana M. comenta una experiencia similar pues desde el día en que se casó y fue a vivir en la casa de sus suegros, se encontró con una dinámica familiar muy distinta a la de su casa. Su esposo, junto a sus dos hermanos y su padre, dependían completamente de los trabajos domésticos y de cuidado de su madre, quien, además, trabaja fuera de casa. Los problemas económicos y de salud de Diana, se complejizaron al verse inmersa en este tipo de relaciones interpersonales: “Otra cosa que me preocupaba es que el Dany era muy machista, muy machista, su familia es de las que piensa que el hombre no debe alzar un plato y yo, acostumbrada al revés. Entonces era un encontrón”.⁵²

Eugenia comenta que combatir el machismo es uno de sus principales objetivos como madre, como docente y como esposa. Ella considera que, pese a que este problema social está

⁵⁰ Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

⁵¹ Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

⁵² Diana Medina, madre de familia, en entrevista con la autora, 3 de abril de 2017

presente en todo el mundo, en Cuenca es particularmente más fuerte por el carácter religioso y conservador de la ciudad. Por ello, desde los primeros años de sus hijos ha cuidado de que cada expresión o conducta no contenga una carga machista y siente que ha conseguido bastante, principalmente con su esposo.

Yo sé que mi esposo es machista, mis suegros son machistas, mi papá es machista. Entonces, yo sé que este nuevo bebé es una oportunidad para cambiar las cosas y eso es duro pero se consigue. Mi esposo, por ejemplo, ya no tiene esos comentarios de: “no llores, o habla como varón o pareces nena”.⁵³

Para Eugenia, el machismo se expresa en distintas circunstancias y no únicamente en la repartición de tareas domésticas y de cuidado. Por ejemplo, la planificación familiar de la mayor parte de parejas en Cuenca, sigue cargando la responsabilidad de no tener hijos a la mujer. Eugenia buscaba romper este modelo inequitativo, pero no tuvo éxito y, finalmente, después de dar a luz a su tercer hijo, será ella quien se practique una ligadura de trompas.

Yo no me ligué porque no quería, yo le dije a mi esposo: "hazte una vasectomía". La ligadura es una operación fuerte para la mujer y para los hombres es solo una cuestión ambulatoria. Soy pésima para cuidarme con pastillas, no me gusta tomar medicamentos, los implantes no me sentaron bien, entonces todo eso es una alteración al cuerpo de la mujer, habiendo una solución tan fácil como que al hombre se le practique una vasectomía. Pero él tampoco quería.⁵⁴

Rocío comenta que el machismo afectó su maternidad y su relación de pareja, porque desde el principio fue ella quien se encargó de todas las tareas domésticas y de cuidado y su esposo tenía una participación muy escasa. Pero, además, su desarrollo profesional también fue amenazado y menospreciado por su esposo.

A mi esposo le costó aceptar que yo vaya a estudiar. Siempre le ha costado que yo sea muy decidida y al ver tantos diplomas de la danza y la gimnasia él se molestaba. Él me decía: “¡a mí no me importan tus diplomas!” Así, súper machista, en pocas él decía: “eres mejor que yo y a mí me vale lo que haces.” A mí no me importaba porque yo sé quién soy. Entonces cuando entró a estudiar fue entendiendo lo que me pasó cuando yo estudiaba y entonces, cuando se

⁵³ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017

⁵⁴ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017

graduó, me entendió y se sintió como a la altura y ahí sí dijo que valía la pena que yo haya estudiado y que él también podía.⁵⁵

Las historias de vida de las madres entrevistadas dan cuenta de la existencia y absoluta vigencia de una matriz cultural machista que condiciona las interacciones y ejerce una gran influencia en cómo las mujeres viven su maternidad. En Cuenca, actualmente, la inequidad entre hombres y mujeres se manifiesta en prácticas cotidianas y es especialmente visible en asuntos de maternidad, crianza y relaciones de pareja.

La distribución de las tareas domésticas dentro de un hogar, además de tener implicaciones socioeconómicas (contratación de empleada doméstica o ayuda de familiares), se desarrolla dentro de estructuras culturales cargadas de machismo. En ciertos casos, como en el de Diana U. y Verónica, la negociación es sencilla pues tanto el hombre como la mujer se sienten cómodos en los roles tradicionales de género: proveedor y cuidadora. Sin embargo, cuando las mujeres cuestionan el rol tradicional, la negociación se vuelve compleja y conflictiva. En el caso de Eugenia, su relación de pareja se ha visto seriamente deteriorada, entre otras cosas, por la negativa de su pareja a involucrarse en asuntos domésticos. En cambio, en el caso de Diana M., la predisposición de Daniel a participar de las tareas domésticas y de cuidado ha hecho que la relación se fortalezca. Pero en ambos casos, son las mujeres quienes tienen que proponer o exigir dicha participación, pues ésta no aflora espontáneamente.

El hecho de que las mujeres deban exigir equidad constantemente, se traduce en una nueva tarea para ellas pues supone un esfuerzo mental y emocional. Por ejemplo, Rocío comenta cómo, en muchas ocasiones, ella se cansaba de pedir que alguien le “ayude” y prefería seguir haciéndolo todo ella misma y así evitar el desgaste emocional y el conflicto. Sin embargo, es evidente que la forma en la que los padres interaccionan moldea las conductas de los hijos y, al permitir la existencia de prácticas inequitativas en un hogar, probablemente los hijos reproducirán el machismo observado.

Por otra parte, los relatos nos permiten observar cómo el machismo condiciona, en gran medida, el desarrollo profesional de las madres. En el caso de Diana M., la sobrecarga de trabajo doméstico le impedía cumplir con sus tareas académicas y además su marido ejercía

⁵⁵ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017

cierta presión psicológica sobre Diana, haciéndola sentir culpable por “descuidar” la casa y enfocarse en la universidad. Igualmente, para Rocío, ingresar a la universidad significó muchos conflictos con su esposo pues él sentía que la mujer no debía “ser más” que el hombre.

Finalmente, la experiencia de Eugenia nos muestra cómo, incluso, la planificación familiar es un asunto que se delega a las mujeres gracias a una estructura machista que relaciona el placer sexual como un derecho masculino y la reproducción como una responsabilidad femenina. Vemos así, con ejemplos cotidianos, cómo las relaciones de poder propias de un sistema de género se evidencian en la maternidad, con las particularidades propias de una ciudad conservadora como Cuenca.

En todas estas experiencias se puede observar cómo se naturaliza la desigualdad al afirmar que el cuidado de los hijos y las tareas domésticas siguen siendo asuntos de mujeres. Algunas mujeres son críticas al respecto (principalmente Eugenia, Micaela y Diana M.) y han decidido tomar acciones para contrarrestar la situación (negociar con sus parejas e intentar no reproducir estos patrones con sus hijos). Otras mujeres (como Verónica y Diana U.) se muestran cómodas con la situación pues consideran que es deseable que el hombre sea el proveedor y la mujer la cuidadora. Rocío, por su parte, está inconforme con la desigual carga de trabajo que hay en su hogar, pero pese a sus intentos, no ha logrado modificar la situación.

4.2.3. Desafío: honrar a la madre. “Al ser mamá he aprendido a ser hija”

Además de la importancia de la presencia del padre en la crianza de los hijos, hay otras figuras que influyen e intervienen en gran medida en la forma en la que las mujeres ejercen su maternidad, entre las que se encuentran sus propios progenitores. Así, la crianza que ha recibido una mujer seguramente influenciará la forma en la que ella críe a sus hijos, sin embargo, esta influencia no siempre es directa ya que se puede reproducir el patrón de crianza o revelarse a él. La madre es un modelo a seguir o al que contraponerse, o ambas cosas; sobre lo que no cabe duda es que es un referente para el propio desempeño.

Las madres se apoyan en distintos elementos durante el ejercicio de su maternidad y uno de los principales referentes es, sin duda, su propia madre. Como lo afirmó Chodorow (1984), las mujeres, en cuanto madres, producen hijas con capacidad y deseos de ejercer de madres. Sin embargo, esta relación madre-hija no es necesariamente simple, incluso Simone de Beauvoir

llegó a considerarla ambigua pues por una parte la madre busca “una doble”, pero por otra parte, se siente traicionada cuando se evidencia la diferencia de ese alter ego, “la madre impone a la niña su propio destino, lo cual es un modo de reivindicar orgullosamente su feminidad y también una manera de vengarse” (De Beauvoir 1969, 118).

La reproducción del ejercicio de la maternidad sucede mediante procesos psicológicos inducidos estructural y socialmente, en suma, la socialización de las niñas les prepara para maternar. A continuación, las narraciones de nuestras entrevistadas nuevamente dejan ver diferentes matices de un mismo fenómeno. En este caso, al analizar la relación que han mantenido con sus madres, muchos elementos salen a flote: gratitud, comprensión, competencia, reclamos, etc.

Entre las seis madres entrevistadas, Eugenia es la única que recuerda una relación positiva con su madre, que se haya sostenido de la misma manera, a lo largo de los años:

Mi mami es una figura súper importante en mi maternidad. Es una persona bastante calmada, ecuánime. Es la doctora, o sea, antes que al pediatra yo le llamo a ella y siempre trata de calmarme. Es una persona que tampoco se deja llevar mucho por la tradición. Por ejemplo mi suegra cuando yo daba a luz me decía: ¿si está comiendo la gallina?, ¿si le están dando chocolate?.. Solo me controlaba por teléfono. Pero mi mamá me decía: “si no quieres esto no importa, estate tranquila” y siempre me ha apoyado mucho. O sea mi mamá no es lo que uno se espera: la exagerada, la que te absorbe, la que te dice cómo hacer. Ella más bien nos ha dado a mis hermanas y a mí mucha libertad, mucho apoyo. Ella espera que se le llame para intervenir. No es de las personas que está todo el tiempo sobre los nietos o sobre los hijos. Lo que sí, por ejemplo, a veces juzga... y bueno, con un poco de razón tal vez, yo que sé, si mi esposo salía mucho antes con mi primer hijo. Ella me decía: “no te quedes en la casa o dile que él también se haga cargo del guagua” o sea me trataba de dar esos consejos y a mí, en realidad, no me molestaba que él salga. Pero, si nos daba unas pistas de: “cuidado y pierdas tu vida para que él pueda seguir viviendo la de él, asuman ambos...” Ha sido un gran gran apoyo mi mamá. Ahora también, era una de las personas a las que me tardé muchísimo en contarle que estaba embarazada porque ella sabía de mi situación matrimonial que estaba un poco mal y yo sabía que me iba a decir: ¿explícame cómo estabas mal y te embarazas? (risas) Porque ella se preocupa mucho del ambiente en el que están los guaguas, o sea me dice: “ustedes

pueden tener plata, o estar bien, o que bueno que trabajen pero verán que la ternura, el cariño, estar en la casa, los guaguas son felices solo por eso, no necesitan nada más”.⁵⁶

El caso más común, en cambio, es encontrar relatos que evidencian que cuando las hijas se convierten en madres sienten empatía con su madre y aceptan muchas de sus decisiones que antes parecían incomprensibles. Rocío, Diana U. y Verónica afirman haber tenido una relación problemática con sus madres durante su niñez y especialmente en la adolescencia, sin embargo, desde que sus hijos llegaron a su vida, su mamá se convirtió en una figura de apoyo y guía.

Al ser mamá he aprendido a ser hija. Le entiendo mucho a mi mami porque ella era súper estricta, por ejemplo, nunca nos mandaba a las pijamadas y nos exigía regresar pronto a la casa, pero ahora le entiendo perfectamente y creo que cuando mis hijos crezcan yo voy a ser igual que ella.⁵⁷

La relación nuestra, durante mi adolescencia, no fue tan buena. Ahora sí, porque nos llevamos bien y nos entendemos (...) Mi mami se quedaba en la casa. Ella fue siempre un respaldo para nosotros, en todo lo que es tareas, en cómo economizar, yo aprendí de ella nada de gabinetes, nada de uñas, una mujer sencilla, trabajadora igual que mi papá, pero ella no tenía su profesión, nos tenía a nosotros y estaba pendiente de lo que nosotros hagamos.⁵⁸

Fue sentirme niña de nuevo. A pesar de ser una adulta embarazada, me transformaba en la pequeña que llegaba a la casa. Cuando empecé a ser mamá, la amé mucho más que antes. Antes tal vez no me daba cuenta que la amaba, cuando te pones en los zapatos del otro hace que puedas encariñarte con esa persona. Entonces, me agradó muchísimo esa parte con mi mamá. También me dio un poco de miedo, pensar en el tiempo, en el tiempo que le queda a ella para disfrutar de mis hijas y en el tiempo que me queda a mí para disfrutar de ella. Se remueven muchas cosas.⁵⁹

Micaela en cambio comenta que las diferencias con su mamá existieron antes y después de la llegada de su hijo e incluso se incrementaron durante los primeros años de Matías. El hecho de que Micaela se convierta en madre durante su adolescencia, dio lugar a que su mamá ocupara un rol muy activo en la crianza de Matías. Según Micaela, debieron pasar muchos

⁵⁶ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

⁵⁷ Verónica Ochoa, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

⁵⁸ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

⁵⁹ Diana Urgilés, madre de familia, en entrevista con la autora, 6 de febrero de 2017.

años para que ella finalmente se empodere con su maternidad y pueda decidir sobre la vida de su hijo:

La relación con mi mami nunca ha sido buena, nunca. Siempre hemos chocado porque tenemos el mismo carácter, antes de embarazarme, después de embarazarme. Cuando yo di a luz, ella se impuso y me decía: “yo tuve tres hijas, yo sé.” Entonces peleábamos siempre por cosas así, por la crianza. Por ejemplo, a veces yo le digo al Mati: “tíende la cama” y ella viene y le da tendiendo. Siempre me dice: “no le hagas hacer al guagua, yo le doy haciendo.” O el Mati me dice que no quiere algo de comer y mi mami le hace un arroz con huevo y le da. Hasta ahora es así y siempre peleamos por eso. Ella dice que me va a dejar hacer las cosas a mí, pero nada.⁶⁰

Micaela siente además que su madre ha influido en cómo ella se relaciona sentimentalmente. Sus padres tuvieron una separación reciente que impactó negativamente en Micaela pues su papá (con quien mantiene una relación muy cercana) salió de la casa y Micaela considera que fue debido al excesivo control que su madre le imponía. Micaela comenta que a raíz de esa separación toda la familia está buscando sanación espiritual y que su madre ha tomado consciencia de la importancia de ser un buen ejemplo para sus hijas:

Ella dice: “yo quiero sanarme porque no quiero que ustedes sigan mi ciclo.” Y realmente era así, yo siento que mi relación con el papá del Mati era así, yo también dependía mucho de él y lloraba todo el tiempo. Pero mis hermanas sí están cambiando un poco eso.⁶¹

Diana M. también reflexiona sobre la relación compleja que ha mantenido con su madre. Si bien ella siente mucha gratitud y cariño, considera que las circunstancias en la que su mamá cuidó de Diana y sus hermanos no fueron las mejores y eso, sin duda, tensionó su relación constantemente.

Mi mamá me tuvo a mí y nunca se casó con mi papá, después se casó con mi padrastro y les tuvo a mis dos hermanos, 5 años después de casada, mi padrastro se fue a EE.UU. entonces mi mami vivió su maternidad prácticamente sola. Mi madre es genial, le debo mucho a ella, pero es muy dura. Ella no toma mucho en cuenta los sentimientos, te dice las cosas como le parecen y ya. O sea, la educación sexual de mi mamá era: “verás, ¡cuidado te vayas a embarazar!”

⁶⁰ Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

⁶¹ Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

(risas) Mi mami también me tuvo muy joven a mí, cuando tenía 19 años y siempre me decía: “No hagas lo que yo hice.” Pero no me explicó por qué. Siempre le agradezco que le haya criado a mi hijo mientras yo estudiaba y trabajaba, pero no fue todo color de rosa, ella me decía: “ya no quiero verle a tu hijo” y yo me tenía que aguantar todo. Yo no podía renegar nada porque yo dependía de ella. Así, por ejemplo, yo por mi espalda no podía lavar la ropa porque me dolía mucho, entonces mami tenía lavadora y yo usaba. Y mi mami me decía: “tienes que pagarme del Deja o del agua.” Y yo no tenía plata para pagarle. Esas cositas me cargaban horrible. Yo por ejemplo nunca podía hacer un trabajo en grupo o si me quedaba en la universidad media hora sacando copias, esa media hora significaba una terrible hablada en la casa: “mira la hora que llegas, por qué te demoras, vos crees que una no está cansada”... y así.⁶²

Después de conocer la percepción que cada una de las mujeres entrevistadas tiene con respecto a la relación con su madre, concordamos con la afirmación que hace varias décadas hacía Elisabeth Badinter (1981, 14): “El amor maternal es solo un sentimiento humano. Y es, como tal, incierto, frágil e imperfecto. Tal vez no esté profundamente escrito en la naturaleza femenina”.

En ese sentido, Simone de Beauvoir (1969) también afirmaba que si bien hay mujeres realizadas que pueden criar a sus hijos con amor y brindarles un entorno adecuado, hay mujeres que transfieren a sus hijos todas sus frustraciones. Pensamos, entonces, en el relato de Eugenia que grafica una relación positiva con su madre quien, al igual que su hija, se desarrolló profesionalmente en una carrera docente exitosa. Este relato se contrapone con la experiencia de Diana M. o de Micaela, cuyas relaciones con sus madres fueron ambiguas, cargadas de tensión y apoyo, simultáneamente. En términos de las pruebas de la maternidad, no todas las mujeres logran superar el desafío de consolidar una relación cercana con su madre.

Sin embargo, en el caso de Diana M., es imprescindible prestar atención a las condiciones socioeconómicas en las que su madre la crio a ella y a sus hermanos, ya que las carencias económicas fueron constantes y las tareas domésticas, abundantes. Así, aunque actualmente la concepción de cuidado incluya los elementos emocionales y relacionales de estas tareas, es

⁶² Diana Medina, madre de familia, en entrevista con la autora, 3 de abril de 2017

preciso no restarle importancia a los trabajos materiales (por ejemplo, lavar la ropa) ya que su importancia puede implicar que sean una precondition para que el cuidado ocurra.

Finalmente, vemos que la reproducción de los patrones de crianza puede ser inmediata, pero que también existe la posibilidad de revelarse a ellos. En una investigación desarrollada en Colombia (Puyana 2013) sobre los cambios y permanencias en los estilos de maternidad y paternidad, se establecieron tres tendencias: tradicional (reproducción de formas de ser padre o madre), transición (formas cambiantes y contradictorias de asumir la paternidad y maternidad) y ruptura (incorporación de elementos innovadores, con respecto a los progenitores).

Podemos considerar entonces, a partir de sus narraciones, que las mujeres participantes de esta investigación se ubican en distintas tendencias. Verónica se inscribe en la tendencia tradicional (entendida en el sentido de seguir las tradiciones) pues ella afirma que busca ejercer una maternidad de la misma forma que lo hizo su madre. Rocío y Diana U. muestran conductas de transición pues, simultáneamente, introducen nuevas prácticas y representaciones en su forma de ser madres (por ejemplo, considerar apropiado que las mujeres trabajen fuera de casa, que contraten a otras, etc.) y conservan ciertos elementos de sus progenitores (consideran que la madre es la principal responsable del cuidado de los hijos y de su bienestar emocional). Finalmente, consideramos que Micaela, Eugenia y Diana M. se aproximan a la tendencia de ruptura pues, por ejemplo, han afirmado tajantemente no querer reproducir ciertas prácticas (machismo, clasismo, racismo) con las que ellas fueron criadas. A diferencia del estudio realizado en Colombia por Puyana (2013), en Cuenca no podemos identificar la tendencia conservadora con clase social baja y la tendencia de ruptura con clase social alta. Tampoco se asocia directamente con la edad de las madres, si bien esto requeriría de un estudio más amplio. Sin embargo, hallamos una coincidencia que llama la atención: tanto Verónica, como Rocío Diana U., ubicadas en las tendencias conservadoras y de transición, asistieron al mismo colegio privado, católico, femenino, muy tradicional en Cuenca (*Las Catalinas*). Por el contrario Eugenia, Micaela y Diana M., ubicadas en la tendencia de ruptura, estudiaron en colegios fiscomisionales y fiscales (*La Asunción* y *Manuela Garaicoa*). Consideramos que existe una relación entre la de educación católica de ciertos colegios femeninos y la disposición de las alumnas a reproducir y mantener los roles tradicionales de género (mujer-cuidadora, hombre proveedor).

4.2.4. Red femenina de apoyo a la maternidad

Al hablar de maternidad frecuentemente se menciona la soledad que puede resultar de dedicarse a criar niños y alejarse de los círculos sociales que antes se frecuentaban. Incluso cuando la madre sigue trabajando, generalmente renuncia a sus actividades de ocio por las exigentes demandas de sus hijos. Frente a esto, aparecen experiencias que evidencian que la maternidad puede ser asumida de forma más llevadera si se cuenta con una red de apoyo.

Eugenia y Rocío manifiestan haberse aislado de sus amistades durante su maternidad y es algo de lo que se arrepienten. Además del apoyo de su familia, no existieron otras personas que acompañen el crecimiento de sus hijos y con quienes ellas puedan compartir todos los cambios que experimentaban: “Yo lo único que me podría, yo misma, reprochar es no darme la oportunidad de tener un grupo de amigas, alguien con quien salir a tomar un café. Cuando tengo un problema no tengo a quien recurrir”.⁶³

Diana U., por su parte, rompe con el estereotipo de la mala relación suegra-nuera y reconoce que la presencia de la mamá de su esposo fue y continua siendo de gran ayuda para la familia pues, por ejemplo, todos los días su esposo e hijas almuerzan en la casa de su suegra. Además, señala nuevamente que no siempre debe ser la mamá con quien las personas se sientan más cómodas: “Mi suegra es un amor, me mimaba, me cuidaba. Mi mamá, porque viene de una tradición diferente, desesperada porque no tomaba agüita de ni sé qué, porque salía a trabajar y no descansaba, o sea siempre estaba ahí, presente, como encima”.⁶⁴

Verónica, en cambio, valora y agradece la presencia de su familia en la vida de sus hijos y considera que son ellos los únicos a quienes podría confiarles el cuidado de Rafaela y Miguel Andrés:

Realmente a mis guaguas nunca les dejo solos con nadie extraño. A veces con mi mami, otras veces con mi suegro, pero nunca con extraños. Los fines de semana visitamos a nuestras familias, a veces a mis papás, otras veces a mi suegro. En realidad nosotros somos bastante de estar en familia. Por ejemplo, como te contaba, mi esposo importa productos automotrices y tiene la importación exclusiva para toda Sudamérica, le va muy bien pero podría irle muchísimo mejor si no fuera por este gobierno y todos los impuestos a las importaciones,

⁶³ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

⁶⁴ Diana Urgilés, madre de familia, en entrevista con la autora, 6 de febrero de 2017

entonces hemos pensado que si salimos del país, económicamente nos fuera mucho mejor, pero nunca hemos tomado la decisión, justamente por nuestras familias.⁶⁵

En el caso de Micaela, la existencia de una red de apoyo en la crianza de Matías fue fundamental pues las tareas de cuidado se han repartido entre, al menos, 5 o 6 personas y esto ha permitido que Micaela no sienta la presión o el agotamiento que frecuentemente aparece en los relatos de otras madres.

Él ha sido el único nieto, el único varón en la casa, él es todo para mi mami, mi papi y mis hermanas. Todo. Ellos le han cuidado siempre para que yo pueda seguir con mi vida. Ahora me doy cuenta que no era responsabilidad de ellos. Justo ayer que conversaba con la tía del Mati, por parte del papá, ella me dice que el Israel le dice: “vendrás pronto que tienes que verle al Matías porque yo voy a salir” y me dice: “Mica no es mi hijo” y ahí me doy cuenta que uno pone cargas en las otras personas.⁶⁶

La maternidad y, principalmente, los primeros años de crianza son etapas muy demandantes para las madres, por lo que es recomendable contar con ayuda externa. Además del involucramiento del padre de los niños, diversas figuras aparecen para apoyar la maternidad, física y emocionalmente. Como hemos visto, en la gran mayoría de casos, estas redes de apoyo están conformadas por mujeres (remuneradas o no). De aquí la importancia de visibilizar la crianza como un asunto público que compete a los ciudadanos y que trasciende a la esfera doméstica.

4.3. Recapitulando

A través de las historias de vida de seis mujeres cuencanas hemos buscado comprender la construcción social de las maternidades en Cuenca y evidenciar las tensiones que surgen en este proceso. Para esto, hemos definido a las pruebas estructurales de la maternidad como la herramienta metodológica idónea, por ser elementos social y culturalmente significativos y por permitirnos vincular las experiencias particulares con las estructuras sociales. En este capítulo hemos abordado un primer conjunto de pruebas.

⁶⁵ Verónica Ochoa, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017

⁶⁶ Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017

La primera gran prueba de la maternidad que analizamos fue superar la experiencia corporal. Vimos que los desafíos del embarazo, parto o lactancia, a pesar de desarrollarse en el cuerpo de las mujeres, tienen altas cargas sociales y culturales. Esto genera que las mujeres, entre diversas opciones que existen para llevar su embarazo, su parto o su lactancia, se vean avocadas a hacerlo de formas determinadas.

En Cuenca, la maternidad continúa siendo una aspiración y alternativa atractiva para las mujeres de clase media y la forma ideal de empezar la maternidad está claramente establecida: después del matrimonio (civil y eclesiástico) y, mejor aún, si la mujer ha terminado o está por terminar su carrera universitaria.

Evidentemente, muchas veces el embarazo no se da en estas circunstancias y esto influye, en gran medida, en cómo las mujeres manejan su maternidad: si el embarazo estuvo en sus planes hay mayor involucramiento en la crianza, y si no lo estuvo, existe mayor reticencia a abandonar proyectos personales en pro de la maternidad.

El parto es un momento crucial si buscamos comprender la intersección entre el género, la clase social y la etnicidad. Vimos que, además de los malestares físicos propios del alumbramiento, las condiciones se podían volver más o menos complicadas en función de la capacidad económica de la mujer que esté dando a luz. Además, la conservación de tradiciones y prácticas ancestrales en el parto y posparto es más fuerte, cuanto más identificada esté la mujer con sus raíces indígenas.

La segunda gran prueba de la maternidad que establecimos, como eje de este análisis, es la necesidad de entablar relaciones “apropiadas”. Es decir, consideramos que existe un ideal subyacente a la forma en la que las madres se relacionan con sus hijos, con sus parejas y con sus propias madres, basado en una supuesta constancia e incondicionalidad del amor. Las tensiones surgen cuando las relaciones no encajan en este ideal. Así, por ejemplo, con respecto a la relación con los hijos, el hecho de que todas las madres consideren importante pasar tiempo con sus hijos no implica que este tiempo sea siempre placentero o agradable. En esta misma línea, hallamos que una de las principales preocupaciones de las madres de clase media en Cuenca (si no, la más importante), tiene que ver con el éxito académico de sus hijos. Esto se explica por la competitividad propia de las sociedades contemporáneas, y

además, porque muchas madres consideran que los triunfos o fracasos de sus hijos, denotan si ellas han aprobado o reprobado las pruebas de la maternidad.

Con respecto a la relación de pareja, encontramos que la maternidad cumple una función ambigua en la misma: por un lado, se crea un vínculo fuerte entre los padres, pero, al mismo tiempo, las tensiones que se generan al distribuir las tareas domésticas y de cuidado pueden afectar a la relación. Efectivamente, esta repartición de tareas es, generalmente, conflictiva y no fluye “naturalmente”.

El divorcio o la separación, como opción, no aflora en la mayoría de entrevistas. Dos mujeres no han mencionado tener problemas de pareja (Verónica y Diana U.) y aunque las 4 mujeres restantes sí reconocen tener diferencias con sus parejas, únicamente Eugenia y Micaela han contemplado la separación como una opción real (lo que finalmente sucedió entre Micaela y el padre de su hijo). En suma, el divorcio o la monoparentalidad no son situaciones deseables para las madres cuencanas de clase media.

Además, el machismo es una realidad innegable en las interacciones entre los cuencanos y determina, en gran medida, cómo las mujeres asumen su maternidad. La repartición de tareas domésticas y de cuidado, la posibilidad de que la madre se desarrolle profesionalmente e, incluso, la planificación familiar, son asuntos cotidianos que evidencian la presencia del machismo como sentido común que se transmite de generación en generación en muchas familias cuencanas.

Finalmente, analizamos la relación de la madre con su propia madre pues consideramos que ésta tiene una importancia singular en cómo una mujer vive su maternidad, al constituirse en un referente tanto para reproducir sus prácticas de crianza, como para oponerse a ellas. De las narraciones concluimos que, efectivamente, el amor materno no está grabado en la naturaleza femenina y no se manifiesta de manera uniforme, sino que corresponde a las circunstancias económicas, sociales y culturales en las que tenga lugar la crianza.

Como último punto, analizamos la presencia de redes de apoyo a la maternidad y observamos que generalmente éstas están conformadas por mujeres en relaciones remuneradas y no remuneradas, intergeneracionales. De ahí manifestamos la necesidad de continuar el trabajo para la erradicación de estereotipos que naturalizan el trabajo de cuidados como un asunto

femenino y que, amparados en una matriz machista, delega las labores domésticas a las mujeres y, más aún, a aquellas racializadas y empobrecidas. Sobre esto profundizaremos en el siguiente capítulo.

Capítulo 5

Las pruebas de la maternidad II: definir un proyecto de vida personal y cumplir los criterios sociales según los cuales se evalúa la maternidad

Introducción

La construcción social de la maternidad en Cuenca ha establecido un tipo hegemónico de maternidad ideal o una forma de ser *buena madre*. Este ideal (construido con características específicas) actúa, por un lado, definiendo la maternidad apropiada y, por el otro, excluyendo a todas las formas de ser madres que no encajen en este modelo tan específico. Entremedias, existe una zona amplia donde se ponen en juego visiones que nunca aciertan a cumplir fielmente los modelos ideales. Las expectativas, deseos, frustraciones y satisfacciones de las madres se gestan en torno a este ideal.

Para conocer el proceso de construcción social de la maternidad en Cuenca y el establecimiento de la maternidad hegemónica, analizaremos la tercera y cuarta prueba de la maternidad: definir la maternidad en relación a un proyecto general de vida y cumplir los criterios sociales según los que se evalúa el ejercicio de la maternidad, respectivamente. El análisis de las pruebas de la maternidad mantiene un enfoque interseccional transversal, es decir, en todos los relatos se presta atención a la articulación entre el género, la clase social y la etnicidad, allí donde resulta relevante.

La definición de la maternidad en relación a un proyecto general de vida, entendida como la tercera prueba de la maternidad, analiza las esferas académicas, laborales y domésticas en las que las mujeres actúan y recoge las tensiones que se generan entre estas dimensiones o ámbitos de la vida social de las mujeres madres. Además, el análisis de estos asuntos nos permite bosquejar la organización social del cuidado en Cuenca.

Cumplir los criterios sociales según los que se evalúa la maternidad, es la cuarta y última prueba, la cual será analizada a partir de las responsabilidades que las mujeres tienen como madres y de los distintos requisitos “formales” que las mujeres deben cumplir para aprobar esta prueba. De esta manera, trazamos las características de la maternidad hegemónica en la ciudad (compuesta por elementos etarios, civiles, religiosos y económicos, muy específicos) y proponemos una caracterización de distintas formas de ser madre, hoy, en Cuenca.

Finalmente, analizamos las formas en las que las mujeres salen de cada una de las pruebas, es decir, las consecuencias de enfrentarse al ideal de *buena madre* y aprobar o reprobado cada uno de los desafíos. Como veremos, la importancia de deconstruir modelos rígidos e involucrar a distintos actores sociales, son requerimientos imprescindibles para que la maternidad empiece a ser gozada y deje de ser sufrida como una cuestión solitaria o como algo que corresponde únicamente a las mujeres.

5.1. Prueba 3: Definir la maternidad en relación a un proyecto general de vida

Pensar la individuación de las madres, es decir, cómo se constituyen en actores sociales al superar los desafíos estructurales (como el machismo, el clasismo o el racismo), implica considerar qué tipo de actor social desean ser. ¿Qué quieren hacer las madres cuencanas? Y ¿Cuáles son sus posibilidades reales de lograr sus aspiraciones? Estas interrogantes nos direccionan a abordar los desafíos que se generan cuando las madres intentan definir su proyecto de vida.

La dinámica actual de las ciudades, en un marco de un capitalismo globalizado, imprime una serie de requerimientos para hombres y mujeres. En el caso particular de las madres cuencanas de clase media, conseguir una carrera universitaria y participar de la fuerza laboral, son demandas sociales y aspiraciones personales absolutamente vigentes. Paralelamente, aún es socialmente deseable que la mujer contraiga matrimonio y se reproduzca. Los dilemas aparecen al buscar conciliar la vida familiar y laboral. Además, la tensión aumenta si se evidencia que una de las dos esferas está tomando protagonismo y se rompe con el tan anhelado equilibrio.

Elisabeth Badinter (2010) señalaba que actualmente, cuando la plenitud personal a través de la consecución de una carrera profesional es la motivación dominante, las madres experimentan contradicciones muy fuertes, producto de una sociedad meritocrática que aún mantiene notables desigualdades estructurales. Sobresale la contradicción de corte social, pues mientras muchas personas aún consideran a la maternidad como la máxima realización femenina, hay un ideal de mujer que debe triunfar profesionalmente. Esto, a su vez, genera una contradicción interna en cada mujer que no puede “fundirse” con la madre, es decir, la angustia que genera el sentirse dividida entre el amor por el hijo y sus deseos profesionales en mercados de trabajo muy demandantes que no consideran la desigual carga de trabajo según el género.

Estas contradicciones son fruto de las sociedades contemporáneas en donde las personas cuestionan los mitos universales, las tradiciones e instituciones que anteriormente eran inobjetable. Así, se produce una individualización en la que el ser humano se desliga de los modelos tradicionales, de los controles ajenos y de las leyes morales generales, y lo que importa es la acción y decisión de cada individuo. Esta concepción del sujeto en tanto individuo se despliega en el trasfondo de las sociedades capitalistas generando un “hombre económico” fuertemente generizado. En este escenario que genera una ilusión de libertad, decisión y proyecto individual, la vida de las personas se concentra en satisfacer las necesidades de un mercado laboral que a pesar de apoyarse secretamente en relaciones de interdependencia trata a los actores como sujetos individuales, de uno en uno. La forma en la que los individuos construyen su propia existencia es a través del mercado laboral, de la formación y de la movilidad y, si fuera necesario, en detrimento de las relaciones familiares, amorosas y vecinales. Pues, como bien afirman Beck y Beck-Gerheim (2001), el modo de vida ideal, conforme con el mercado de trabajo, es la persona individual y totalmente móvil que, sin tomar en consideración los vínculos y las condiciones sociales de su existencia y de su identidad, se convierte a sí mismo en una fuerza de trabajo flexible.

Sin embargo, aquí es necesario considerar que la vinculación de los hombres y las mujeres con el mercado ha sido históricamente distinta en sus opciones y conducta. Las mujeres son quienes han realizado la mayor parte del trabajo no remunerado (agricultura de subsistencia, tareas domésticas, trabajo voluntario, etc.) y las normas que rigen el mercado laboral, por ejemplo maximizar las ganancias, no necesariamente rigen en las esferas del trabajo no remunerado, donde las motivaciones pueden ser el amor, altruismo, costumbres o creencias religiosas (Benería 1999).

Considerando las características particulares de las aspiraciones personales contemporáneas, a continuación analizaremos diferentes esferas de la vida de las madres cuencanas: su vida académica, sus experiencias laborales y la presencia que han tenido en la crianza de sus hijos y en las tareas domésticas. El análisis de estas esferas nos permite dimensionar los elementos que intervienen cuando las madres arman su proyecto de vida y cómo la existencia de ciertos factores como el apoyo de una empleada doméstica, la presencia de una red familiar, o la estabilidad económica, pueden ser determinantes al momento de hacerlo.

5.1.1. Desafío: desarrollarse académicamente. “La casa, los hijos, estudiar... ¿es imposible alcanzar!”

Las seis madres que participaron de esta investigación cuentan con un título académico de tercer nivel (Eugenia incluso recientemente concluyó una maestría), sin embargo, el camino recorrido para culminar una carrera universitaria, presenta particularidades sobre las que vale la pena detenerse.

Diana U. concluyó su carrera como psicóloga clínica antes del nacimiento de sus hijas, por lo que no tuvo mayores complicaciones al respecto. Actualmente se pregunta cómo hacen las mamás que estudian y trabajan, porque lo considera un escenario realmente exigente. En este sentido, Diana U. apunta que los típicos consejos que se dan a las mujeres sobre terminar la carrera y luego embarazarse, tienen una razón de ser muy válida.⁶⁷

Micaela, por su parte, pese a haber tenido un embarazo temprano, contó con el apoyo de su familia para poder asistir a clases y graduarse como Ingeniera Ambiental en la Universidad de Cuenca (conocida por su exigencia académica): “Estudí la Universidad durante la niñez del Mati. En la mañana le cuidaba mi una hermana y en la tarde la otra. Logré graduarme y me siento feliz. Mi papi me ha dicho que se siente orgulloso de mí”.⁶⁸

El caso de Micaela nos permite vislumbrar cuán importante puede ser contar con ayuda en la crianza de los hijos. Micaela reconoce que, de no haber sido por la presencia constante de sus padres y hermanas, ella no hubiera culminado ni el bachillerato, menos aún la universidad. El relato de la vida universitaria de Micaela muestra una valoración bastante positiva pues ella pudo vivirla como cualquier otro estudiante: “Mi papi hasta me pedía que me vaya a las fiestas de la U., me decía que no debo dejar de vivir lo que viven las chicas de mi edad. Y ellos se quedaban con el Mati para que yo pudiera salir”.⁶⁹

Verónica terminó de cursar las asignaturas de Comunicación Social en la Universidad de Cuenca, justo antes de casarse. Después del matrimonio, vinieron los hijos y pasaron 5 años para que Verónica termine su tesis de grado y pueda titularse. Casualmente, durante la misma semana de mayo de 2017, Verónica recibía su diploma profesional y aparecía en la revista

⁶⁷ Diana Urgilés, madre de familia, en entrevista con la autora, 6 de febrero de 2017

⁶⁸ Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

⁶⁹ Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

Hogar como personaje por el día de la madre. Ella demuestra sentirse más complacida con su reconocimiento en la revista que con su logro académico, pues afirma que: “El mejor título que puede tener una mujer es el de mamá. Me gradué a los 30 y no me importa que la carrera se haya hecho un poco larga. Lo importante era no descuidar a mis hijos”.⁷⁰

Vemos, en el caso de Verónica, que hay una confrontación directa al ideal de madre actual que triunfa profesionalmente. Simone de Beauvoir, hace varias décadas, afirmaba de forma tajante que para que una madre pueda sentirse realizada debe hallar satisfacción en su trabajo y en sus relaciones con la colectividad. Haciendo caso omiso a estos supuestos, Verónica muestra una clara predilección por su tiempo y presencia en la crianza de sus hijos y dice sentirse plenamente realizada.

Los relatos de Eugenia, Rocío y Diana M. nos muestran la otra cara de la moneda: ellas vivieron muchas tensiones al buscar rendir académicamente y cumplir sus responsabilidades maternas. Sus experiencias reflejan que muchas veces no basta solo con el deseo de superarse académicamente, sino con reunir las condiciones externas necesarias para hacerlo.

Eugenia cursó su maestría cuando sus hijos tenían 4 y 8 años y mientras seguía trabajando. Las responsabilidades de Eugenia aumentaron significativamente pues además de su trabajo en las mañanas y de las tareas domésticas y de cuidado que hacía en las tardes, debía cumplir con clases y deberes de la maestría. Lo curioso es que la dinámica familiar no se modificó seriamente pues Eugenia sacrificó muchas horas en las noches y en las madrugadas y renunció a cualquier actividad de ocio durante los dos años que duró la maestría. Su esposo no asumió más responsabilidades y sus hijos tampoco sintieron la ausencia de su mamá pues ella continuaba pendiente de todos. Vemos como en situaciones de cambios en la dinámica familiar, generalmente es la mujer quien adopta más trabajo y sacrifica su tiempo personal de descanso y ocio.

Por su parte, Rocío empezó su carrera universitaria cuando su hija tenía 4 años y era consciente de que no se encontraba en las mismas circunstancias que un estudiante sin hijos:

⁷⁰ Verónica Ochoa, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

Al ir a la Universidad yo quería demostrarles a mis papás que todo lo que ellos hicieron valió la pena. Porque siempre fui la hija que iba un poco más lento que las hermanas, ellas siempre fueron buenas estudiantes, yo era la que sacaba malas notas, la que reprobaba. Mi propósito era estudiar como sea, y esa era la única opción. Yo tenía una hija, un trabajo, no podía ir a la Universidad estatal a estudiar de mañana todo el tiempo. ¿Quién le iba a ver a mi hija? ¿Cómo iba a trabajar?.. en la UDA (*Universidad del Azuay*) era más flexible, íbamos los sábados de 7 a 1 y en vacaciones, todos los días de 7 a 1.⁷¹

Obtener un título universitario era muy importante para Rocío y ella lo considera como un triunfo personal. En su historia es importante observar cómo la maternidad hizo que ella se sintiera con una desventaja competitiva en el campo académico que pudo ser superada únicamente gracias a la existencia de programas de estudios alternativos y flexibles. Sin embargo, estas alternativas tienen un costo económico pues generalmente son privadas y, en consecuencia, no están al alcance de la mayoría de las madres.

Diana M. considera que terminar una carrera universitaria se convirtió en uno de los retos más grades de su vida porque intentó en tres carreras diferentes hasta conseguir su título. Antes de embarazarse, Diana M. estudiaba Administración de Empresas, en segundo año Diana se embarazó, se casó y empezó a sentirse desmotivada de la carrera, tenía muchas molestias físicas por el embarazo y decidió abandonar sus estudios. Por un tiempo pasó en la casa cuidando de su hijo recién nacido y encargándose de las tareas domésticas, pero siempre tenía en mente el deseo de estudiar. El siguiente año lectivo Diana empezó la carrera de Diseño, y esta vez la motivación y el buen desempeño abundaban, pero pronto surgieron complicaciones:

Me decidí a estudiar diseño, mi hijo ya estaba un poquito más grande, hablé con mi mami para que me apoye cuidándole a mi hijo y me dijo que sí. Pero ella siempre súper fuerte, súper dura y fue un tira y jala... me decía: “¡no llegas pronto!” y yo salía corriendo de clases. Me decía: “tu hijo hizo esto y el otro...”. Y otro problema de estudiar diseño es que se necesitaba bastante dinero y los deberes eran bastante largos. Entonces yo estudiaba en la tarde y se suponía que la mañana era para encargarse de la casa, cuidarle a mi hijo y hacer los deberes. El único problema es que ¡es imposible alcanzar!.. de tarde me iba a la universidad y regresaba tipo 9 de la noche a dormirle a mi hijo, a encargarme de las cosas de la casa y a hacer deberes. Casi siempre me acostaba a las 3am. Y ya no podía más. Entonces Daniel y mi Mami me

⁷¹ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017

dijeron que me estaba haciendo daño, que ya no querían que yo siga así, no les gustaban los horarios y no quisieron seguirme apoyando, entonces al final del primer ciclo me tuve que salir. Me sentía mal, era mi segundo intento, los profes me llamaron, me decían: “Dianita no salga, usted es buena para esto, siga estudiando.” Pero claro, nadie entendía la lógica que yo vivía puertas adentro. Y en esa época, Daniel también muy cerrado, muy muy machista. Yo priorizaba deberes a estar lavando ropa y esas cosas y a él no le gustaba. Uno no entiende esa dinámica de recién casada, es súper fuerte y te ves a todo terreno, mi hijo estaba chiquito, yo sin carrera... me sentía perdida.⁷²

El relato de Diana M. está cargado de angustia. La educación universitaria era realmente importante en el proyecto de vida que ella había trazado y sentía que, a causa de su maternidad, su meta cada vez se hacía más lejana. Diana M. comenta que durante su niñez pasó muchas privaciones económicas pues su madre no tenía una profesión ni un trabajo fijo y su papá migró a los Estados Unidos y formó una nueva familia. Por esto, Diana M. siempre se decía a sí misma que la única opción para romper ese círculo era estudiando. Desafortunadamente, en los primeros años de su matrimonio, su esposo se transformó en un obstáculo más que en un apoyo.

El caso de Diana M. es un reflejo de una distribución inequitativa de las tareas domésticas y de cuidado. En el estilo de vida de esta familia, era preferible que Diana abandone sus anhelos más profundos, en lugar de una participación más activa de su esposo en la crianza. Las metas académicas que Diana se trazó tenían un doble componente: mejorar su situación económica a través de oportunidades laborales y demostrar a las personas de su entorno su capacidad. En realidad, la maternidad no era la causa exclusiva por la que Diana no podía estudiar, sino la inexistencia de ayuda externa en la que ella pudiera apoyarse.

5.1.2. Desafío: decidir quedarse en casa (¡Yo no le voy a dejar sin mamá a mi hijo!) o salir a trabajar (“Quería darle un helado y no podía”)

Continuando en la línea de la contradicción social entre la maternidad y la realización profesional, analizaremos al trabajo como desafío común entre las madres cuencanas. La importancia de que las mujeres trabajen asalariadamente se ha defendido desde distintas corrientes del feminismo, por ejemplo, desde el denominado feminismo de la igualdad (De Beauvoir 1969) o desde la economía feminista que sugiere que un trabajo asalariado otorgaría

⁷² Diana Medina, madre de familia, en entrevista con la autora, 3 de abril de 2017

a la mujer autonomía monetaria, mayor poder de negociación y más control sobre sus vidas (Benería 1999). Sin embargo, los dilemas, tensiones y contradicciones generados en la búsqueda de la conocida “conciliación” no han sido lo suficientemente expuestos y analizados. Las bases de ésta son, no tanto que el empleo se adapte a los requerimientos familiares sino que estos últimos se amolden a los imperativos determinados por el mundo del trabajo asalariado. Las historias de vida de madres profesionales nos dan una muestra de las encrucijadas cotidianas que viven estas mujeres.

En primer lugar, conseguir un empleo suele ser más complicado si la mujer está embarazada o tiene hijos; Eugenia experimentó esta dificultad pese a haberse graduado con honores en la Universidad. Eugenia comenta haber vivido su primer embarazo con felicidad pues se dio en las circunstancias ideales (dentro del matrimonio y después de terminar la carrera) y esto le dio una visión idealizada de la maternidad, sin embargo, esto cambió pronto: “Empecé a pedir trabajo y vi muchas instituciones educativas que me decían: "si está embarazada, no." Entonces ahí comencé yo a tener otra lectura de la maternidad, esta lectura fea de "ya se acabó la fantasía".⁷³

Pero incluso si, por diversas razones, las mujeres logran tener buenas oportunidades laborales, eso no implica que las vayan a aceptar inmediatamente, pues hay mucho en juego. Verónica nos da un ejemplo de aquello:

Recién me llamaron del Partido Social Cristiano a ofrecerme una candidatura para Asambleísta del partido. Al comienzo me llamó la atención la propuesta y se lo conté a Miguel, él me dijo que me apoyaba en lo que decida pero que piense bien si es lo que realmente quiero, entonces me puse a pensar que ese trabajo implicaba viajar mucho, ir a reuniones y mis bebés son pequeños todavía, entonces dije que no. Además sentía que me buscaban por mi imagen y que yo debía prepararme más.⁷⁴

La anécdota de Verónica deja dos asuntos para puntualizar desde el enfoque interseccional con el cual leemos las historias de vida. La pertenencia a una clase social media alta cuencana le permitió a Verónica ser tomada en cuenta para un cargo de esta magnitud, por los contactos y relaciones que se entablan en estos círculos. Además, debemos recordar que, hace unos

⁷³ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

⁷⁴ Verónica Ochoa, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

años, Verónica ganó el certamen de belleza más importante de la ciudad. Este certamen (*Reina de Cuenca*) se caracteriza por reunir a jóvenes de clases medias altas y valorar determinados rasgos físicos, muy apreciados entre los sectores blanco mestizos. Cabe mencionar que de forma paralela se celebra en Cuenca la elección de la *Chola Cuencana*, evento en el cual participan mujeres indígenas de clases populares. En este contexto, es interesante pensar cómo las condiciones de clase social y etnicidad se han articulado permitiendo que Verónica tenga grandes oportunidades laborales y el hecho de que ella reconozca que la han llamado “por su imagen” nos deja ver la presencia real de estos factores en la sociedad cuencana. Por otra parte, el hecho de que Verónica haya dicho que no a la propuesta, evidencia su preferencia por dedicarse a la crianza de sus hijos, frente a su desarrollo profesional, en este momento (debemos considerar que estos dilemas no son dicotómicos, sino coyunturales, es decir, responden a las dinámicas familiares y sociales). Actualmente Eugenia experimenta una situación similar. A sus 35 años siente que está afianzada en su trabajo como docente de secundaria y su objetivo era crecer profesionalmente y ser catedrática universitaria, para lo que se preparó haciendo una maestría, sin embargo, al estar nuevamente embarazada, los planes cambiaron:

Yo estaba queriendo cambiar mi campo laboral y esta vez yo mismo me dije “no”, ya no esperé que las universidades u otras instancias me lo digan. Conversamos con mi esposo y yo le dije: así me llamen este rato de los lugares en los que he puesto carpetas, yo no le voy a dejar sin mamá a mi hijo.⁷⁵

Eugenia sabe que con su preparación académica y experiencia laboral podría aspirar a un trabajo con mejor paga. Hace algunos años, durante 6 meses, ella consiguió un trabajo como docente universitaria por las tardes, y continuaba trabajando en el colegio por las mañanas, sin embargo, pese al notorio beneficio económico, el ritmo de vida se volvió insostenible: “yo siempre estaba cansada, no podía comer en la casa y engordé mucho, los guaguas me extrañaban y no resistí más”.⁷⁶

Las experiencias de Verónica y Eugenia muestran cómo muchas veces la opción de progresar profesionalmente no siempre es factible para muchas madres. Ante las altas demandas del mercado laboral, y en otros casos, la precarización de los trabajos en los que están las

⁷⁵ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

⁷⁶ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

mujeres, muchas de ellas prefieren regresar a las esferas domésticas en donde tienen mayor libertad y control de su tiempo para poder compatibilizarlo con la atención a sus hijas e hijos. Rocío, por su parte, es consciente de las renunciaciones que se deben hacer para poder tener una carrera profesional exitosa. La sala en la que se desarrolla esta entrevista está repleta de diplomas y reconocimientos que Rocío ha recibido como bailarina, maestra y difusora de la cultura cuencana. Ella siente orgullo de su trabajo y considera que fue una buena decisión haberlo priorizado, no solo por los reconocimientos, sino por la libertad económica que éste le ha otorgado.

Sí me faltó compartir tiempo con mis hijos, pero es necesario que los dos padres trabajen, es bueno, no solamente por la economía sino porque la mujer tiene que demostrar las capacidades y cualidades que tiene, tiene que tener su espacio, tiene que saber que si es que hizo algo bien también se siente felicitada, reconocida en el trabajo. En cambio en la casa, nadie le reconoce. Mi mamá me dice: “mijita es que las paredes no te agradecen.” Además, nosotros nunca hemos hecho una cuenta en conjunto. Mi dinero, tu dinero. Entonces, vamos a comprar la casa, perfecto, tu pon la mitad, yo la otra mitad. Yo no toco su dinero y el no toca el mío. Me parece bien llevar las cuentas así, porque yo podía ir y comprar cualquier cosa y si él sabe o no sabe cuánto me costó, no importa, porque es mi trabajo y me puedo dar ese gusto.⁷⁷

Así como, para Verónica y Eugenia, la maternidad era un asunto fundamental en su proyecto de vida, para Rocío, el trabajo asalariado la constituye como actora social. A través del trabajo Rocío se manifiesta en su entorno y se siente importante y reconocida. Además, el hecho de proveer económicamente en los mismo términos que su esposo, la ha empoderado para tomar decisiones importantes (compra de casa y vehículo, educación de los hijos, actividades de ocio, etc.). Con esto, Rocío está confirmando ciertos planteamientos de la economía feminista que sostienen que un trabajo asalariado otorga autonomía monetaria a las mujeres, además de mayor poder de negociación y control sobre sus vidas (Benería 1999).

Diana M. también optó por estudiar y trabajar durante la niñez de su hijo, pero ella considera que eso implicó un gran esfuerzo físico y psicológico:

⁷⁷ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

Cuando estaba en los últimos años de mi tercera carrera (Comunicación Social) terminé mis prácticas profesionales y me pidieron que me quede trabajando en el MIES, medio tiempo. Yo acepté feliz porque realmente necesitaba dinero. Pero me sacaba el aire, llegaba sin almorzar a clases. No le veía a mi hijo en todo el día, eso me mataba, me rompía el alma. Era terrible porque yo llegaba a verle y él lloraba porque no quería irse conmigo sino quedarse con mi mami. Para mí eso era terrible... (llanto)... él tenía que llorar para no separarse de mí, no de mi mamá... Me tocaba aguantarme. Yo solo pensaba en los frutos de ese sacrificio... (llanto)... Yo pensaba, si yo logro graduarme, logro trabajar, todo lo que haga va a ser para poder darle las cosas que él necesite. Quería darle un helado y no podía, era terrible... Me perdí muchas cosas de mi hijo, las caminadas, las primeras palabras y eso me acababa psicológicamente. Son cosas que uno sí se lamenta.⁷⁸

Para Diana M. su proyecto de vida se definía por la posibilidad de superar limitaciones económicas y conseguir estabilidad. Para conseguir este fin, la educación universitaria y el trabajo fueron los medios elegidos. En términos de las pruebas estructurales, Diana M. aprobó los desafíos que se le presentaron, pero no puede dejar de señalar los altos costos emocionales que esto le significó. Así, en este caso, vemos como la clase social se articula con el género para configurar escenarios menos amigables para que una madre se sienta realizada.

En suma, podemos decir que el hecho de que el desarrollo profesional de las mujeres se convierta en un desafío cargado de tensiones, tiene que ver con la manera en la que está construido, genéricamente hablando, el mercado de trabajo, así como con otras dinámicas sociales y culturales atravesadas por machismo, racismo y clasismo. Vimos en los relatos de las madres cómo las necesidades del mercado se anteponen a las necesidades familiares, por ejemplo cuando deben regresar a trabajar cuando sus bebés han cumplido 3 meses de edad, o cuando las mujeres deben trabajar y dejar a sus hijos enfermos al cuidado de alguien más. También constatamos que las mamás generan planteamientos que rara vez los hiciera un hombre (por ejemplo, la idea de que al trabajar se está dejando sin mamá al hijo o la necesidad de demostrar las capacidades). Finalmente, la etnicidad y la clase social configuran mejores o peores opciones laborales en la sociedad cuencana (mejor remuneradas para mujeres blanco mestizas de clases medias altas, y con condiciones menos favorables para mujeres mestizas de sectores medios bajos).

⁷⁸ Diana Medina, madre de familia, en entrevista con la autora, 3 de abril de 2017.

5.1.3. Tareas domésticas y de cuidado: ¿quién las hace?

Después de analizar la importancia del desarrollo académico y laboral en el proyecto de vida de las madres cuencanas, nos preguntamos: ¿qué lugar ocupan las tareas domésticas y de cuidado? Para dar respuesta a esta interrogante, además de los deseos y aspiraciones de las mujeres, debemos pensar en la situación socio económica de la familia y en la presencia de apoyo (remunerado o no remunerado) para cumplir dichas tareas. En este punto, debemos tener presentes los datos arrojados por la Encuesta de Uso del Tiempo en Ecuador, que sostiene que las mujeres dedican cuatro veces más tiempo a las tareas domésticas que los hombres y aunque en todos los rangos de edad esta diferencia es significativa, la mayor brecha se encuentra entre las mujeres y hombres de 30-44 años (en donde se ubican nuestras entrevistadas y sus parejas) (INEC 2012).

La idea de quedarse en casa, cuidando de los niños y haciendo tareas domésticas, está en el proyecto de vida de algunas de nuestras entrevistadas. Verónica comenta que ser mamá es su ocupación más importante y que ella se siente privilegiada por poder cuidar de sus hijos todo el día y no tener la obligación de salir a trabajar. Eugenia ha buscado un trabajo de medio tiempo pues considera que las tardes junto a sus hijos son el tiempo más valioso de su vida. Diana U. ha acomodado sus horarios en su consultorio para poder dedicar cuatro mañanas semanales a estar con sus hijas. Y Diana M. considera que lo más gratificante de su nuevo trabajo (como gerente de su propia empresa) es poder disponer de su tiempo para compartirlo junto a su familia.

Vemos que, a pesar de las vicisitudes propias de la maternidad, ésta sigue siendo una ocupación gratificante para muchas mujeres cuencanas. Como vimos dentro de la construcción social de la maternidad (capítulo 1), el hecho de que ésta esté cargada de ideal, la hace deseable. La madre es calificada como el “corazón del hogar” y su presencia dentro de la esfera doméstica se considera insustituible. Este ideal actúa de forma consciente o subconsciente en las mujeres y las orienta a buscar la maternidad para constituirse en las soberanas de su casa.

Además, si bien una de las principales aspiraciones femeninas de hace unas décadas era integrarse al mercado laboral y participar de la esfera pública; en muchos casos, actualmente, las altas exigencias de las economías capitalistas y la precarización de ciertos empleos

femeninos, hacen que las mujeres prefieran quedarse en casa y vivir su maternidad a plenitud, lo que implica su presencia física y emocional en la crianza de sus bebés.

En este marco, hay que considerar un factor fundamental para entender el día a día de las madres: contar con el trabajo de una empleada doméstica. La literatura feminista ha señalado claramente que la contratación de una empleada doméstica evita el conflicto de género (entre la pareja) y disminuye el conflicto laboral (Durin 2014). Verónica y Diana U. tienen empleadas domésticas que se encargan de todas las tareas de la casa (cocinar, lavar, limpiar, etc.). Verónica comenta que nunca deja a sus niños al cuidado de la empleada pues considera que solamente confía en sus familiares más cercanos para una tarea tan importante.

Diana U., en cambio, en las mañanas lleva a sus hijas a la guardería (de lunes a miércoles), en el almuerzo las retira Andrés (su pareja) y van a comer a casa de su suegra (mientras Diana trabaja en la radio), en la tarde pasa unas horas con sus hijas y en la noche las niñas se quedan con la empleada, mientras los padres asisten a su clínica estética. La dinámica familiar de Diana muestra la importancia de contar con ayuda externa (remunerada y no remunerada) para que ella pueda conciliar en su proyecto de vida su realización profesional y la presencia en la crianza de sus hijas.

Micaela, Rocío, Diana M. y Eugenia, en cambio, no cuentan con empleada doméstica y las formas en las que han gestionado sus necesidades de cuidado generalmente incluyen a otras mujeres de su familia (mamá, suegra, hermanas, etc.). Micaela señala que en su casa nunca ha trabajado una empleada doméstica, pues todas las tareas siempre se han repartido entre su mamá, sus hermanas y ella, y su papá se encargaba de proveer económicamente. La ayuda de la familia de Micaela fue fundamental pues durante los primeros 7 años de vida de su hijo Matías, quienes lo cuidaron fueron sus hermanas menores (la una por la mañana y la otra por la tarde). Y la mamá de Micaela se encargaba de preparar las comidas para toda la familia, a pesar de que trabaja también fuera de casa.

Rocío lleva 27 años de matrimonio y la mayor parte del tiempo ha sido ella quien se ha encargado de todas las tareas domésticas. Durante un período corto, la familia se benefició de los servicios de una empleada doméstica, pero era Rocío la encargada de cancelar su remuneración. El hecho de que Rocío asuma la responsabilidad económica del sueldo de la empleada significa que la familia entiende que las tareas domésticas son responsabilidad de

Rocío, y en vista de que ella no las realizará, al menos debe pagar por ellas. Cabe mencionar que los ingresos del esposo de Rocío han sido generalmente altos, lo suficiente como para pagar una empleada. Aquí podemos ver claramente cómo las responsabilidades de cada miembro de la familia se establecen bajo estándares desiguales y machistas.

Hace un tiempo tuve alguien que me ayudaba, ya cuando mi marido vio que realmente era muy pesado si necesité esa ayuda, pero ella estuvo conmigo unos cuatro años. Pero ya con estas leyes de que hay que asegurarles, pensé que iba a tener problemas y no me iba a alcanzar el sueldo para pagarle y ella decidió cambiarse de casa, entonces dije que esto se quedaba así, yo mismo me voy a alcanzar, igual siempre me he alcanzado para todo, así que yo mismo hago todo hasta ahora.⁷⁹

La dinámica en la casa de Eugenia es la siguiente: en la mañana toda la familia sale al colegio (los padres a enseñar, los hijos a aprender); en la tarde, el papá va a trabajar en la Universidad y los niños regresan con su madre a la casa, donde ella se encarga de revisarles las tareas escolares y, simultáneamente, lavar la ropa, ordenar las cosas, limpiar la casa, cocinar, servir, lavar platos, etc. Eugenia comenta que debe ser muy organizada para cumplir con todo y por supuesto, debe sacrificar horas de descanso y ocio. Así, por ejemplo, el almuerzo lo hace a las 5 de la mañana y, todas las noches, lava platos después de las 9pm. Cuando, por alguna eventualidad, tiene que salir en la tarde, sus hijos se quedan al cuidado de su mamá.

Diana M. también señala que nunca ha tenido empleada, pero que la ayuda de su mamá ha sido enorme para que ella pueda cumplir sus metas profesionales, pues cuidó a su hijo en sus primeros años hasta que entre a la escuela. Además, su suegra preparaba la comida para Diana M., su esposo y su hijo, ya que por el trabajo y los estudios, Diana M. no cocinaba en su casa, aunque admite que también es porque la cocina no es uno de sus fuertes.

La posibilidad de contar con una empleada doméstica depende, en gran medida, de los ingresos que perciba la pareja de cada una de las madres. En el caso de Verónica, su esposo es Ingeniero Comercial, tiene una importadora de productos automotrices y una constructora. Verónica comenta que la familia tiene mucha solvencia económica, por lo que ella puede permitirse no trabajar y, además, contratar a una persona para que trabaje en su casa, es decir, se genera una transacción entre mujeres en la que intercambian el trabajo de la una por la de

⁷⁹ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

la otra. A pesar de que el papá es el proveedor en esta unidad familiar, eso no lo convierte en una figura ausente de la crianza, pues, al ser dueño de sus negocios, puede disponer de los tiempos y espacios para integrar a su familia. Se trata de una opción para el varón:

Él siempre tiene tiempo para nosotros. Siempre me pasa viendo para irnos a trabajar con él, o está aquí trabajando y los guaguas están en la computadora con él. Ya los trabajadores saben que cualquier rato venimos con los guaguas y ellos ya se han acostumbrado a este espacio.⁸⁰

Diana U. trabaja, junto a su esposo, en su clínica de medicina estética (Diana como psicóloga y su esposo como cirujano). Además, Diana U. es locutora en una estación de radio. Los ingresos económicos generados por ambos padres hacen que la familia mantenga una posición económica acomodada y pueda contratar una empleada doméstica y además pagar la mensualidad de una guardería privada a donde asisten las niñas desde que cumplieron un año de vida. Sin embargo, la ayuda cotidiana de la suegra de Diana (en los almuerzos) y de la mamá de Diana (en eventuales salidas o eventos sociales) no tienen una valoración económica y son fundamentales para la estabilidad emocional de la familia.

El esposo de Eugenia es profesor, trabaja todo el día pues en la mañana da clases en el colegio y en la tarde en la universidad. Pese a que la familia percibe mensualmente tres remuneraciones, no han pensado en la opción de contratar una empleada doméstica porque actualmente están pagando la hipoteca de su nueva casa y porque Eugenia siempre ha logrado compaginar sus múltiples responsabilidades. Sin embargo, ahora que Eugenia espera su tercer hijo, seguramente la dinámica familiar cambiará.

El esposo de Rocío es diseñador joyero de profesión y actualmente es director del CIDAP (*Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares*). La familia siempre ha gozado de una buena situación económica pues, además de los 2 ingresos mensuales de Rocío (como profesora e instructora de danza), su esposo ha desempeñado diversos cargos públicos muy bien remunerados. Estas condiciones han posibilitado que la familia pueda poseer bienes inmuebles y que los hijos se eduquen en instituciones privadas renombradas. Sin embargo, Rocío ha tenido que hacer el trabajo doméstico ella sola y esto responde más a una cuestión

⁸⁰ Verónica Ochoa, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

cultural que económica pues, en esta pareja, nunca se ha puesto en duda que las responsabilidades de la casa le corresponden a la mujer. Esto está cambiando últimamente debido al estado de salud de Rocío: “Yo tengo una enfermedad autoinmune y cuando quiero hacer las cosas de la casa me duele todo. Yo le digo a Fausto: mira, siempre te he ahorrado cocinera, lavandera, chofer para tus hijos, empleada... ya quiero descansar. Ya es justo”.⁸¹

Cuando Diana M. se casó, su esposo Daniel estaba en los primeros años de su carrera universitaria y decidió seguir estudiando (5 años) y después hacer un diplomado. Durante estos años, Diana, su esposo y su hijo sentían grandes limitaciones económicas pues vivían únicamente de lo que sus suegros les daban ocasionalmente y de las ventas de los CD's a la salida de los colegios. Lógicamente, cuando las necesidades básicas no están resueltas (a veces no les alcanzaba para la leche de bebé), pensar en una empleada doméstica está fuera de lugar.

Daniel seguía estudiando, eran 5 años de estudio, sus papás le dijeron: “nosotros te vamos a apoyar” pero no había quien me apoye a mí, económicamente. Al final, nosotros nunca abandonamos la venta de CD's y por ahí salía algo, pero lo justo para el día a día. Con decirte que hubo una navidad trágica, que siempre nos acordamos, mi suegra nos regaló 20 dólares y con eso teníamos que comprar regalos ¡a 5 personas!.. Nos sentíamos mal porque ellos nos daban tanto y nosotros no les podíamos dar nada, eso me acababa psicológicamente.⁸²

El caso de Micaela es diferente porque el papá de su hijo tuvo una participación muy incipiente en los gastos económicos. Desde el embarazo, el parto y los 8 años que tiene Matías, los gastos han corrido por cuenta de los papás de Micaela y últimamente Micaela también ha participado de ellos pues empezó a trabajar después de graduarse de la Universidad. Esta situación ha sido el motivo de múltiples enfrentamientos entre los padres de Matías, y Micaela considera que tiene que tomar medidas para que esto cambie:

Ahora quiero ver si hacemos algo legal, porque la otra vez yo estaba en Guayaquil en una capacitación del trabajo y le dije que por favor le mande 5 dólares que había que pagar en la escuela porque yo no estaba, y me dijo: “Yo no tengo. Vos trabajas. Yo no sé qué haces con tu sueldo...” Entonces han sido comentarios así. Y un niño no vive con 100 dólares. Él paga la pensión y ya, eso es todo. Pero en agosto yo no recibo un centavo, aunque en realidad paga su

⁸¹ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

⁸² Diana Medina, madre de familia, en entrevista con la autora, 3 de abril de 2017.

mamá. Una vez pelamos por dinero porque el Mati quería entrar en Básquet y le dije: “paguemos un mes, un mes” e hicimos así un año, al año siguiente el mes que le tocaba pagar le decía al Mati: “yo no te he dicho que voy a pagar, yo no tengo, yo no trabajo”... nos decía: “si ustedes le pusieron, ustedes páguenle.” Yo le decía que yo le pregunté antes de inscribirle y me dijo que no y que iba a hablar con un abogado. Ahí sí yo me sentí apuñalada, porque siempre, de todos los gastos de él se han hecho cargo mis papis.⁸³

Por otra parte, la forma en que la que las familias resuelven sus necesidades de salud nos permite comprender mejor la incidencia de la posición económica en la forma en que las mujeres ejercen su maternidad. Por ejemplo, Verónica comenta que con su primera hija, además de las visitas regulares al pediatra privado, ante cualquier síntoma de enfermedad, siempre acudían a emergencias de clínicas privadas. Evidentemente esto significaba una considerable cantidad mensual de dinero y Verónica comenta que tal vez fue una práctica exagerada, pero que se explicaba por los nervios de ser madre primeriza. “Con mi nena era a cada rato en emergencias, veíamos algo raro y le llevábamos. Mi esposo también es súper nervioso, entonces si le sonaba el pechito, a emergencias. Íbamos, le hacían nebulizaciones y al día siguiente ya estaba mejor”.⁸⁴

Rocío comenta que hace tiempo su hija se enfermó gravemente (tuvo una enfermedad autoinmune llamada espondilitis) y en un corto periodo de tiempo, entre exámenes, tratamiento y cirugía, la familia gastó más de 10.000 dólares. Rocío comenta que: “por suerte teníamos el dinero porque íbamos a comprar un terreno para hacernos una casa, ya teníamos una casa pequeña pero queríamos una más grande”.⁸⁵

Diana U. y Eugenia también llevaron a sus hijos a consulta privada regular constantemente, incluso pudieron pagar tratamientos especiales por distintas enfermedades de sus hijos: Joaquina (hija de Diana) pasó 3 semanas en la incubadora porque nació prematura y Natalia (hija de Eugenia) tiene escoliosis y problemas en su oído por lo que actualmente recibe tratamiento. La situación económica de ambas familias ha permitido sortear estos inconvenientes sin mayores contratiempos.

En cambio, los casos de Micaela y Diana M. son distintos. Micaela comenta que, en los primeros años de su hijo, acudían a los centros de salud públicos ante cualquier problema

⁸³ Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

⁸⁴ Verónica Ochoa, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

⁸⁵ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

controlable, pero si la enfermedad era grave, la mamá de Micaela pagaba la consulta privada y las medicinas. Para Diana M., la salud de su hijo le significó bastante estrés y preocupaciones. Durante sus primeros años, Juan Diego (hijo de Diana M.) tenía problemas recurrentes en las vías respiratorias, pero no podían pagar consultas privadas. Diana debía faltar a clases o al trabajo para poder cuidar de su hijo y su carga de estrés aumentaba por las tareas pendientes. En los últimos años, la situación económica de Diana y su familia ha mejorado significativamente y eso repercute en su estado anímico.

Quando mi hijo era pequeño no nos alcanzaba para pagar consulta privada y eso también fue algo malo, mi hijo no tuvo pediatra, le llevábamos al doctor de las farmacias o al centro de salud, lo que nos alcanzaba en ese momento para pagar. Luego cuando se enfermó fuerte, de problemas respiratorios, por suerte ya trabajábamos y le pudimos llevar donde un especialista.⁸⁶

A pesar de que en un inicio establecimos que todas las madres participantes de esta investigación eran de clase media, podemos ver, a través de sus narraciones, que existen fuertes oscilaciones económicas entre cada caso. Esto se debe a que para la elección de las mujeres, se tomaron en cuenta sus características y situaciones actuales (profesionales, casa propia, hijos en instituciones privadas), y en sus relatos muchas veces se refieren a sus circunstancias pasadas. Esto da cuenta de la movilidad de la clase social, la cual muchas veces viene de la mano de un progreso académico.

5.2. Organización social del cuidado en Cuenca

Analizar los proyectos de vida de cada una de las madres que participan en esta investigación, nos lleva a pensar en cómo está organizado el cuidado en Cuenca: ¿Cómo gestionan las madres sus necesidades de cuidado? ¿Qué importancia tiene el Estado, la Comunidad, la familia o el mercado? ¿Qué diferencias se observan según la etnicidad o el nivel socioeconómico de las madres?... los relatos que acabamos de observar nos permiten señalar varios puntos importantes al respecto.

Como vimos en el capítulo 2, Ecuador puede calificarse como un régimen de bienestar informal familiarista (Martínez citado por Herrera 2013) pues hay una alta informalidad en el

⁸⁶ Diana Medina, madre de familia, en entrevista con la autora, 3 de abril de 2017.

mercado laboral, el Estado no es lo suficientemente fuerte para proveer alternativas de cuidado y la presencia de familias extensas es muy alta, en comparación a otros países de la región. Los casos de nuestras entrevistadas lo confirman, sobre todo si observamos que pese a que las seis mujeres han sido consideradas como de “clase media”, solamente dos de ellas cuentan con los servicios de una empleada doméstica (lo que también se relaciona con las disposiciones legales que obligan que las empleadas domésticas reciban, al menos, la remuneración básica unificada y los demás beneficios de ley, por lo que algunas mujeres consideran muy costoso contar con sus servicios). La mayoría de madres de clase media se apoya en su familia extensa para cubrir las necesidades de cuidado de sus hijos, lo cual revela el peso de la reciprocidad y la cooperación femenina.

Esta tendencia se mantiene en el país, pese a las diversas políticas públicas generadas en torno a los cuidados. Como lo señala el estudio de Minteguiaga y Ubasart-Gonzales (2014), en Ecuador, en los últimos años (2007-2011), se evidencia un cambio en la desmercantilización del cuidado, gracias a las políticas públicas del gobierno de Rafael Correa, pero la familiarización del mismo se mantiene igual. Las autoras señalan que el peso del bienestar social sigue recayendo sobre las mujeres, principalmente sobre las madres de familia. Ahora, pensando en el factor étnico, vemos que las mujeres que se han autoidentificado como indígenas o que han afirmado que las raíces indígenas tiene un peso preponderante en su vida (Rocío, Diana M. y Micaela) han compartido sus tareas de crianza con sus madres u otros miembros de su familia y no han acudido al Estado o al Mercado. Esta situación podría responder a una visión familista del cuidado que lo entiende como deber y no como derecho, por lo que las mujeres de la familia no se sienten autorizadas para cuestionar quién cuida, cuánto y cómo lo hace. Esto, además de la situación económica, hace que no se busque externalizar las soluciones de cuidado.

En cambio, las mujeres que se identificaron como mestizas o blanco mestizas (Diana U. y Verónica), si han acudido a soluciones del Mercado (guarderías o empleadas domésticas). Además de los factores económicos, existe una dimensión cultural de género que no censura este tipo de arreglos. Efectivamente, la situación socioeconómica de las familias ha permitido que las tensiones distributivas del cuidado se resuelven contratando soluciones en el mercado. Sin embargo, cabe recalcar que estas tensiones siguen recayendo sobre mujeres racializadas y empobrecidas (las empleadas domésticas de Verónica y Diana U. se auto identifican como

indígenas y sus ingresos económicos las ubican en el quintil más pobre de la población ecuatoriana).

En este punto creemos pertinente pensar elementos que se relacionan con la racialización del cuidado. Silvia Rivera Cusicanqui (2010) habla del *complejo del aguayo*, el cual consiste en que a los niños de sectores mestizos de élite, su familia les enseña a despreciar a las mujeres indígenas que los criaron y con quienes formaron un lazo estrecho, creyéndola incluso su madre. Esta obligación de odiar a la mujer que los crio, genera un profundo dolor en los niños que no entienden el porqué de estas dinámicas poscoloniales. En el caso de Diana U., el hecho de que su hija Sol sienta tanto apego hacia la empleada, es algo que la entristece. En cambio, Verónica ha preferido no delegar el cuidado de sus hijos a una empleada, sino únicamente las tareas domésticas, justamente como una forma de proteger su vínculo madre-hijos.

Como podemos ver, en general, Cuenca presenta procesos desiguales de distribución del cuidado y, además, existe una desvalorización general de estas tareas por parte de la población. Pese a su importancia trascendental en la economía formal, los oficios y profesiones relativos al cuidado (empleadas domésticas, profesoras de guardería, enfermeras, etc.) no son socialmente valorados o reconocidos como importantes.

Nuevamente, es importante preguntarnos quién paga los costos de este cuidado, y como vemos, no es el Estado, y el mercado interviene únicamente en ciertos contextos. En general, los costos del cuidado lo pagan las mujeres, especialmente aquellas que por la intersección entre su clase social y su etnicidad, se han visto obligadas a hacerlo. De ahí la importancia de comprender las relaciones sociales como construcciones simultáneas en distintos órdenes de clase, género y raza y en distintas configuraciones históricas.

Este enfoque interseccional con el que miramos las interacciones, además, busca superar la comprensión aritmética de las desigualdades, es decir, no se trata de sumar el género, la clase y la etnia y suponer que una mujer indígena pobre se encuentra en lo más bajo del escalón de la opresión; sino de comprender la complejidad de la articulación de estos factores. Así, aunque sabemos que en esta investigación participaron mujeres de clase media, buscamos aproximarnos a sus conflictos y desafíos generados en torno a la maternidad.

En este sentido, encontramos que el hecho de contar o no con personas que apoyen el ejercicio de la maternidad repercute en la restricción más importante que sienten las madres profesionales: el tiempo. Todas las madres, a diferencia con lo que sucede con los padres, han renunciado a algo, pero no todas lo han hecho en la misma medida. Así, por ejemplo, mientras Verónica pudo continuar con sus reuniones sociales y sus actividades de ocio (ir al gimnasio); Rocío ha afectado su salud por mantener un ritmo intenso que combinaba trabajo, estudios y tareas domésticas y de cuidado. Así, rompemos el modelo de la “mujer universal” y comprendemos que la desigualdad se manifiesta de formas específicas según las historias de las mujeres y su interacción con las oportunidades y restricciones que operan en este sector de la sociedad.

5.3. Prueba 4: Cumplir los criterios sociales según los cuales se evalúa el ejercicio de la maternidad. “Yo no soy una mala madre”

Hace varias décadas, Simone de Beauvoir (1969) afirmaba que las pautas sobre lo que la mujer debe pensar, sentir y tener, estaban dadas por la sociedad y no por un destino biológico o psicológico. Sus planteamientos tienen plena vigencia pues, actualmente, sabemos que los discursos e imaginarios públicos moldean la maternidad dictando patrones para su ejercicio “apropiado”.

Además, como vimos anteriormente, los desafíos sociales y culturales que enfrentan las madres surgen, generalmente, de la forma en la que la sociedad ha organizado la satisfacción de las necesidades de cuidado y de la difusión de un ideal de madre (generosa, abnegada, incansable, incondicional, etc.) Estos constructos sociales tensionan la subjetividad de las madres que atraviesan jornadas altamente demandantes (dentro y fuera de casa) y que además están obligadas a disfrutarlo. Lógicamente, para quien no responda a estas exigencias sociales habrá una sanción manifestada a través de la reprobación social.

En el caso de Ecuador, como vimos en el capítulo 2, durante el siglo XIX y gran parte del siglo XX, ser buena madre estaba directamente relacionado con quedarse en casa y cuidar de la familia. Y, aunque sabemos que todas las culturas y épocas están dominadas por un modelo materno “ideal”, concordamos con Badinter (2010) al afirmar que el modelo actual es más exigente que nunca, porque pone en la responsabilidad de las madres el cuidado corporal y afectivo de sus hijos, y además su desarrollo espiritual, social e intelectual. Y esto, sumando a

las amplísimas demandas profesionales (tratadas anteriormente), traza un escenario difícilmente conciliable.

En este marco, la tercera prueba de la maternidad, que consiste en definir un proyecto de vida, está directamente relacionada con el deber ser, es decir, con lo que se espera que una mujer sea para ser considerada una *buena madre*. A continuación analizamos cómo opera el ideal de buena madre en Cuenca y cómo las mujeres han afrontado la cuarta prueba de la maternidad: cumplir los criterios sociales según los cuales se evalúa el ejercicio de la maternidad. Para esto, analizaremos lo que las mujeres consideran que son sus responsabilidades como madre y los distintos requerimientos “formales” para aprobar esta prueba.

5.3.1. Desafío: satisfacer las necesidades físicas, intelectuales y espirituales de los hijos. “Como mamá, todo es mi responsabilidad”

Las responsabilidades cotidianas de las madres muchas veces evidencian las tensiones entre su rol maternal y sus actividades profesionales. Lógicamente, estas actividades incrementan o disminuyen según las circunstancias de cada mujer. No es igual trabajar medio tiempo, que hacerlo por jornadas completas, la presencia de niñera o empleada doméstica también aligera la carga de cuidado y tareas domésticas, los niños pequeños dan más trabajo que los adolescentes y, en ocasiones, contar con ayuda de familiares también puede disminuir la presión. En el caso de nuestras entrevistadas las circunstancias son diversas.

Rocío trabajó siempre dentro y fuera del hogar y también estudiaba. No contaba con la ayuda de empleada doméstica para las tareas de la casa y cumplía jornadas altamente exigentes:

Me tocó duro, hasta ahora no entiendo cómo hice tanta cosa, porque yo tenía dos trabajos, me iba a las Catalinas en la mañana y trabajaba en la tarde en Azogues, en la gimnasia olímpica. Me levantaba, hacía el almuerzo, dejaba arreglando la casa, entraba a las 10 al colegio, daba clases, salía, no almorzaba en mi casa, cogía bus, jalaba dedo buscando un bus que vaya a Azogues o a Cañar, me quedaba, daba clases ahí lunes, miércoles y viernes y regresaba en el bus, así mismo, llegaba a las 7 de la noche y venía en el bus estudiando, venía haciendo deberes, me grababa en ese tiempo en cassettes y en el walkman iba oyendo la materia, aprendí a escribir cuando el carro se movía y así estudiaba. En la noche tenía que hacer la merienda, mis deberes, los deberes de ella, tener el uniforme listo.⁸⁷

⁸⁷ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

Este relato se contrapone con la experiencia de Verónica, quien, al tener empleada doméstica y no trabajar fuera del hogar, ha dedicado su tiempo y energías exclusivamente a la crianza de sus hijos: “Yo a mi nena le he enseñado todo. Empecé a enseñarle las capitales, los planetas, y cuando ello entró a la escuela ya sabía escribir, ahorita ya sabe escribir su nombre y está muchísimo más adelantada que las otras nenas”.⁸⁸ La situación económica de la familia le ha permitido a Verónica delegar parte de las tareas de cuidado, lo que ha repercutido en su bienestar emocional: “Yo, al principio, le iba a dejar todos los días a mi nena al Colegio y se me iban dos horas porque es lejos, entonces era demasiado para mí y decidimos usar el transporte escolar y estoy más tranquila”.⁸⁹

Por su parte, Eugenia y Diana U. coinciden en señalar que sus responsabilidades como madre exceden las tareas físicas, pues involucran mucho trabajo emocional, ético e intelectual.

Siento que como mamá todo es mi responsabilidad, lo económico también, porque ahora las mamás trabajamos. La buena alimentación. Un buen legado espiritual (...) También he pensado que sería importante que ellas me vean leer. Que no me vean en el celular. Que no me vean irrespetando a mis padres o a mi esposo, que no nos alcemos la voz. O sea, tenemos una carga súper alta las mamás.⁹⁰

Incluso las tareas físicas implican una carga emotiva, porque cuando las madres cocinan no están solamente mezclando alimentos en una olla, sino pensando en las necesidades específicas de cada miembro de la familia. Así, en el caso de Eugenia, pese a que su horario de trabajo como profesora inicia a las 6:45, ella cocina todos los días para su familia.

Yo tengo que cocinar. En la noche o de mañanita. Porque la comida de fuera nos hace mal, engordamos todos. A mí no me gusta cocinar, pero sé que debo cocinar. Porque una temporada comimos fuera, yo siempre me quejaba de que no tengo tiempo, pero el Carlos engordó mucho y no se puede garantizar la nutrición con esa comida. Entonces, a las buenas o a las malas, yo cocino y sé que ese es mi deber como mamá porque me aseguro que estén, al menos, un poco saludables.⁹¹

⁸⁸ Verónica Ochoa, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

⁸⁹ Verónica Ochoa, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

⁹⁰ Diana Urgilés, madre de familia, en entrevista con la autora, 6 de febrero de 2017.

⁹¹ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

Micaela, en cambio, actualmente cumple jornadas completas de trabajo fuera de casa y además está estudiando inglés. Esto es posible gracias al conjunto de personas involucradas en la crianza de su hijo. En su caso, el apoyo no viene de empleadas domésticas sino de familiares que cuidan a Matías gratuitamente.

Yo siempre me levanto a las 6 de la mañana, porque el Matías se va a las 6:20 a la escuela. Luego me alisto y salgo más o menos a las 8 al trabajo, a la 1 salgo a almorzar, mi mami me lleva el almuerzo. Eso va a estar difícil de este nuevo trabajo porque yo siempre almorzaba con el Mati. Ahora el Matías va a mi casa lunes, miércoles y viernes, porque martes y jueves se va con el Papá. Él llega a mi casa, le recibe mi hermana y le da de comer y se queda con ella toda la tarde. Entonces yo almuerzo y regreso al trabajo hasta las 6. Después tengo inglés de 7 a 9 y llego más o menos 9:40 a la casa.⁹²

Diana M., expresa las tensiones que surgían al buscar compatibilizar sus responsabilidades maternas con sus aspiraciones profesionales y las críticas que recibía cuando no lograba armonizar todo. Estas críticas le hacían cuestionarse sobre lo que realmente ella debía priorizar:

Siempre me decían que primero era esposa y madre y luego yo. Tenía que sacrificar todas las cosas por mi hijo, para que mi familia esté bien, para que mi esposo esté atendido. Mi mami y mi suegra me decían siempre eso porque ellas vivieron así... y sí titubeas. Pensaba: “¿y si mejor me quedo en la casa y doy gusto a todo mundo?” Quedarse en la casa, criar al hijo y atender al esposo es lo que debía hacer para ser “feliz” según todos. Pero ahí son felices todos menos tú. Mi suegra siempre me decía: “vea cómo le tiene al guagua, que la ropa está mal, que no hago la comida...”⁹³

En los diferentes relatos de las madres cuencanas podemos observar las obligaciones y responsabilidades que cada una tiene, desde alimentar sanamente a sus hijos hasta preocuparse por su éxito académico. Sin embargo, dentro de estas múltiples tareas, sobresale la ausencia masculina para compartirlas. Los tiempos de ocio y descanso para Rocío, Diana M. y Eugenia se han visto altamente reducidos por la sobrecarga de trabajo y con ello, el estrés es una constante en su cotidianidad. En los casos de Diana U., Micaela y Verónica también se evidencian jornadas demandantes y si en sus relatos no se evidencia el mismo

⁹² Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

⁹³ Diana Medina, madre de familia, en entrevista con la autora, 3 de abril de 2017.

nivel de angustia que en los de las otras mujeres, es porque han delegado parte de las tareas a otras mujeres (familiares, profesoras o empleadas domésticas). Pero, en ninguno de los casos aparecen los padres de los niños encargándose de las tareas domésticas y de cuidado, en el mismo nivel que lo hacen las madres.

Por otra parte, como vimos en el capítulo 2, en Ecuador durante las primeras décadas del siglo XX, las responsabilidades maternas con respecto a la higiene del hogar y a la salud de los hijos respondían a discursos estatales que buscaban reducir la mortalidad infantil y asegurar la reproducción de la población (sobre todo de la urbana).

En este sentido, nos preguntamos ¿Qué elementos contiene el discurso actual sobre las responsabilidades maternas en Cuenca?.. a través de los relatos de las madres, podemos bosquejar el imaginario social que dicta las obligaciones que tienen las madres cuencanas de clase media.

En primer lugar, las madres deben responsabilizarse por el bienestar físico de sus hijos, esto implica cuidar de su alimentación, de su higiene y propiciar escenarios para que los hijos puedan practicar algún deporte. El desarrollo intelectual es también una consigna altamente importante, para esto, las madres eligen el mejor colegio para sus hijos (de acuerdo a su criterio y posibilidades) y sienten que es su deber el supervisar las tareas escolares.

Finalmente, a todas las madres cuencanas les concierne el desarrollo espiritual de sus hijos, pero la forma de cultivarlo es particular en cada una: para Rocío y Verónica es muy importante conservar las tradiciones de la religión católica; Diana U. es cristiana y busca transmitir a sus hijas la importancia de amar a Dios y crecer en comunidad; Diana M. y Eugenia han mostrado ser críticas a la religión católica y buscan fomentar una ética humanista en sus hijos y Micaela considera que la parte espiritual es la más importante en un ser humano, tanto así que viajó junto a su hijo, por 3 meses a Bolivia, a un campamento de aprendizaje espiritual.

5.3.2. Requerimientos formales para ser una *buena madre*

Así como existen consignas en cuánto a lo que las madres deben hacer para considerarse *buenas madres* (cuidar el desarrollo físico, intelectual y espiritual de sus hijos); también existen características “de forma” para configurarse como tal: la edad de la madre, su estado

civil, el número de hijos que ésta tenga o la cantidad de tiempo dedicado a los hijos, son algunas de ellas.

La edad en la que las mujeres tienen a sus hijos es un asunto muy significativo, socialmente. Las madres entrevistadas muestran, a través de sus relatos, cómo valoran la idoneidad del momento en el que se convirtieron en madres. En algunos casos, la autocrítica se presenta por haber sido “un poco tarde”, pero, la mayoría, afirma que sus hijos nacieron “antes de tiempo”. Como recordamos, Diana U. pasó 10 años, durante su primer matrimonio, intentando concebir y sin tener éxito. A sus 36 años, con una nueva pareja, Diana se embarazó de su primera hija y 6 meses después de que ella nació, concibió a su segunda hija. La edad de Diana le ha permitido compaginar su maternidad con una carrera profesional consolidada y con estabilidad económica, sin embargo, en ocasiones Diana lamenta no ser una madre más joven. “Mis hijas llegaron en el momento en el que debían llegar. Pero, a veces pienso, tal vez hubiera sido mejor antes”.⁹⁴

Eugenia vivió su primer embarazo a los 22 años, el segundo a los 27 y el tercero a los 34. Para ella, el último embarazo se ha convertido en una fuente de incertidumbre pues cree que cumplir con las altas demandas del nuevo bebé va a ser particularmente difícil debido a su edad. Eugenia, incluso, le ha comentado a su ginecólogo que se siente muy mayor para estar embarazada y él le ha tranquilizado diciéndole que en Europa o Estados Unidos, esa edad es la más común para empezar la maternidad. Pero, además de sus dudas, Eugenia siente que existe una reprobación social a su embarazo: “Yo siento que todas esas felicitaciones por mi bebé llevan atrás un: qué le pasó a ésta, ¿por qué se embaraza a esa edad!”.⁹⁵

Evidentemente, Eugenia considera que su tercer embarazo se dio “muy tarde”, pero también considera que el primero fue antes de lo ideal: “Lo que sí me arrepiento es de haber sido mamá tan joven, porque con un poco más de experiencia, con un poco más de relaciones laborales o sociales, tal vez hubiera servido mejor a mis hijos”.⁹⁶ Este sentimiento es compartido por Diana M., Rocío y Micaela quienes también consideran que sus hijos llegaron cuando ellas aún eran demasiado jóvenes y no estaban preparadas para asumir este reto.

⁹⁴ Diana Urgilés, madre de familia, en entrevista con la autora, 6 de febrero de 2017.

⁹⁵ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

⁹⁶ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

Diana M. tuvo su primer y único hijo a sus 19 años. Ella considera que, aunque su esposo deseaba tener un bebé y ella no le contradecía, ninguno de los dos estaba realmente preparado para ser padre. Rocío se casó a los 18 años porque estaba embarazada, ahora, después de 27 años de matrimonio, valora positivamente su historia de vida pero siente que asumió la responsabilidad de ser madre demasiado pronto:

Creo que han sido lindos años, sin embargo me casé muy joven. A mi esposo le he dicho varias veces: “me casaría contigo mismo, pero unos 10 años después” (risas). Porque hemos sabido llevar una vida con momentos difíciles, pero hemos sabido entendernos, no es tan fácil sobrellevar 27 años de matrimonio y saber superar algunas cosas, tantas diferencias porque uno se queda embarazada y recién comienza a conocer a la otra persona.⁹⁷

Pero, sin duda, la experiencia más dramática es la que atravesó Micaela al embarazarse a los 15 años. Entre sus narraciones se cuele el dolor pues Micaela comprende que el embarazo adolescente, dentro de una sociedad machista y violenta, es una forma de decirle al mundo que fracasamos. “Cuando yo le dije a mi novio que estaba embarazada, él me dijo: “tranquila que estamos juntos.” Pero yo no estaba tranquila, porque mi papi tenía muchas expectativas sobre mí, yo fui su consentida, él quería que yo llegue alto” (Tello 2017, Entrevista). La reprobación social por la edad en la que Micaela empezó su maternidad vino, en primer lugar, de parte de sus padres. En el momento en que Micaela le comentó a su papá del embarazo, él decidió aceptar un trabajo en Ibarra y mudarse con toda su familia hacia esta ciudad. Pero, dentro de la censura generalizada hacia su condición, Micaela recuerda ciertos destellos de empatía:

Mi abuelita también tuvo una hija a sus 16 años, pero a ella le pegaron y le mandaron a esconderse para que nadie sepa. Entonces, cuando ella se enteró que nos íbamos a Ibarra, vino a la casa y le dijo a mi papi: “No le lleve a mi guagua, no le esconda como me escondieron a mí.” Mi papi decía que no es por mí que nos vamos, pero la verdad es que sí fue.⁹⁸

Ya en Ibarra, los problemas lejos de solucionarse, aumentaron. La reprobación por la maternidad temprana no se manifestaba únicamente en actitudes de personas puntuales, sino que venía desde instituciones públicas y privadas. Curiosamente, ésta situación generó que los

⁹⁷ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

⁹⁸ Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

padres de Micaela se convirtieran en su principal apoyo para que ella actualmente pueda afirmar que no siempre el embarazo adolescente significa fracaso.

Yo no conseguía colegio, no me dejaban estudiar, me decían que vaya a uno a distancia porque no podía estar embarazada y estudiando. Yo fui a un colegio a distancia pero era horrible, había como 40 personas en un cuarto de 3 por 3. No había cómo respirar, hacía calor y yo estaba embarazada, entonces cuando salí mi papi dijo: “no te mereces esto.” Me consiguió un puesto en la radio porque yo en mi casa no hacía nada y aparte los estragos me cogieron fuerte, solo mareada y vomitando. Finalmente consiguieron un cupo en un colegio fiscal, y dijeron que sí, que eran inclusivos, que todos tenemos derecho...pero que me inscriba en la noche. Mi papi fue y les dijo: “Verán, yo soy periodista y puedo hacer pública su discriminación, mi hija no va a estudiar en la noche.” Y por eso me dejaron estudiar en la mañana.⁹⁹

Además de la edad, el estado civil de la madre es una condición muy importante para que el ejercicio de la maternidad se enmarque en lo “apropiado”. En Cuenca, por su carácter altamente religioso y conservador, el imaginario social prescribe que el matrimonio es el ambiente ideal para traer hijos al mundo. Los relatos de nuestras entrevistadas evidencian cómo este rito ha condicionado sus vidas.

Eugenia y Verónica concibieron a sus hijos después de haber celebrado su matrimonio civil y eclesiástico y así cumplieron con este imperativo social. En cambio, Rocío y Diana M. se embarazaron antes de casarse y experimentaron fuertes reproches por parte de su familia cercana, sin embargo, para evitar mayor reprobación social, se vieron obligadas a casarse cuanto antes.

Entonces me embaracé y obviamente pusieron el grito en el cielo. Y en seguida nos dijeron: “se casan.” O sea, dos días se pusieron bravos y luego empezaron a planificar nuestro matrimonio. En un momento dado yo sí me sentí protegida por las familias, pero lo que sí me preguntaba era si el Daniel era el correcto, porque habíamos tenido problemas antes y muy fuertes.¹⁰⁰

⁹⁹ Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

¹⁰⁰ Diana Medina, madre de familia, en entrevista con la autora, 3 de abril de 2017.

Diana U. y Micaela no están casadas. Diana estuvo casada antes (civil y eclesiásticamente) y después se divorció. Luego, cuando se embarazó de su nuevo compañero, decidieron vivir juntos y no descartan la posibilidad de, en un futuro cercano, cambiar su unión de hecho por un matrimonio. Micaela, en cambio, tuvo una relación inestable y conflictiva con el papá de su hijo y comenta que su plan era casarse después de concluir su carrera universitaria para al fin formar la familia “que todo niño merece”.¹⁰¹ Sin embargo, su relación terminó y el hecho de no haber podido concretar un matrimonio es algo que Micaela aún lamenta. Como vemos, el matrimonio es una aspiración muy significativa para muchas madres cuencanas de clase media.

Además de la edad de la madre y de su estado civil, también importa el número de hijos que ella quiere tener. Como vimos en el capítulo 1, el tamaño de las familias empezó a disminuirse a partir del siglo XX, sobre todo el de clases medias y altas. Dentro de las familias cuencanas de clase media es comúnmente aceptado tener pocos hijos (dos o tres, máximo), pero tener un solo hijo puede convertirse en un asunto socialmente reprochado. Eugenia considera que, al estar embarazada por tercera vez, su familia se convertirá en una familia grande, fuera de lo común; por el contrario, Micaela y Diana M., al tener un único hijo, han recibido constantes “consejos” y recriminaciones que indican que no encajan en el ideal.

Yo en realidad quedé tan traumada con el parto, que juré no tener otro hijo y hasta ahora lo estoy cumpliendo. Es una decisión de todos estos años. Ahora que estoy más estable y más segura, no quiero volver a pasar por lo mismo. De tener que encargarle a mi hijo. Hemos hablado mucho con Daniel y en un 99% estamos de acuerdo en que no vamos a tener otro hijo. Ahora tenemos otras proyecciones, queremos hacer lo que antes no pudimos. Yo quiero viajar, quiero viajar mucho, empecé por Ecuador. Luego quiero salir. Y mira cómo es la sociedad, ahora que tengo un hijo grande, todos me preguntan por el hermanito para que no se críe solito. Y tienen razón y no tienen razón, al final es nuestra decisión. La verdad es que yo ahorita no tengo tiempo, y volver a perderme y volver a hacer lo mismo, no.¹⁰²

Finalmente, en la construcción social del estereotipo de madre ideal, es preciso que ésta no deje de ser mujer. Es decir, por más importantes que sean los hijos, o por abundantes que sean

¹⁰¹ Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

¹⁰² Diana Medina, madre de familia, en entrevista con la autora, 3 de abril de 2017.

las responsabilidades maternas, las madres no deben descuidar su vida personal, sus relaciones afectivas y sus pasatiempos. Así, si es que la madre se consagra profesionalmente y tiene una vida social activa, recibe críticas por descuidar a sus hijos; pero si los hijos son el centro de su vida, también es criticada por no buscar algo más para sí misma. Verónica ilustra esta afirmación:

Mucha gente me ha criticado por pasar mucho tiempo con mis hijos, también porque dormimos los 4 juntos y para mí no es ningún problema, cuando mis hijos se sientan listos, solitos van a irse y no tienen la necesidad de pasar noches de llantos y de miedos. También me criticaban por no ponerles en guardería, pero como te dije, con la Rafa me fue muy bien y no me arrepiento de nada. Porque me parece súper triste tener hijos y verles solo de noche, cuando ya van a dormir. Nosotros, en cambio, desayunamos, almorzamos y merendamos juntos todos los días y ahí fortalecemos nuestra familia, su educación. ¹⁰³

5.4. Maternidad hegemónica y tipología de las madres cuencanas

A partir de las narraciones generadas por las madres cuencanas podemos inferir que existe un ideal de maternidad hegemónico, operando sobre los deseos, frustraciones, proyectos y experiencias de cada una de las mujeres. Así, actualmente en Cuenca, para las mujeres de clase media, el hecho de ser madre se sigue presentando como deseable pero dentro de unas condiciones muy específicas y poco negociables: dentro del matrimonio heterosexual (preferiblemente celebrado civil y eclesiásticamente) y cuando la mujer haya concluido o esté cerca de concluir su carrera universitaria (entre los 25 y los 33 años, idealmente). Además, la mujer debe tener, preferiblemente dos hijos y dedicarles a ellos el tiempo suficiente como para garantizar su desarrollo físico, intelectual y espiritual, pero no demasiado como para perder su autonomía y objetivos personales.

Estos imperativos sociales parecen simples pero implican dejar fuera de este concepto hegemónico de maternidad apropiada a madres solteras, lesbianas, no profesionales, divorciadas, mayores de 40, trabajadoras de tiempo completo, madres de tiempo completo, madres de hijos con problemas de salud o de aprendizaje, etc... en suma, la madre ideal es una figura prácticamente inexistente.

¹⁰³ Verónica Ochoa, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

Por otra parte, como recordamos (capítulo 1), Neil Gilbert (citado por Badinter, 2010), propone cuatro tipos ideales de estilos de vida femeninos, que constituyen un continuo según la importancia otorgada al trabajo y a la familia. En un extremo, las madres tradicionales, quienes hallan su realización personal en la crianza de sus hijos y la organización de su hogar. En el otro extremo están las mujeres posmodernas, cuya vida está consagrada a su perfil profesional. En el centro están las neotradicionales y las modernas, quienes quieren ganarse la vida mediante una carrera pero sin sacrificar la experiencia de la maternidad. Las modernas inclinan la balanza del lado de su profesión y las neotradicionales del lado de su familia. Ahora bien, sobre la base de la maternidad hegemónica en Cuenca y considerando la tipología propuesta por Gilbert, a continuación, buscamos establecer una clasificación sobre distintas formas de ser madre, reuniendo factores relevantes en las interacciones sociales actuales en Cuenca.

Existe un dicho antiguo que indica que la “M” de madre debe ser más grande que la “M” de mujer, pero que no debe anularla. Es decir, que una madre siempre debe poner las responsabilidades con sus hijos como una prioridad, pero que no debe descuidar sus aspiraciones personales. Esta forma didáctica de expresar el imaginario social y sus prioridades, enmarca la clasificación que proponemos sobre las formas de asumir la maternidad: la primera forma es ser madre y después mujer; la segunda es ser mujer-madre y la tercera es ser mujer y después madre. Estos tipos se basan principalmente en las condiciones en que se dio el embarazo y en la cantidad de tiempo que las madres dedican a la crianza de sus hijos.

Ser madre y después mujer es la forma en la que las mujeres asumen la maternidad como la dimensión más importante de su vida. Su satisfacción personal está en criar a sus hijos y estar presente para satisfacer sus necesidades. La organización de su hogar y el apoyo emocional a su familia son funciones primordiales en este tipo de maternidad. Generalmente, los embarazos fueron planificados y deseados, por lo que cualquier renuncia es bien vista, si esta permite a la madre permanecer junto a sus hijos. Consideramos que los relatos de Verónica corresponden a esta forma de ser madre pues en varias ocasiones Verónica ha afirmado sentirse plenamente realizada al encargarse de la crianza de sus hijos y la gestión de su hogar y esto lo resume en una frase: “el mejor título que puede tener una mujer es el de madre”.¹⁰⁴

¹⁰⁴ Verónica Ochoa, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

Ser mujer-madre es la segunda forma de vivir la maternidad que tienen las mujeres en Cuenca. Esta forma implica una equivalencia entre las aspiraciones individuales y la maternidad y envuelve una idea de equilibrio, aunque éste se muestre inestable y precario en la práctica. Por combinar el desarrollo profesional y la realización familiar, esta forma se inscribe en la maternidad hegemónica en Cuenca, lo cual demuestra que se ha abierto un espacio para un tipo de maternidad que también aquí integra una visión de las mujeres como profesionales para los sectores de clase media, es decir, una forma de ascenso social también en femenino. Los embarazos que tuvieron las mujeres que practican esta forma de ser madre pueden o no haber sido planificados pero siempre son deseados. Los relatos de Eugenia y Diana U. las ubican en este grupo pues muestran su constante búsqueda por equilibrar su maternidad con su profesión u otras actividades propias.

Las mujeres-madres son negociadoras permanentes y al acomodar sus horarios y sus actividades pueden sentir que consiguieron el equilibrio tan anhelado, si bien siempre tienen que estar acomodando distintos mundos. Sin embargo, como señala Badinter (2010), este equilibrio es frágil e inestable y nunca se consigue de forma definitiva, porque evoluciona con la edad del hijo y sus necesidades y también con las oportunidades laborales que surjan o la mayor o menor implicación de los varones y otros familiares. Cuando un hijo tiene algún problema, las madres tienden a sentir que fracasaron y que las decisiones tomadas han sido erróneas.

Finalmente, la forma de ser mujer y después madre se da cuando las mujeres tienen como prioridad su desarrollo profesional y sus intereses individuales. Esto no implica que la maternidad no sea un asunto importante para estas mujeres, sino que la mayoría de su tiempo está invertido en otras actividades. Una característica común a las mujeres que practican esta forma de ser madre es que sus embarazos no fueron planificados. Los relatos de Micaela, Diana M. y Rocío las ubican en este grupo de madres pues en distintas ocasiones han afirmado que su realización personal es una precondición para su felicidad y la de sus hijos. Por otra parte, las categorías “tradicional” y “moderna” (usadas por Gilbert) hacen más sentido en el contexto cuencano, si es que las pensamos atravesadas por la clase social y la etnicidad. En el contexto de las madres de clase media, el perfil de las madres tradicionales implica un mayor uso y valoración de las prácticas y saberes ancestrales que se genera por una identificación con las raíces indígenas, en cuestiones de maternidad y crianza. También se evidencia una marcada preferencia por apoyarse en distintas mujeres de la familia durante la

crianza de los hijos (abuelas, hermanas, tías, etc.), como vimos, esto puede responder a un factor económico (cuando los ingresos son insuficientes para contratar alternativas de cuidado en el mercado) o a una solidaridad o reciprocidad intergeneracional entre mujeres. Consideramos que Rocío, Micaela y Diana M. ejemplifican con sus relatos las características señaladas sobre las madres tradicionales de clase media, en Cuenca.

Por el contrario, las madres modernas son las que se muestran más receptivas al discurso científico con respecto a la maternidad y crianza, para ellas, los consejos de su pediatra son altamente valorados e incluyen muy pocas prácticas tradicionales en su estilo de crianza. Además, la forma en la que han gestionado sus necesidades de cuidado incluye ofertas del mercado (guarderías, empleadas domésticas, niñeras, etc.) pues, además de poder pagar por esto, entienden al cuidado como un derecho sobre el que se puede elegir cuánto cuidar y dónde hacerlo. Consideramos que Eugenia, Diana U. y Verónica han mostrado, a través de sus narraciones, identificarse con el tipo de madre moderna, entendida en estos términos. Nuevamente, el ideal de la maternidad en Cuenca se basa en un equilibrio, en este caso, entre lo tradicional y lo moderno, remitiendo “lo tradicional” a la valoración de los conocimientos ancestrales y “lo moderno” a la aceptación de los consejos de los expertos, en cuanto a la maternidad. Los relatos de las madres hablan de la importancia de mantener nuestras prácticas tradicionales pero sin desconocer los avances científicos. También señalan la importancia de la familia extensa en la crianza de los hijos, pero sin imponer las responsabilidades a quien no le corresponde.

En suma, en Cuenca, para las mujeres de clase media, ser buena madre implica planificar el embarazo, disfrutar del parto y la lactancia, estar casada, embarazarse después de los 24 pero antes de los 35, tener preferiblemente dos hijos y ponerlos en un colegio privado reconocido, cuidar su alimentación, su salud y su espiritualidad, tener un trabajo, tener pasatiempos, cuidar las relaciones personales con la familia, los amigos y la pareja, conocer las tradiciones pero no ignorar las recomendaciones de los expertos... entre otras cosas.

Como vemos, el ideal es bastante exigente y enfrentarse a él genera diversas reacciones en las madres. Además, en general, al enfrentarse a las distintas pruebas de la maternidad, las mujeres pueden sentir que aprobaron o reprobaron, pero ¿qué ocurre con las madres después de atravesar estas pruebas?

5.5. Agotamiento, culpa o satisfacción: el saldo de enfrentar las pruebas de la maternidad

Comprender la vida como un continuo sometimiento a desafíos que deben superarse implica entender al ser humano no como un dato, sino como un proceso. En la presente investigación, las historias de vida de las madres cuencanas fueron organizadas en torno a cuatro grandes pruebas de la maternidad: 1) superar los dilemas de la corporeidad materna, 2) entablar relaciones “apropiadas” para ejercer la maternidad, 3) definir un proyecto de vida donde quepa la maternidad y 4) cumplir con los criterios sociales según los cuales se evalúa la maternidad.

Las mujeres al enfrentarse a las distintas pruebas de la maternidad, actúan de forma creativa en su entorno cotidiano, es decir, lo modifican y se constituyen como actrices sociales. Este proceso transformador, sin embargo, genera en ellas sensaciones como el agotamiento o la culpa, pero también modifica su autopercepción y su autoestima al sentir que han superado con éxito las pruebas. A continuación analizaremos al agotamiento, la culpa y la satisfacción personal, como patrones de salida a los desafíos que las madres han atravesado.

5.5.1. Agotamiento: “llevo tres años sin dormir”

Las múltiples tareas y responsabilidades que tienen las mamás, tanto en las tareas domésticas y de cuidado, como en sus actividades profesionales, han generado que el agotamiento sea un tema recurrente en sus narrativas. Por ejemplo, Diana U. siente que no ha pasado el tiempo suficiente con su segunda hija y considera que esto se debe a las altas exigencias de tener dos bebés en casa:

Yo analizo que quería escapar más, porque estaba más cansada que cuando estaba con Joaquina. Entonces era mucho más fácil dejarle a la Sol con la empleada y venir a estar sentada en el consultorio un rato. O sea, hago Mea Culpa, pero es verdad, las mamás estamos cansadas, agotadas y la mayor parte del tiempo la gente no entiende eso. No podrían entenderlo, mientras no lo vivan. Además las mamás pasamos hipervigilantes. Me refiero a que yo paso vigilando algo todo el tiempo, siempre mi cerebro está en varias cosas, porque estás cocinando pero no estás viendo la olla, estás viendo que tu hija se está metiendo algo a la boca y luego oyes un ¡mami!! Y vas corriendo a ver a la otra, y te acuerdas que dejaste la olla, y te acuerdas que debes cambiarle la ropa a la otra porque va a tomar la teta después de la sopa... Y luego cuando te vas a dormir, no duermes, porque apenas escuchas un ronquido te levantas, primero por el miedo a la muerte de cuna, y después porque lloraron, porque se

mojaron, porque quieren teta, porque están enfermas... Cuando estaba embarazada yo escuchaba: “Dianita, duerma ahorita porque cuando nazcan usted nunca más va a dormir” yo decía: “¡qué exageradas!” En verdad llevo tres años sin dormir y eso ha sido súper fuerte. Súper fuerte, porque llega un momento en el que estás agotada físicamente y emocionalmente.¹⁰⁵

Estas jornadas altamente demandantes son típicas durante los primeros años de vida de los hijos, y aunque la carga disminuye, en cierta medida, cuando los hijos crecen, muchas veces el agotamiento repercute en la salud de las mujeres. Como vimos, Rocío tenía dos trabajos y estudiaba la universidad durante la infancia de su hija. Actualmente, no tiene tantas exigencias por parte de sus hijos pero siente que su bienestar físico se ha visto afectado:

A mí ya me cuesta hacer las cosas, me canso, me duelen las piernas y pienso que quisiera ser como antes, que de 8 a 10 de la mañana hacía el almuerzo y arreglaba la casa y si me sobraba tiempo buscaba qué hacer. Pero ahora, cuando quiero hacerme un horario así no avanzo, mi cuerpo me reclama, me duelen las piernas, me duele la cabeza, entonces le digo a mi marido que la vida útil de mi cuerpo me está pasando factura, yo no voy a poder continuar en ese ritmo, como lo hacía antes. Le digo: “yo trabajé 25 años de mañana, tarde y noche”... me siento cansada y agotada.¹⁰⁶

Eugenia, por su parte, hace una lectura crítica de sí misma. Durante los primeros años de sus dos hijos, el agotamiento generado por su búsqueda de conciliar maternidad y el trabajo fueron una constante, por eso ahora, que está nuevamente embarazada, buscará priorizar una esfera y vivir una maternidad menos tensionada.

Últimamente si cambié mi perspectiva de la prioridad de las cosas, yo antes decía que quiero trabajar y si hay alguien que les cuide, mejor. Pero ahora sé que quedarse en la casa es un privilegio, ya dejé de quejarme tanto, dejé de estar pensando: ¡ay, me iba tan bien dando clases en la U!...todo era hermoso. Era mentira, yo llegaba cansada, descuidé mi vida en pareja, no teníamos tiempo de nada y los guaguas si me extrañaban porque para bien o para mal estaban acostumbrados a estar conmigo siempre. El Carlos bajó más de notas y a mí me dolía que solo llegaba a verles dormir, porque yo con ellos he jugado, he bailado, he cantado, me he caído o simplemente nos dormíamos toda la tarde los tres pero estábamos ahí, juntos.¹⁰⁷

¹⁰⁵ Diana Urgilés, madre de familia, en entrevista con la autora, 6 de febrero de 2017.

¹⁰⁶ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

¹⁰⁷ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

5.5.2. La culpa: “¿qué hice mal?”

Enfrentar distintas pruebas económicas, sociales y culturales durante el ejercicio de la maternidad ha dejado un saldo común en las madres entrevistadas: la culpa. Este sentimiento aparece en las mujeres como consecuencia de haber internalizado el ideal de “buena madre” que implica satisfacer las necesidades físicas, psicológicas, espirituales e intelectuales de sus hijos y, además, disfrutarlo.

Diana U. y Eugenia explican con claridad la diversidad de razones que las hacen sentir culpables, desde asuntos cotidianos hasta aspectos que escapan a su control:

Con Joaquina siento culpa por no haberme cuidado en el embarazado y que ella haya nacido prematura. Con Sol, en cambio, la culpa es el cansancio que tuve en los primeros días. Estaba tan cansada por cuidar de ambas, que solo la miraba y le decía: “Sol ya duérmete, no seas mala, ¡pero por qué lloras! Pero si ya te di teta”... o sea ya no había el cuento de Disney, y creo que eso mismo hizo que Sol no esté tan pegada a mí. Pero claro que hay culpa. Porque no sabes cómo disciplinarle, porque le gritaste, porque tiene pañalitis, porque se enferma mucho, porque tiene las defensas bajas, porque no pasas mucho tiempo con ellas, porque la relación de pareja se puede enfriar, porque trabajas mucho... hay mucha culpa.¹⁰⁸

Siempre hay culpa, todos los días yo hago los deberes con el Carlos, si es que terminamos peleando, pienso que es mi culpa. Pero si no le peleo, siento que también es mi culpa. Si la Natalia me llama a jugar y no puedo porque estoy planificando o arreglando la casa, siento que es mi culpa. Y si me voy a jugar, y hacemos el castillo de la Barbie pero la casa queda mal, también es mi culpa. Siempre hay culpa, pero ya he aprendido a vivir con ella.¹⁰⁹

El sentimiento de culpa que experimentan estas madres, puede ser explicado también si es que consideramos la falta de objetivación del trabajo materno, cuya medida y valoración es plenamente subjetiva. En vista de que la mayoría de interacciones entre la madre y sus hijos ocurren dentro de la esfera doméstica, y considerando que en esta esfera el tiempo y el espacio no tienen límites fijos que permitan cuantificarlos, las mujeres sentirán que no han hecho lo suficiente pues no hay una medida para determinar sus tareas cotidianas. (Naroztky 1996)

¹⁰⁸ Diana Urgilés, madre de familia, en entrevista con la autora, 6 de febrero de 2017.

¹⁰⁹ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

En el caso de Rocío, la culpa aparece por motivos que escapan a su comprensión y que le generan profunda tristeza y ansiedad: desde hace un tiempo está enfrentando prácticas autodestructivas de su hijo Fausto.

Tuvimos que ir al psiquiatra porque ¡él empezó a cortarse!.. Yo solo me preguntaba: ¿qué hice mal?, ¿qué me faltó hacer? Y él dice que es porque nadie se preocupa por él. Le digo: “¿Cómo que nadie se preocupa por ti?.. Yo me levanto a hacer el desayuno, te lavo la ropa, te tengo la casa ordenada, veo tus tareas, pagamos las pensiones, te pusimos en música, estoy a tu lado... ¡Qué te falta!” y todavía me sigo cuestionando: ¿qué le falta? Qué es lo que me reclama, será que algún momento en la vida entenderá que siempre nos preocupamos... sabe que me lastima. Él está medicado ahorita por un psiquiatra para superar este problema de que se estaba cortando, entonces tenía que buscar en los pantalones, en las mochilas, mientras él se está bañando para que no sepa que le estoy revisando.¹¹⁰

En el caso de Micaela, la culpa aparece por no haber podido consolidar una familia con el papá de su hijo. Es curioso que Micaela se responsabilice de este hecho, pues a lo largo de su narración ha dejado ver la falta de compromiso del papá de Matías con su crianza. Por otra parte, Micaela afirma de forma directa que no siente remordimiento por no pasar tiempo con su hijo durante los días laborables.

Ahora estoy lidiando con la culpa de no haberle dado una familia, porque no funcionó con el papá. Antes yo pensaba que no es necesario, que el Mati me tiene a mí y a mis papis y hermanas como su familia, pero la verdad es como que siento que pude haber hecho algo más (...) Algunas mujeres sienten culpa porque estudian o trabajan, pero yo no y eso no me hace una mala madre. Yo pienso que hago eso por él. O sea, por mí primero y luego por él. Porque nos va a beneficiar a los dos. Que yo crezca y sea feliz es bueno para él, porque yo soy el ejemplo. Yo no me siento culpable de no verle todo el día porque a las 10 llego y le abrazo y le beso y vemos un episodio de *gravity falls* y dormimos juntos.¹¹¹

Entre los relatos de las mujeres entrevistadas, sobresale el de Verónica pues es la única madre que afirma no haber sentido culpa en su maternidad. Ella considera que está cumpliendo con su trabajo de una forma óptima y que eso se refleja en la felicidad de sus hijos y que a la vez se traduce en la felicidad que ella siente constantemente: “En realidad no siento culpa. Todos

¹¹⁰ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

¹¹¹ Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

los días les doy lo mejor de mí a mis hijos y eso hace que no tenga ningún remordimiento” (Ochoa 2017, Entrevista).

La narración de Verónica es atípica y se diferencia en gran medida de los demás relatos. Pensamos entonces si acaso existe una idealización de la maternidad que lleva a anular los problemas que todo ser humano enfrenta en cualquier actividad normal. Además, como señalaba Simone De Beauvoir (1969), la maternidad es un asunto sobre el cual las mujeres son bastante herméticas pues no les gusta admitir las incertidumbres y dilemas que ésta les genera.

5.5.3. Satisfacción personal: “Yo soy el pilar de mi casa”

Finalmente, atravesar las pruebas de la maternidad puede reconfigurar la autopercepción de las mujeres, positivamente. Al superar los desafíos físicos y psicológicos, al establecer relaciones saludables, definir un proyecto de vida equilibrado y ser, en suma, *buenas madres*, las mujeres construyen una autovaloración más alta, una imagen de sí mismas como “heroínas”.

Para Diana U. su mayor triunfo está en haber logrado compaginar la maternidad con el trabajo, lo que le permite tener comodidad económica, ser reconocida por su desempeño profesional y, simultáneamente, estar presente en la crianza de sus hijas. “Es una bendición la que tengo y gracias a Dios siempre me ha puesto arriba, como cabeza de muchas cosas, próspera económicamente, productiva, fama no he querido y la he tenido (...) y definitivamente, lo mejor que tengo en mi vida es mi familia”.¹¹²

Verónica percibe su éxito en la posibilidad de ser una madre dedicada a la crianza de sus hijos y de poder realizar las actividades cotidianas, siempre acompañada por su familia.

Realmente para mí no ha sido un problema estar con los dos, para nada. Como que mi vida la he complementado con ellos y las cosas que hago las hago con ellos. A diferencia de otras personas que realmente me dicen: “¡no sé cómo haces de un lado al otro con los guaguas!”¹¹³

¹¹² Diana Urgilés, madre de familia, en entrevista con la autora, 6 de febrero de 2017.

¹¹³ Verónica Ochoa, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

Las elecciones que ha hecho Verónica a lo largo de su maternidad, le dan la certeza de haber superado cada uno de los desafíos a los que se ha enfrentado y lo manifiesta con total convicción y con una amplia sonrisa que ilumina su cara:

Soy absolutamente feliz y me siento realizada. Soy una mujer totalmente privilegiada y mucho de eso se debe a la presencia de mi esposo en mi vida. Él me ha dado todo, de forma económica, afectiva, me da su apoyo y, lo principal, es haberme dado la posibilidad de quedarme en la casa con mis hijos. Él no pasó mucho tiempo con su mamá, porque cuando sus papás se divorciaron su papá tuvo la custodia, entonces él piensa que es muy importante que yo me quede con nuestros hijos. En cambio mi mami pasó todo el tiempo con nosotros, nunca salió a trabajar, y nos ayudaba con los deberes, nos cuidaba y yo y mis hermanos somos personas de bien, ninguno tiene vicios o problemas serios.¹¹⁴

Por su parte, a través de sus narraciones, Rocío ha mostrado las altas exigencias que significó la maternidad para ella y cómo pudo superar diversos desafíos. Sin embargo, su autovaloración no está dada en función de las relaciones personales que haya podido entablar sino en haberse consolidado como madre proveedora, emprendedora y vencedora:

No teníamos carro y yo le insistía a mi marido que nos compremos un carro, él me decía: “No, yo no sé manejar, no tengo dinero.” Yo le decía: “ya ya, yo me voy a endeudar.” Yo siempre he sido la decidida en mi casa, me siento el pilar de mi casa y a veces cuando estoy enferma digo: “Dios mío, este pilar se está virando.” Igual con la casa pequeña, yo le decía a mi marido que compremos la casa y él me decía que no, que somos muy jóvenes y yo que sí, que compremos la casa. Yo misma hacía los papeles. Igual la otra casa, él decía que estaba muy caro y que no iba a pagar, yo decía que entonces yo pagaba pero que compremos. Pero ahora me arrepiento de haber dicho eso (risas) porque ahora sigo pagando pero es casi todo mi sueldo.¹¹⁵

Una de las entrevistas con Diana M. se desarrolla en su oficina en *Alau.ec*, el Instituto educativo online que ella dirige. La oficina es cálida, la vista muestra una agradable zona residencial de Cuenca y Diana relata su vida entre lágrimas y carcajadas sonoras. Diana se siente una triunfadora en la vida porque el bienestar que actualmente disfruta estuvo

¹¹⁴ Verónica Ochoa, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

¹¹⁵ Rocío Pulla, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de marzo de 2017.

precedido de numerosos sacrificios e intentos por culminar una carrera universitaria y mejorar la situación económica de su familia.

Yo dije ya, mucha pendejada, no me voy a dejar ver la cara por el mundo y dejarme morir, no más, tengo por quien luchar: mi hijo y yo, es más, yo, punto. Entonces me levanté, y me inscribí en la Universidad y sentía que nadie podía pararme. Le dije al Daniel: Haz lo que quieras hacer con tu vida, yo no voy a seguir así. Hubo mucha humillación de por medio. Entonces a partir de que me valoré yo y dejé de poner a todo el mundo primero, mi vida cambió. Fue duro convencerle a mi mami de que otra vez me dé cuidando a mi hijo, pero le convencí. Yo esta vez sentía que nadie, ningún hombre o mujer, ni mi mamá me paran. Tenía que graduarme como sea, quería mi título porque eso me podría abrir puertas. A mí me ha tocado duro, luchar contra el machismo del Daniel, de mi suegra, en el ámbito laboral, en la universidad. Pero todo eso me hace valorar las cosas que tengo, porque ser madre y esposa no debe significar que tú quedes en último plano. Yo no sabía si Daniel iba a estar o no conmigo siempre, y no podía esperar todo de él. Me duele haberme perdido los primeros años de mi hijo pero no hay nada que yo pueda hacer para recuperarlos. Por eso ahora, que tengo un trabajo chévere, que no tengo jefes, lo que yo más valoro es el manejo de mi tiempo, porque si ahora el Juandi tiene un programa en el que se va a disfrazar de San Pedro, yo puedo ir a verle. Si tiene campeonato de pin pon, yo puedo ir a verle. No tengo que estar rogando a mi mamá o al Daniel a que vayan.¹¹⁶

Para Micaela, lo más importante que ha podido conseguir como madre es demostrarse a sí misma y al mundo, que las madres adolescentes pueden salir adelante, hacer una carrera y cuidar de sus hijos. Ella reconoce que este camino no ha sido sencillo y que pudo superar todos los obstáculos, únicamente, gracias al apoyo de toda su familia.

El Mati era bienvenido y querido pero sí siento que les hice crecer a la fuerza a mis hermanas para que le cuiden y que les di responsabilidades que no les correspondían, también a mis papis. En definitiva, es una bendición contar con mi familia, porque si ellos me hubieran dado la espalda yo no hubiera terminado de estudiar, no tuviera ahora con quién dejarle para ir a trabajar... ellos son una bendición.¹¹⁷

Finalmente, para Eugenia, su satisfacción personal se traduce en ser un buen ejemplo para sus hijos y hacer de ellos seres humanos íntegros. Eugenia considera que su triunfo, como mamá

¹¹⁶ Diana Medina, madre de familia, en entrevista con la autora, 3 de abril de 2017.

¹¹⁷ Micaela Tello, madre de familia, en entrevista con la autora, 1 de abril de 2017.

y como persona, es observar actitudes y valores positivos en sus hijos y saber que todo su esfuerzo está dando resultado.

Por ellos yo estudié, por ellos me sacrificué, porque pienso que todo lo que me ven hacer, algún rato va a surgir en ellos una chispa de ejemplo y decir: “si mi mamá pudo, yo también.” A la Natalia siempre le digo: no por mujer te tienes que quedar, o esperar a que haga algo primero tu esposo y después vos, “todo se puede Natalia, absolutamente todo”.¹¹⁸

5.6. Recapitulando

Observar cómo las mujeres trazan su proyecto de vida compaginando su desarrollo profesional y su vida materna nos permite concluir con algunas ideas: primero, recibir apoyo externo (remunerado o no remunerado) y equilibrar la distribución interna (con la pareja) de las tareas domésticas y de cuidado, evitando los conflictos de género, prolonga la idea de que, aun con servicio, son las mujeres las principales responsables. La empleada, en todo caso, sustituye algunos tiempos de las madres para su promoción educativa o profesional, no tanto para el ocio u otro tipo de actividades.

Segundo, sobre la conciliación entre el trabajo asalariado y la familia, hay tensiones que no han sido lo suficientemente expuestas. Hemos visto, por ejemplo, que en cambios de la dinámica familiar, la mujer asume más trabajo, que el embarazo implica una desventaja al momento de buscar empleo o que las alternativas académicas flexibles suelen ser privadas y costosas. Por lo que se hace necesario analizar situaciones como éstas para pensar en alternativas más reales.

Ahora bien, dentro de este esquema de exigencias profesionales, académicas y emocionales que deben cumplir las madres, hay un espacio para su agencia, pues finalmente ellas deciden sobre qué área se inclinará la balanza según la coyuntura en la que se encuentran y los apoyos y restricciones que tienen, y además comprenden las consecuencias de sus elecciones. Sin embargo, es preciso plantearse la necesidad de conformar entornos que no obliguen a las madres a posicionarse y a cargar con la culpa por haber hecho o dejado de hacer y que contribuyan a responsabilizar a los hombres en el ejercicio de una paternidad real y responsable.

¹¹⁸ Eugenia Arciniegaz, madre de familia, en entrevista con la autora, 9 de febrero de 2017.

La posibilidad de habitar sociedades más amigables con la maternidad es una idea que debe trabajarse y construirse desde todos los espacios: desde la equitativa distribución de tareas entre la pareja, desde la opción real de equilibrar la vida familiar y laboral reformulando los principios que rigen las relaciones laborales y las políticas públicas, desde la reivindicación de la existencia de redes de apoyo y el desarrollo de políticas de cuidado dirigidas a las familias y en general al conjunto de la población, etc.

Por otra parte, hay que prestar atención sobre el papel determinante que ejerce la clase social y la etnicidad, además del género, en la ciudad de Cuenca, actualmente. Por ejemplo, hemos visto cómo la configuración de una clase social media-alta, con una etnicidad “blanco-mestiza” puede generar mayores oportunidades laborales, o por el contrario, como una clase social media-baja, junto a una etnicidad “mestizo-indígena” puede implicar menores posibilidades de elegir las condiciones para el parto.

También vemos que la manera de gestionar el cuidado responde, en primer lugar, a la situación socioeconómica de la familia y, después, a la visión que se tenga del cuidado. Identificamos una correspondencia entre la auto identificación como “mestizo-indígena” y una visión del cuidado que la entiende como un deber femenino materno y no como derecho de todas las personas, lo que limita las posibilidades de negociar quién, cómo y cuánto cuidar. En general, el cuidado en Cuenca se distribuye de manera desigual y el mayor peso cae sobre mujeres racializadas y empobrecidas.

Finalmente, observamos que en Cuenca la construcción social de la maternidad ha configurado un ideal de buena madre con características muy específicas: mujer heterosexual, casada civil y eclesiásticamente, que haya tenido su primer hijo después de los 25 y antes de los 34, que tenga dos hijos (ni más ni menos), que cuide del desarrollo físico, intelectual y espiritual de su familia, que mantenga buenas relaciones con sus hijos, su pareja y su madre y que, además, tenga intereses y pasatiempos personales.

El ideal de madre para las mujeres de clase media en Cuenca es tan exigente, que es prácticamente irreal. Las mujeres, al enfrentarse a él, observan que hay muchos requisitos incumplidos, lo que les genera agotamiento y culpa. Pero cuando sienten que de una u otra manera se acercan al ideal, el sentimiento es de satisfacción personal y de autovaloración positiva.

Es necesario deconstruir el ideal de buena madre para reconocer su carácter asfixiante y excluyente. La deconstrucción de cada uno de los requisitos formales para ejercer una maternidad apropiada es la única vía para el disfrute de la maternidad real, que involucre a cada mujer con todas sus contradicciones y que, además, trascienda la esfera doméstica y se desarrolle en comunidad, para que tanto la familia, como el mercado y el Estado, participen de la reproducción de la vida.

Frente a esto, el debate sobre cuidados ha planteado algunas premisas que permitan entenderlo de forma más compleja. En primer lugar, se alerta sobre el peligro de pensar en el altruismo como componente de los cuidados, pues esto tiende a feminizarlo o maternalizarlo definiéndolo como propio de las mujeres e implica que se hace "por amor" y con ello se esconde que muchas veces puede afectar el bienestar de quien cuida (generalmente mujeres). Pérez Orozco (2006) considera adecuado utilizar el término "intersubjetividades" en lugar de lo emotivo, para evitar reforzar el estereotipo de la mujer altruista, la buena madre o la buena esposa.

Conclusiones

Al final de este recorrido, me permito puntualizar los principales hallazgos empíricos, las implicaciones teóricas y políticas, ciertas recomendaciones y las limitaciones de esta investigación. Para esto, retomamos las preguntas que dieron origen a este estudio: en primer lugar, nos preguntamos: ¿Cómo se construyen las maternidades en Cuenca-Ecuador, si las consideramos asociadas a la clase social y a la etnicidad, además de al género?

El recorrido teórico realizado nos permitió sentar ciertas premisas sobre la maternidad como construcción social: la maternidad se expresa dentro de las relaciones de poder propias del género; el instinto maternal es también un constructo social; la socialización de las niñas las prepara para maternar y los discursos e imaginarios públicos moldean la maternidad dictando pautas para su ejercicio apropiado.

Al pensar la institución de la maternidad como una manifestación palpable de las relaciones de género, podemos apreciar cómo su construcción social ha generado distintos conflictos para las mujeres. Estos se expresan a partir de una serie de desafíos, tales como la carga desigual de trabajo doméstico, la confinación de las mujeres a la esfera doméstica, el establecimiento de estereotipos de género, etc. Hemos observado también cómo las características biológicas de las mujeres han servido de excusa para naturalizar la desigualdad, lo que además es reforzado por una socialización que enseña que el principal destino de las mujeres sigue siendo ser *una buena madre*.

Pese a la reflexión que durante décadas ha examinado a la maternidad, hoy en día el debate sigue vigente y presenta nuevas aristas sobre las cuales se levantan voces divergentes. Las contradicciones entre el desarrollo profesional y las tareas que deben asumir las madres, la influencia de la crianza propia en el ejercicio de la maternidad, la relación con el padre o la gran variedad de contextos en los que una mujer puede traer hijos al mundo, son algunos de los asuntos que nos permiten seguir pensando a la maternidad como una problemática sociológica que merece atención.

Por otra parte, en lo que a América Latina concierne, vimos cómo a finales del siglo XIX y gran parte del siglo XX, los discursos e imaginarios sociales establecían a la maternidad como la responsable de la organización social. Se consideraba que “civilizar” el hogar era el

camino principal para el progreso de la nación, por lo que la conducta moderada, ahorrativa, previsor y cuidadora de la mujer era fundamental. Así mismo, la noción de la maternidad como un derecho se elaboró a partir de los discursos médicos y a los criterios de ciertas mujeres vanguardistas. En este contexto, se estableció que el cuidado del cuerpo y el control de la sexualidad, eran asuntos trascendentales.

Durante esta misma época en Ecuador, las mujeres debían ejercer su peso en la sociedad desde la esfera doméstica y especialmente a través de la influencia sobre sus hijos y esposos. De esta manera, el cumplimiento de los deberes maternos en higiene doméstica, educación y especialmente lactancia fue considerado equivalente a cumplir con los deberes de la ciudadanía femenina misma.

Por otra parte, pese a que la maternidad se consolidó como símbolo femenino, su significado variaba considerablemente según la clase social, la edad y la etnia. Así, por ejemplo, si la identificación de la mujer con la maternidad le significó la confinación a la esfera doméstica e incluso la extensión de estos quehaceres en la esfera pública, muchas mujeres de las élites aprovecharon esta configuración para afianzarse como promotoras del bienestar infantil a través de fundaciones y obras de caridad. Por el contrario, se puede ver que el pensamiento intelectual quiteño de los años 50, asociaba a las madres indígenas con la realeza indígena, la pachamama y la Virgen María; pero, además, con una existencia material de pobreza y esclavitud.

Este recorrido teórico nos ha permitido comprender la construcción social de la maternidad en distintos lugares y épocas; sin embargo, lo que nos compete en esta investigación es comprender cómo se ha instituido la maternidad en Cuenca y cuáles son sus características principales. Para resolver esta cuestión, utilizamos la categoría “pruebas estructurales” (tomada de la Sociología del Individuo), la cual nos ha permitido conocer los desafíos a los que las madres cuencanas deben enfrentarse cotidianamente.

De esta manera, surge la segunda interrogante que condujo esta investigación: ¿Qué tensiones surgen cuando las mujeres enfrentan las distintas pruebas de la maternidad? ¿Cómo las afrontan? ¿Cómo las resuelven? ¿Y qué implicaciones sociales y subjetivas tienen estas salidas?

A través de las historias de vida de seis mujeres cuencanas intentamos comprender la construcción social de las maternidades en Cuenca y evidenciar las tensiones que surgen en este proceso. Para esto, definimos a las pruebas estructurales de la maternidad como la herramienta metodológica idónea, por ser elementos social y culturalmente significativos y por permitirnos vincular las experiencias particulares con las estructuras sociales.

Así, al encontrar ciertos elementos presentes en todas las narraciones de las mujeres participantes y, comprender que éstos reflejaban el trabajo de las estructuras sociales, tales como la familia, la religión, la pertenencia a una clase social, la autodefinición étnica, la educación formal, etc., establecimos cuatro grandes pruebas de la maternidad: 1) atravesar la experiencia corporal, 2) entablar vínculos “apropiados” que rodean a la maternidad, 3) definir la maternidad en relación a un proyecto general de vida y 4) cumplir los criterios sociales según los que se evalúa el ejercicio de la maternidad (ser una *buena madre*).

La primera gran prueba de la maternidad que analizamos fue atravesar la experiencia corporal. En primer lugar, vimos que estos dilemas, además de ser biológicos y psicológicos, se han consolidado culturalmente. Esto genera que las mujeres, entre diversas opciones que existen para llevar su embarazo, su parto o su lactancia, se vean avocadas a hacerlo de formas determinadas.

En Cuenca, la maternidad continúa siendo una aspiración y alternativa atractiva para las mujeres de clase media y la forma ideal de empezar la maternidad está claramente establecida: después del matrimonio (civil y eclesiástico) y, mejor aún, si la mujer ha terminado o está por terminar su carrera universitaria.

Evidentemente, muchas veces el embarazo no se da en estas circunstancias y esto influye, en gran medida, en cómo las mujeres llevan su maternidad: si el embarazo estuvo en sus planes, hay mayor involucramiento en la crianza, y si no lo estuvo, existe mayor reticencia a abandonar proyectos personales en pro de la maternidad.

El parto es un momento crucial si buscamos comprender la intersección entre el género, la clase social y la etnicidad. Vimos que, además de los malestares físicos propios del alumbramiento, las condiciones se podían volver más o menos complicadas en función de la capacidad económica de la mujer que esté dando a luz. Además, la conservación de

tradiciones y prácticas ancestrales en el parto y posparto es más fuerte, cuanto más identificada esté la mujer con sus raíces indígenas.

Dentro de los dilemas que se generan al atravesar la experiencia corporal de la maternidad, encontramos a la depresión posparto como una condición psicológica bastante común entre las madres pero de la que no se habla mucho al respecto. Como hemos visto, la construcción social de la maternidad equipara la maternidad con la adultez y supone una madre predispuesta, infatigable y amorosa y muchas veces la realidad no es tal. Además, como lo sostiene la economía del cuidado, los seres humanos somos interdependientes, capaces de brindar y necesitar cuidados. La madre no siempre es la cuidadora, sino que muchas veces necesita que también la cuiden.

La segunda gran prueba que establecimos, como eje de este análisis, es la necesidad de entablar relaciones “apropiadas” que rodean a la maternidad. Es decir, consideramos que existe un ideal subyacente a la forma en la que las madres se relacionan con sus hijos, con sus parejas y con sus propias madres. Las tensiones surgen cuando las relaciones no encajan en este ideal. Así, por ejemplo, con respecto a la relación con los hijos, el hecho de que todas las madres consideren importante pasar tiempo con sus hijos, no implica que este tiempo sea siempre placentero o agradable.

En esta misma línea, hallamos que una de las principales preocupaciones de las madres de clase media en Cuenca (si no, la más importante), tiene que ver con el éxito académico de sus hijos. Esto se explica por la competitividad propia de las sociedades contemporáneas, y además, porque muchas madres consideran que los triunfos o fracasos de sus hijos, denotan si ellas han aprobado o reprobado las pruebas de la maternidad. En este sentido, podemos definir la importancia del éxito académico como un valor muy de clase media, en contraposición con las dinámicas que ocurren en otros sectores sociales. Así, por ejemplo, los hijos de padres migrantes (que generalmente pertenecen a estratos populares) sienten que la responsabilidad académica es únicamente suya y que de esta manera se puede retribuir el sacrificio que hacen los padres para proveerles la educación.

Con respecto a la relación de pareja, encontramos que, en la mayoría de casos, la maternidad ejerce una fuerte tensión en la misma. Los desacuerdos que se generan al distribuir las tareas domésticas y de cuidado pueden afectar a la relación. Efectivamente, esta repartición de tareas

es, generalmente, conflictiva y no fluye “naturalmente”. Además, el machismo es una realidad innegable en las interacciones de los cuencanos y determina, en gran medida, cómo las mujeres asumen su maternidad. La repartición de tareas domésticas y de cuidado, la posibilidad de que la madre se desarrolle profesionalmente e, incluso, la planificación familiar, son asuntos cotidianos que evidencian la presencia del machismo como sentido común en muchas familias cuencanas.

Además, analizamos la relación de la madre con su propia madre pues consideramos que ésta tiene una importancia singular en cómo una mujer vive su maternidad. De las narraciones concluimos que, efectivamente, el amor materno no está grabado en la naturaleza femenina y no se manifiesta de manera uniforme, sino que corresponde a las circunstancias económicas, sociales y culturales en las que tenga lugar la crianza. Así, por ejemplo, vimos que en contextos de carencias económicas (como el de Diana M.) el amor materno puede condicionarse a la resolución de esas necesidades. O, por el contrario (como en el caso de Eugenia), la realización personal de la madre puede contribuir a tener una mejor relación con sus hijos.

Finalmente, analizamos la presencia de redes de apoyo a la maternidad y observamos que generalmente éstas están conformadas por mujeres que forman parte de la familia. De ahí manifestamos la necesidad de continuar el trabajo para la erradicación de estereotipos que naturalizan el trabajo de cuidados como un asunto femenino y que, amparados en una matriz machista, delega las labores domésticas a las mujeres y, más aún, a aquellas racializadas y empobrecidas.

Analizar la tercera prueba de la maternidad, es decir, observar cómo las mujeres trazan su proyecto de vida compaginando su desarrollo profesional y su vida materna, nos permite concluir con algunas ideas: primero, recibir apoyo externo (remunerado o no remunerado) y equilibrar la distribución interna (con la pareja) de las tareas domésticas y de cuidado, son circunstancias que facilitan, en gran medida, la realización personal de las madres.

Segundo, pese a que se ha hablado mucho de conciliación, hay tensiones que no han sido lo suficientemente expuestas. Hemos visto, por ejemplo, que en cambios de la dinámica familiar la mujer asume más trabajo, que el embarazo implica una desventaja al momento de buscar

empleo o que las alternativas académicas flexibles suelen ser privadas y costosas. Por lo que se hace necesario analizar situaciones como estas para pensar en alternativas más reales. Ahora bien, dentro de este esquema de exigencias profesionales, académicas y emocionales que deben cumplir las madres, hay un espacio para su agencia, pues finalmente ellas deciden sobre qué área se inclinará la balanza y además comprenden las consecuencias de sus elecciones. Sin embargo, es preciso plantearse la necesidad de conformar entornos que no obliguen a las madres a posicionarse y a cargar con la culpa por haber hecho o dejado de hacer.

En este esquema, es indispensable mencionar a los padres. Cinco de las seis mujeres participantes están actualmente en una relación de pareja, sin embargo, la implicación de los padres en la crianza de los hijos es muy incipiente. En la mayoría de los casos, el hombre se mantiene en el rol de proveedor, con interacciones ocasionales con sus hijos. Incluso cuando las mujeres aportan económicamente en iguales condiciones a la economía del hogar, son ellas quienes realizan la mayoría de tareas domésticas y de cuidado. En general, la forma de ejercer la paternidad en las clases medias cuencanas conserva estereotipos de género y privilegios masculinos.

Por otra parte, hay que prestar atención sobre el papel que ejerce la clase social y la etnicidad, además del género, en la ciudad de Cuenca, actualmente. Por ejemplo, hemos visto cómo la configuración de una clase social media-alta, con una etnicidad “blanco-mestiza” puede generar mejores oportunidades laborales, o por el contrario, como una clase social media-baja, junto a una etnicidad “mestizo-indígena” puede implicar menores posibilidades de elegir las condiciones para el parto.

En este punto, queremos recalcar la importancia de pensar en la cultura cuencana no como un todo determinado, sino como un escenario en el que convergen distintas maternidades en transición. Si bien se ha hablado de Cuenca como una ciudad con características específicas, es, al mismo tiempo, una ciudad más de la región andina. Así, las particularidades que hemos encontrado en Cuenca pueden ser compartidas por otras ciudades con ubicación y composición histórica similares. Por ello, pensando en los alcances de esta investigación, podríamos afirmar que esta tesis trata de la clase media en general.

También vemos que la manera de gestionar el cuidado responde, en primer lugar, a la situación socioeconómica de la familia y, después, a la visión que se tenga del cuidado. Identificamos una correspondencia entre la auto identificación como “mestizo-indígena” y una visión del cuidado que la entiende como un deber femenino materno y no como derecho de todas las personas, lo que limita las posibilidades de negociar quién, cómo y cuánto cuidar. Finalmente, la cuarta prueba de la maternidad: cumplir los requerimientos sociales que acrediten a una mujer como *buena madre*, nos ha permitido constatar la existencia de un ideal hegemónico sobre la maternidad apropiada en Cuenca y, paralelamente, conocer distintos tipos de ser madre que cohabitan con este ideal.

En Cuenca, la construcción social de la maternidad ha configurado un ideal de la maternidad apropiada que toma a ciertos sectores de clase media como modelo, reuniendo características muy específicas: mujer heterosexual, casada civil y eclesiásticamente, que haya tenido su primer hijo después de los 25 años y antes de los 34, que tenga dos hijos (ni más ni menos), que cuide del desarrollo físico, intelectual y espiritual de su familia, que mantenga buenas relaciones con sus hijos, su pareja y su madre y que, además, tenga intereses y pasatiempos personales. Incluso, podríamos pensar la figura caricaturesca de un *test de la buena madre* en el cual las mujeres podrían marcar con una X las condiciones que cumplen y las que no. Evidentemente, esta figura desdibuja los procesos que se ciernen entre las dicotomías y en las cuales se construye la subjetividad de las mujeres.

Vemos pues que el ideal de madre para las mujeres de clase media en Cuenca es tan exigente, que es prácticamente irreal. Las mujeres, al enfrentarse a él, observan que hay muchos requisitos incumplidos, lo que les genera agotamiento y culpa. Pero cuando sienten que de una u otra manera se han acercado al ideal, el sentimiento es de satisfacción personal y de autovaloración positiva. Retomando el lenguaje de las pruebas estructurales, las mujeres son conscientes de si aprobaron o no los desafíos que estaban obligadas a enfrentar y esto les produce satisfacción o frustración, respectivamente.

Con respecto a las diversas formas de ser madre que coexisten junto al ideal de la *buena madre*, proponemos la siguiente tipología: la primera forma es ser madre y después mujer; la segunda es ser mujer-madre y la tercera es ser mujer y después madre. Estos tipos se basan principalmente en las condiciones en que se dio el embarazo y en la cantidad de tiempo que

las madres dedican a la crianza de sus hijos, además de reflejar el sentido común de las entrevistadas.

Ser madre y después mujer es la forma en la que las mujeres asumen la maternidad como la dimensión más importante de su vida. Su satisfacción personal está en criar a sus hijos y estar presente para satisfacer sus necesidades. La organización de su hogar y el apoyo emocional a su familia son funciones primordiales en este tipo de maternidad. Generalmente, los embarazos fueron planificados y deseados, por lo que cualquier renuncia es bien vista, si esta permite a la madre permanecer junto a sus hijos.

Ser mujer-madre es la segunda forma de vivir la maternidad que tienen las mujeres en Cuenca. Esta forma implica una equivalencia entre las aspiraciones individuales y la maternidad y envuelve una idea de equilibrio. Por combinar el desarrollo profesional y la realización familiar, esta forma se inscribe en la maternidad hegemónica en Cuenca. Los embarazos que tuvieron las mujeres que practican esta forma de ser madre pueden o no pueden haber sido planificados pero siempre son deseados.

Las mujeres-madres son negociadoras permanentes y al acomodar sus horarios y sus actividades pueden sentir que consiguieron el equilibrio tan anhelado. Sin embargo, como señala Badinter (2010), este equilibrio es frágil e inestable y nunca se consigue de forma definitiva, porque evoluciona con la edad del hijo y sus necesidades y también con las oportunidades laborales que surjan. Cuando un hijo tiene algún problema, las madres tienden a sentir que fracasaron y que las decisiones tomadas han sido erróneas.

Finalmente, la forma de ser mujer y después madre se da cuando las mujeres tienen como prioridad su desarrollo profesional y sus intereses individuales. Esto no implica que la maternidad no sea un asunto importante para estas mujeres, sino que la mayoría de su tiempo está invertido en otras actividades. Una característica común a las mujeres que practican esta forma de ser madre es que sus embarazos no fueron planificados.

Por otra parte, las categorías “tradicional” y “moderna” hacen más sentido en el contexto cuencano, si es que las pensamos atravesadas por la clase social y la etnicidad y en función de su apego a las tradiciones de la ciudad. El perfil de las madres tradicionales implica un mayor uso y valoración de las prácticas y saberes ancestrales que se genera por una

identificación con las raíces indígenas, en cuestiones de maternidad y crianza. También se evidencia una marcada preferencia por apoyarse en distintas mujeres de la familia durante la crianza de los hijos (abuelas, hermanas, tías, etc.), como vimos, esto puede responder a un factor económico (cuando los ingresos son insuficientes para contratar alternativas de cuidado en el mercado) y también puede ser causado por la colaboración y reciprocidad intergeneracional entre mujeres.

Por el contrario, las madres modernas son las que se muestran más receptivas al discurso científico con respecto a la maternidad y crianza, para ellas, los consejos de su pediatra son altamente valorados e incluyen muy pocas prácticas tradicionales en su estilo de crianza. Además, la forma en la que han gestionado sus necesidades de cuidado incluye ofertas del mercado (guarderías, empleadas domésticas, niñeras, etc.) pues, además de poder pagar por esto, entienden al cuidado como un derecho sobre el que se puede elegir cuánto cuidar y dónde hacerlo.

Nuevamente, el ideal de la maternidad en Cuenca se basa en un equilibrio, en este caso, entre lo tradicional y lo moderno. Los relatos de las madres hablan de la importancia de conocer nuestras prácticas ancestrales pero sin desconocer los avances científicos. También señalan la importancia de la familia extensa en la crianza de los hijos, pero sin imponer las responsabilidades a quien no le corresponde.

Además de los hallazgos empíricos que se han descrito como respuestas a las preguntas de investigación, queremos recalcar los aportes metodológicos del presente estudio. Utilizar los postulados de la Sociología del Individuo nos ha permitido acercarnos a profundidad a las experiencias de los sujetos (madres de clase media) y, a través de ellas, comprender cómo actúan las estructuras económicas, sociales y culturales en un espacio determinado (Cuenca). Además, conocer el mecanismo de difracción de las pruebas estructurales (cada persona enfrenta las pruebas estructurales de manera diferente, según su género, clase social, etnia, etc.) nos confirma que la elección metodológica ha sido adecuada pues muestra coherencia con el enfoque epistemológico interseccional que atravesó al presente estudio.

Consideramos que esta investigación, además de las contribuciones teóricas y metodológicas, puede tener ciertas implicaciones políticas, principalmente con respecto a la Organización Social del Cuidado en Cuenca. Hemos visto que el cuidado es desigualmente distribuido en la

ciudad, ya sea dentro de la pareja (llevándose la carga más pesada la mujer) o interseccionalmente (cuando las mujeres empobrecidas y, muchas veces, identificadas como indígenas, solucionan las necesidades de cuidado de familias mestizas con mayor poder adquisitivo). Esta realidad debe generar movilización y concienciación ciudadana, para que las agendas públicas planteen políticas que promuevan la distribución equitativa del cuidado. Por otra parte, y como recomendaciones finales, consideramos de suma importancia la necesidad de que las mujeres de todas las edades, etnias y clases sociales puedan acceder a información completa y real acerca de las implicaciones de la maternidad. En este sentido, una sugerencia para una investigación futura podría ser intentar conocer de dónde se alimentan las madres para construir sus nociones y expectativas. La idealización del embarazo, del parto o de la lactancia; tanto como la difusión mecánica de las consideraciones físicas de la maternidad sin profundizar en los dilemas psicológicos y sociales, constituyen escenarios adversos para ejercer la maternidad. En cada una de las etapas del embarazo y la crianza, es fundamental disponer de tiempo, contención emocional y libertad para decidir de forma informada la mejor alternativa para cada mujer y sus hijos.

Además, luego de graficar la situación actual de las madres cuencanas de clase media, las paternidades también han quedado expuestas y suponen un gran reto en cuanto a investigación y movilización política. Es necesario señalar la desigualdad, el machismo y los privilegios masculinos que sostienen muchos padres de familia, de cara a la generación de entornos familiares más equitativos.

En este sentido, es, asimismo, muy necesario deconstruir el ideal de buena madre para reconocer su carácter asfixiante y excluyente. La deconstrucción de cada uno de los requisitos formales para ejercer una maternidad apropiada es la única vía para el disfrute de la maternidad real, que involucre a cada mujer con todas sus contradicciones y que, además, trascienda la esfera doméstica y se desarrolle en comunidad, para que tanto la familia, como el mercado y el Estado, participen de la reproducción de la vida.

La posibilidad de habitar sociedades más amigables con la maternidad es una idea que debe trabajarse y construirse desde todos los espacios: desde la equitativa distribución de tareas entre la pareja, desde la opción real de equilibrar la vida familiar y laboral, desde la reivindicación de la existencia de redes de apoyo y, principalmente, desde la eliminación de

matrices culturales machistas, clasistas y racistas que tanto perjudican y condicionan las experiencias de los cuencanos.

Por otra parte, en un ejercicio de autocrítica, señalamos que pese al gran compromiso y esfuerzo puestos en esta investigación, es, como todo producto humano, perfectible y limitado. Consideramos que un punto cuestionable de este estudio es el concerniente al número de mujeres participantes y a la forma en la que fueron seleccionadas. Al respecto, solamente podemos comentar que al trabajar con historias de vida, 6 personas es una cantidad viable considerando el tiempo y los recursos con los que contábamos. La elección de las mujeres, por su parte, responde a un intento de reflejar la composición social de las madres cuencanas de clase media.

En suma, los hallazgos empíricos, las contribuciones teóricas y metodológicas, las recomendaciones y las limitaciones que hemos señalados, pueden expresarse en la siguiente idea: la maternidad es un asunto central en las sociedades contemporáneas y no implica solamente a las madres y a los hijos, sino a toda la comunidad, por ello, es un derecho de cada mujer poder vivirla con garantías que respalden su bienestar físico y psicológico, así como el de su familia.

Finalmente, así como inicié este recorrido hablando en primera persona y exponiendo mis principales inquietudes, quisiera concluir esta investigación afirmando que, como madre y como investigadora, me ha permitido comprender la complejidad del ejercicio de la maternidad en sociedades machistas, clasistas y racistas. Esto, a su vez, me motiva a trabajar (en la casa y fuera de ella) para que esta matriz discriminatoria termine de desintegrarse.

Lista de referencias

- Astudillo, Jorge. 2014. "Red de Salud Sexual y Reproductiva". Documento de Trabajo, Alcaldía de Cuenca.
- Badinter, Elisabeth. 1981. *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*. Barcelona: Paidós Ibérica S.A.
- . *La mujer y la madre*. 2010. Madrid: La esfera de los libros.
- Beck, Ulrich, y Elisabeth Beck-Gersheim. 2001. *El Normal Caos del Amor*. Barcelona: Paidós.
- Benería, Lourdes. 1999. Mercados globales, Género y el hombre de Davos. *La Ventana* #10:8-48.
- Benería, Lourdes, Berik Gunseli, y María Flores. 2016. *Gender, Developmet and Globalization*. New York: Tylor & Francis.
- Borrero, Ana Luz. 1996. «Presencia de la mujer en el desarrollo de Cuenca y la región.» En *Estudios, Crónicas y Relatos de nuestra tierra*, de María Rosa Crespo, 207-218. Cuenca: Universidad de Cuenca.
- Charriez Cordero, Mayra. 2012. «Historias de Vida: Una metodología de investigación cualitativa.» *Revista Griot*: 50-68.
- Chodorow, Nancy. 1984. *El Ejercicio de la maternidad*. Barcelona: Gedisa.
- Clark, Kim. 2001. «Género, Raza y Nación: La protección de la Infancia en el Ecuador (1910-1945)». En *Antología Género*, de Gioconda Herrera. Quito: Flacso.
- Conejero, Juana Suárez. 2014. «Las clases sociales según Pierre Bourdieu.» *UNAM*. <https://trabajosocialunam.files.wordpress.com/2014/08/las-clases-sociales-segun-pierre-bourdieu.pdf> (último acceso: 24 de agosto de 2016).
- Crespo, María Rosa. 1996. «Guacamayas, Serpientes y Mujeres.» En *Estudios, Crónicas y Relatos de nuestra tierra*, de María Rosa Crespo, 219-230. Cuenca: Universidad de Cuenca.
- De Beauvoir, Simone. 1969. *El Segundo Sexo*. Buenos Aires: Siglo Veinte.
- Durin, Severine. 2014. «Etnización y estratificación étnica en el servicio doméstico en el área metropolitana de Monterrey». En *Trabajadoras en la sombra. Dimensiones del servicio doméstico latinoamericano*, de Severine Durin, María Eugenia de la O y Santiago Bastos (coordinadores), 399-427. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Escuela de Gobierno y Transformación Pública, Tecnológico de Monterrey.

- Ehrenreich, Barbara. 2004. «The Mommy Test». En *Feminist Frontiers*, de Laurel Richardson, Verta Taylor y Nancy Whittier, 259-261. New York: Mc Graw Hill.
- Ehrenreich, Barbara, y Deidre English. 2010. *Por tu propio bien. 150 años de consejos expertos a mujeres*. Madrid: Capitan Swing.
- Esquivel, Valeria. 2012. «Cuidado, economía y agendas políticas: una mirada conceptual sobre la organización social del cuidado en América Latina». En *La economía feminista desde América Latina*, de Valeria Esquivel, 141-189.
- Esteban, Mari Luz. 2004. *Antropología del Cuerpo. Género, Itinerarios corporales, Identidades y Cambio*. Barcelona: Ediciones Ballesteras.
- Felitti, Karina. 2011. *Madre no hay una sola. Experiencias de maternidad en la Argentina*. Buenos Aires: Ciccus.
- Ferrarotti, Franco. 2007. «Las historias de vida como método.» *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*: 15-40.
- Fuller, Norma. 1993. *Dilemas de la Femeidad*. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica de Perú.
- García, Laura, y Vidal Escudero. 2013. «Pikara Magazine».
<http://www.pikaramagazine.com/2013/04/crianza-con-apego-por-que-si/> (último acceso: 13 de enero de 2017).
- Gimeno, Beatriz. 2016. *BeatrizGimenoBlog*. <https://beatrizgimeno.es/2016/01/18/el-bebe-de-bescansa-el-feminismo-y-la-nueva-politica/#more-3854> (último acceso: 13 de enero de 2017).
- Goestchel, Ana María. 2002. *Imágenes de mujeres: amas de casa, musas y ocupaciones modernas. Quito, primera mitad del siglo XX*. Quito: Museo de la Ciudad.
- Harding, Sandra. 1987. «Is there a Feminist Method?» En *Feminism and Methodology*, de Sandra Harding, 1-26. Indianapolis: Indiana University Press.
- Hernández, Katia. 2011. *Contribuciones a las ciencias sociales*.
<http://www.eumed.net/rev/cccss/11/kshm.htm> (último acceso: 5 de julio de 2016).
- Herrera, Gioconda. 2013. *"Lejos de tus pupilas" Familias transnacionales, cuidados y desigualdad social en Ecuador*. Quito: Flacso Ecuador.
- Hirsch, Silvia, y Marcela Amador. 2011. «La maternidad en mujeres jóvenes guaraníes del norte argentino. Encrucijadas de la familia, la salud pública y la etnicidad.» En *Madre no hay una sola*, de Karina Felitti. Buenos Aires.

- INEC, Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. *Ecuador en cifras*. 2011.
<http://www.ecuadorencifras.gob.ec//wp-content/descargas/Manu-lateral/Resultados-provinciales/azuay.pdf> (último acceso: 22 de enero de 2017).
- INEC, Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. 2012. «Ecuador en Cifras.» *Encuesta Específica de Uso del Tiempo- EUT 2012*.
http://www.ecuadorencifras.gob.ec/documentos/web-inec/Uso_Tiempo/Presentacion_%20Principales_Resultados.pdf (último acceso: 14 de Octubre de 2017).
- . agosto de 2012. http://www.ecuadorencifras.gob.ec//documentos/web-inec/Estadisticas_Sociales/Filiacion_Religiosa/presentacion_religion.pdf (último acceso: 1 de agosto de 2017).
- . 15 de agosto de 2012. <http://www.ecuadorencifras.gob.ec/inec-presenta-por-primera-vez-estadisticas-sobre-religion/> (último acceso: 1 de agosto de 2017).
- Manarelli, Emma. 1999. *Limpias y Modernas. Género, higiene y cultura en la Lima del novecientos*. Lima: Ediciones Flora Tristán.
- Mancero, Mónica. 2012. *Nobles y Cholos: La disputa sobre un proyecto hegemónico regional. Cuenca 1995-2005*. Quito: Flacso.
- Martuccelli, Danilo. 2015. «La singularización en las sociedades contemporáneas: claves para su comprensión». *Propuesta Educativa Flacso Argentina*: 99-112.
- Martuccelli, Danilo. 2013. Entrevista de Viviana Seoane. *Sociología del Individuo: socialización, subjetivación e individuación. Entrevista a Danilo Martuccelli*.
- Martuccelli, Danilo, y Katia Araujo. 2010. «La individuación y el trabajo de los individuos.» *Educacao e Pesquisa*: 77-92.
- Minteguiaga, Analía, y Gemma Ubasart-González. 2014. «Menos mercado, igual familia. Bienestar y cuidados en el Ecuador de la Revolución Ciudadana.» *Iconos 50*: 77-96.
- Molyneux, Maxime. 2001. «Género y Ciudadanía en América Latina: cuestiones históricas y contemporáneas.» *Debate Feminista*: 3-66.
- Naroztky, Susana. 1996. «Haciendo visibles las cargas desiguales. Una aproximación antropológica.» *Mujeres, trabajo y salud*: 15-20.
- Nicholson, Linda. 2003. «La interpretación del concepto de género.» *Del sexo al género*, Cátedra, Universitat de València.
- Olivia, Alberto. 2004. «Estado actual de la Teoría del Apego.» *Revista de Psiquiatría y Psicología del Niño y el Adolescente*: 65-84.
- Palomar, Cristina. 2009. «Maternidad y Mundo Académico.» *Alteridades*: 55-73.

- Pérez Orozco, Amaia. 2006. «Amenaza tormenta: La crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico.» *Revista de Economía Crítica* #5: 7-37.
- Prieto, Mercedes. 2015. *Estado y Colonialidad. Mujeres y Familias Quichuas de la Sierra del Ecuador 1925-1975*. Quito: Flacso.
- Psicología Perinatal. 2014.
<https://psicologiaperinatalpr.wordpress.com/2014/11/19/hablamos-sobre-crianza-con-apego/> (último acceso: 23 de octubre de 2016).
- Puyana, Yolanda. 2003. *Padres y Madres en cinco ciudades colombianas*. Bogotá: Almudena.
- Rivera Cusicanqui, Silvia. 2010. «El orgullo de ser mestiza.» *Página 12*. 30 de julio.
<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-5889-2010-08-03.html>
 (último acceso: 13 de octubre de 2017).
- Scheper-Huges, Nancy. 1997. *La muerte sin llanto*. Barcelona: Ariel.
- Schwarz, Patricia. 2011. «Sexualidad, estética y dimensión erótica del embarazo. Un estudio en mujeres heterosexuales de sectores medios». En *Madre no hay una sola*, de Karina Felitti. Buenos Aires.
- Scott, Joan. 1992. «Experiencia.» *La Ventana* (Grupo Taylor & Francis): 42-73.
- . 1998. *Género ¿Todavía una categoría útil para el análisis?* The Institute for advanced Studys.
- . 2008. *Género e historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- SENPLADES. «INEC» 21 de febrero de 2014. http://app.sni.gob.ec/sni-link/sni/Portal%20SNI%202014/FICHAS%20F/0101_CUENCA_AZUAY.pdf
 (último acceso: 23 de agosto de 2016).
- Serrano, Alexandra. 2016. *Entre el Sacrificio y la Trascendencia. Análisis de la construcción de paternidades y maternidades en Quito*. Quito: FLACSO Ecuador.
- Stolcke, Verena. 1992. «¿Es el sexo para el género como la raza para la etnicidad?» *Icaria Editoria*: 87-111.
- Vásconez, Alison. 2014. «Protección Social y Cuidados.» En *Mujeres y Protección Social en Ecuador*, de Ministerio de Inclusión Económica y Social, cap. 3. Quito.
- Vega, Cristina y Gutiérrez, Encarnación. 2014. «Nuevas aproximaciones a la organización social del cuidado. Debates latinoamericanos. Presentación del Dossier». *Iconos. Revista de Ciencias Sociales. Num 50*: 9-26. Quito.
- Viveros Vigoya, Mara. 2008. «La sexualización de la raza, la racialización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual.» En *Memorias del primer encuentro*

- latinoamericano y del caribe: la sexualidad frente a la sociedad*, de Gloria Careaga, 168-198. México: Fundación Arcoiris por el Respeto a la diversidad sexual.
- . 2010. «La interseccionalidad: perspectivas sociológicas y políticas.» *Seminario Internacional Direitos Sexuais, Feminismos e Lesbianidades*. Cedefes.
- Vizental Mónica. 2012. *Maternaje y relación temprana madre-bebé en una muestra de madres primerizas latinoamericanas residentes en la ciudad de Miami*. Buenos Aires: Universidad de Palermo.